PUY DU FOU

ESPAÑA

15 MOMENTOS EXTRAORDINARIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
1. Recaredo, la unión de dos pueblos
2. La invasión musulmana
3. El califato de Córdoba
4. El Cid Campeador
5. De la reconquista de Toledo a Las Navas de Tolosa
6. El tiempo de las catedrales
7. La ciudad de las tres culturas
8. Los Reyes Católicos, Colón y el descubrimiento de América
9. Carlos V
10. Felipe II y El Escorial

11. El Toledo espiritual del Greco
12. El Siglo de Oro
13. La Guerra de la Independencia
14. El noventa y ocho
15. La Edad de Plata
Final
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

La España visigoda; la invasión musulmana y la Reconquista; el destierro del Cid y la conquista de Valencia; la España de las tres culturas, cristiana, judía y árabe; el viaje de Colón y el descubrimiento de América; el Imperio español; los corrales de comedias, Lope de Vega y el Siglo de Oro de la literatura española; la guerra de la Independencia, la Guerra Civil… son momentos extraordinarios de nuestra historia que se recrean en los espectáculos de Puy du Fou. Este libro invita al lector a conocer la historia que hay detrás de cada escena, tan emocionante como real.

PUY DU FOU

ESPAÑA

15 MOMENTOS EXTRAORDINARIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Juan Ignacio Alonso Campos

ESPASA

Prólogo

¿Cómo olvidar las hazañas del Cid Campeador, la batalla de Las Navas de Tolosa o la victoria de Lepanto?

¿Cómo olvidar a Cristóbal Colón, que queriendo ir a las Indias por el oeste cambió la faz de la Tierra y el sino de España? ¿A Isabel y Fernando, los reyes del Descubrimiento, del fin de la Reconquista y de la modernidad? ¿A Carlos, emperador y rey de un mundo cuyo centro fue España?

¿Cómo no recordar a los comuneros, que enseñaron al primero de los Austria que para reinar en España tenía que hacerse español? Al tambor del Bruch, a los garrocheros de Bailén, a los alcaldes de Móstoles… En fin, a la resistencia de todo un pueblo ante la invasión francesa de 1808. A los innumerables guerrilleros, almogávares, órdenes militares e hidalgos que tantas veces se levantaron ante el invasor o la injusticia, prefiriendo la muerte a la deshonra.

¿Cómo olvidar el esplendor de la corte de Alfonso el Sabio, con su escuela de traductores y poetas venidos de todas las partes del mundo? ¿Cómo ignorar a Cervantes, a Lope de Vega y a los demás autores del Siglo de Oro? A los pintores que, desde el Greco a Velázquez y hasta Dalí, iluminaron el mundo con su genio.

¿Cómo olvidar, en fin, a todas aquellas generaciones pasadas que, con fe y sentido del honor, hicieron de España una patria humanista de dimensiones globales?

Desde la llegada de los visigodos y su unión con los hispanorromanos que habitaban la península hasta mediados del siglo pasado, todo nos inspira. Sedimentación de épocas e influencias diversas; cruce de la memoria y de

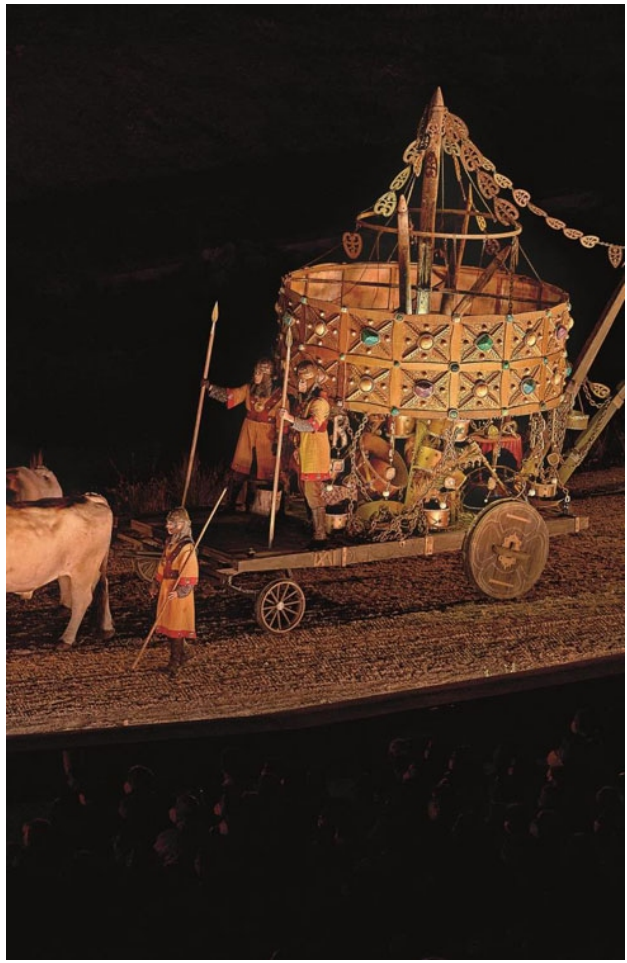
las aspiraciones de una comunidad; entrelazado de costumbres, leyendas y gestas. Esto es lo más preciado, lo más íntimo y lo más frágil que tiene un pueblo: su cultura y su historia.

La historia de España merecía ser contada como la gran aventura que es, con sus luces y sus sombras, sus leyendas, héroes y villanos. Puy du Fou España lo ha conseguido en sus espectáculos, y quiere conseguirlo de nuevo en este libro donde relata cómo sucedieron los hechos que hay detrás de cada escena para que, pasada la emoción del espectáculo, venga el tiempo del estudio. Primero el afecto, que abre una ventana sobre el pasado y despierta las ganas de saber; luego el conocimiento, de manera que el visitante maravillado se convierta también en un lector consciente de la grandeza del legado que heredó.

No todo cabe en un libro, harían falta miles de páginas. Probablemente haya otros libros en el futuro, a la par que se estrenarán nuevos espectáculos en Puy du Fou. España es una fuente de inspiraciones sin fin.

Nunca terminaremos de entender lo grande que es este país; palabra de un extranjero enamorado.

ERWAN DE LA VILLÉON
Consejero delegado
PUY DU FOU ESPAÑA



1

RECAREDO, LA UNIÓN DE DOS PUEBLOS

(589)

8 de de mayo del 589. Recaredo entra en Toledo. Viste manto púrpura y porta el cetro bizantino que su padre Leovigildo introdujo en España pocos años antes.

El rey se dirige a los obispos de Hispania:

—Presente está aquí la ínclita nación de los godos, estimada por doquier por su genuina virilidad; la cual, separada antes de la Iglesia católica por la maldad de sus doctores, y ahora unida a mí de todo corazón, participa plenamente en la comunión de aquella Iglesia.

Responde Leandro, el obispo de Sevilla:

—Aquellos mismos cuya rudeza nos hacía antaño gemir, son ahora, por razón de su fe, motivo de gozo. A ti te llamarán «Conquistador de nuevos pueblos para la Iglesia católica».

Así, dice la Crónica, fue el tercer Concilio mantenido en la ciudad regia. Así, dicen, nació España.

Aquel día se transformó la monarquía visigoda, que desde entonces dejó de ser cabeza del «Reino de los Godos», para serlo del «Reino de Hispania», estableciendo de esta forma la unidad de ambos pueblos, visigodos e hispanorromanos.

¿Quiénes eran los godos? ¿De dónde venían?

Los godos eran un pueblo germano, originario del norte de Europa, la península escandinava y la región del Báltico. ¿Cómo llegaron hasta Hispania? Pues fue un larguísimo viaje que duró siglos. Su emigración comenzó por razones desconocidas, pero probablemente debido a un enfriamiento del clima que les obligó a buscar nuevas tierras más cálidas. En el siglo III antes de Cristo estaban instalados en el oriente de Europa, y allí se dividieron en dos grandes grupos: visigodos (godos de oeste) y ostrogodos (godos del este). Durante su estancia en la frontera de Roma fueron adquiriendo grandes influencias del Imperio, entre ellas, y una de las principales, la religión cristiana.

Esta situación cambió con la irrupción en Europa de una agresiva horda procedente de las estepas asiáticas, los hunos de Atila, que penetraron a sangre y fuego obligando a los germanos a desplazarse. De esta forma, los visigodos iniciaron un largo periplo hacia el oeste que tuvo un punto de inflexión cuando su caudillo, Alarico, tomó el título de rey a finales del siglo IV. Los visigodos llegaron hasta Italia en un momento en el que el poder imperial estaba muy debilitado, y por ello penetraron con facilidad en la

península e incluso saquearon la ciudad de Roma en el 410. Finalmente, pactaron un acuerdo con el Imperio en el año 416 que les concedió el título de federados, mediante el cual se asentaron con total legitimidad en Aquitania, al sur de Francia, en lo que se ha llamado reino visigodo de Tolosa, desde donde comenzaron a intervenir en Hispania.

Hispania

Hispania era entonces una de las provincias más ricas del Imperio romano. Roma inició la conquista de Hispania en el curso de las guerras púnicas con Cartago, entre mediados del siglo III y mediados del II a. C.

Posteriormente prosiguieron su expansión paulatinamente, por lo general de forma pacífica, pero en ocasiones por medio de luchas enconadas, porque determinados pueblos ibéricos ofrecieron una tenaz resistencia. Son célebres los casos del caudillo lusitano Viriato, al que solo consiguieron doblegar mediante una traición, y sobre todo el de la ciudad celtíbera de Numancia, en la actual provincia de Soria, cuyos valientes habitantes resistieron largos años los ataques romanos. Para doblegarlos fue necesaria la llegada del mejor general del ejército romano, Escipión Emiliano, al mando de varias legiones. Este puso cerco a Numancia levantando un perímetro de muchos kilómetros con torres, fortificaciones y fosos, para aislar la ciudad y rendirla por hambre. La ciudad todavía resistió heroicamente más de un año, hasta sucumbir cuando gran parte de sus habitantes habían fallecido y los supervivientes se hallaban a punto de hacerlo.

Desde el final de la conquista comenzó el proceso de «romanización», en el curso del cual se construyeron vías que enlazaban las principales ciudades, se engrandecieron y embellecieron las urbes con grandes edificios monumentales, teatros, circos, templos, arcos, termas…, se implantó la lengua latina y la ley romana, se pusieron en explotación cultivos, ganados, pesquerías, minas, etcétera. En definitiva, Hispania se convirtió en una de las provincias romanas más ricas y civilizadas del Imperio. Este es el país que encontraron los visigodos.

Cuando los visigodos comienzan a intervenir en Hispania en el siglo V, lo hacen como aliados del Imperio, combatiendo en nombre Roma a los suevos, vándalos y alanos que habían penetrado en la península a consecuencia

de la gran invasión del 406. En efecto, el día de San Silvestre, el 31 de diciembre del año 406, un gran contingente de bárbaros forzó la frontera del Rin y penetró en tierras del Imperio. Esta no había sido la única ocasión en la que los bárbaros habían penetrado en el Imperio romano, pero sí la primera en la que Roma no tuvo la fuerza suficiente para expulsarles. Cruzaron la Galia sin oposición, forzaron los pasos de los Pirineos y se instalaron en Hispania, los suevos en el noroeste peninsular y los alanos y vándalos en la Bética. Los visigodos lucharon contra ellos: redujeron a los suevos a la región de Galicia, prácticamente exterminaron a los alanos y forzaron a los vándalos a trasladarse a África.

El reino visigodo de Tolosa desapareció en el año 507 tras su derrota en la batalla de Vouillé a manos del franco Clodoveo. Aunque conservaron en su poder una importante franja de territorio del sur de las Galias, los visigodos se acabaron instalando definitivamente en Hispania, que ya dominaban militarmente con anterioridad, donde fundaron el reino visigodo de Toledo.

El gran rey Leovigildo

Leovigildo fue probablemente el rey más importante de toda la historia visigoda. De hecho, se esforzó mucho para crear un reino unificado en la península ibérica, cosa que sus antecesores no habían logrado antes. Trató de afianzar el papel de la monarquía y superar el problema permanente de los visigodos: la inestabilidad de la Corona debida a la hostilidad de las facciones nobiliarias. Todo ello lo logró en gran medida, y tan solo fracasó en un aspecto fundamental: la unidad espiritual y religiosa del reino.

Cuando los visigodos se instalaron en Hispania en el siglo V eran una franca minoría frente a los hispanorromanos —doscientos mil frente a cinco millones aproximadamente—. Para preservar su independencia como pueblo y no ser absorbidos por la población mayoritaria habían puesto en práctica dos medidas trascendentales: la prohibición de matrimonios mixtos y la imposición del

arrianismo como religión oficial. Los visigodos habían sido convertidos al cristianismo mientras todavía estaban en la región del Danubio, donde predominaba el cristianismo arriano. Y cuando se desplazaron hacia Occidente para acabar instalándose en Hispania en el siglo V esa era su religión, en oposición a la de los católicos hispanorromanos.

Leovigildo fue rey cuando su hermano mayor y antecesor en el trono, Liuva, le asoció a la Corona en el año 569, y le nombró gobernador de Hispania, mientras él se ocupaba de Septimania, al sur de Francia. Esta forma de sucesión, mediante la asociación de un hijo o un hermano al gobierno aun en vida del rey, era una forma de intentar evitar la inestabilidad de la Corona, lo que se llamó el «morbo gothico», la «enfermedad» de los godos.

La cuestión de fondo es que la monarquía visigoda no era hereditaria sino electiva. Es decir, los nobles del reino se reunían a la muerte del rey para elegir entre ellos al sucesor. La consecuencia de este sistema fue que, en numerosas ocasiones, las facciones de la nobleza partidarias de uno u otro candidato, promovieron levantamientos para derribar al rey elegido. De hecho, fueron numerosos los

monarcas depuestos o asesinados.

Cuando Leovigildo llegó al trono, el reino estaba sumido en una grave crisis. Sus antecesores habían sostenido luchas enconadas contra otros nobles que se alzaban contra ellos. Esta situación de inestabilidad había sido aprovechada por la aristocracia hispanorromana de la Bética, ricos propietarios de tierras, para declararse en rebeldía. Todo se complicó cuando el emperador de Bizancio (el Imperio romano de Oriente), Justiniano, desató una gran campaña para recuperar la posesión de la antigua parte occidental del Imperio, Italia, África e Hispania, y envió tropas que desembarcaron en Cartagena y avanzaron hasta conquistar una amplia franja costera del sudeste de la península.

Leovigildo se puso inmediatamente en campaña, redujo a los aristócratas hispanorromanos de la Bética, destruyó el reino suevo de Galicia, acabó con los conatos de rebeldía de vascones y otros pueblos del norte, y contuvo a los bizantinos de Levante. Después de unos años de duras luchas la unidad del reino estaba garantizada. El paso siguiente fue apuntalar su posición, para lo cual se casó con la viuda del antiguo rey Atanagildo, que dominaba a una importante facción de la nobleza visigoda, adoptó signos externos de la monarquía bizantina, acuñó moneda propia, reformó la administración, redujo los poderes de la nobleza, fundó dos ciudades, Victoriaco (la actual Vitoria) en Álava, y Recópolis, en Guadalajara, esta última en honor a su segundo hijo, Recaredo, y finalmente asoció al trono a su primogénito Hermenegildo.

La rebelión de Hermenegildo

En el año 579 Leovigildo concertó el matrimonio de Hermenegildo con la princesa Ingunda, hija del rey Sigiberto de Francia. Estos matrimonios políticos de reyes o herederos de un reino germánico con princesas de otro eran algo frecuente y servían para reforzar alianzas. Lo habitual es que la princesa desposada adoptase la religión del reino de su marido, pero Ingunda se negó a bautizarse como

arriana. Leovigildo decidió que su hijo y su esposa se alejasen de la corte de Toledo y les envió a Sevilla, nombrando a Hermenegildo gobernador de la Bética. Una vez allí, la predicación del obispo sevillano Leandro, hermano del célebre San Isidoro, consiguió que, por el contrario, Hermenegildo se convirtiera al catolicismo.

Es muy difícil saber si esa conversión era sincera o, como sostienen muchos, una forma de ganarse a la poderosa aristocracia hispanorromana de la región con vistas a rebelarse contra su padre y acceder a la corona sin esperar a su muerte. El caso es que el conflicto se resolvió militarmente, Hermenegildo fue vencido y conducido a prisión, donde un partidario de Leovigildo le dio muerte, no se sabe si por iniciativa propia o por orden del rey.

Un conflicto ideológico y espiritual

Lo que revela este episodio es que existía un conflicto ideológico de carácter religioso, que en buena medida escondía otros intereses menos «santos», políticos y económicos. Y esto a pesar de la indudable tolerancia que había existido desde el principio del reino visigodo hacia los católicos y su Iglesia. El catolicismo jamás fue perseguido y sus practicantes, la mayoría hispanorromana, gozaron de plena libertad de culto. En las principales ciudades coexistían dos obispados, uno arriano y otro católico, que no interferían en absoluto en sus actividades.

Esta situación cambia con Leovigildo, sobre todo después de haber dominado la rebelión de Hermenegildo. La razón es obvia: después de haber superado la grave crisis política y los movimientos secesionistas con los que se encontró en su acceso a la Corona, vencido a suevos y a bizantinos, centralizado la administración, en suma, después de haber ido construyendo una monarquía nueva, Leovigildo necesitaba la unidad, es decir, superar el viejo dualismo visigodo-hispanorromano. En primer lugar, derogó la antigua ley que prohibía los matrimonios mixtos (una medida meramente simbólica, puesto que la norma era prácticamente papel mojado desde mucho tiempo antes) y,

en segundo lugar, intentó la unidad religiosa.

Como es lógico, Leovigildo nunca pensó en conceder la primacía a la doctrina católica: el arrianismo era la fe de los visigodos y, en buena lógica, debía prevalecer. Ahora bien, había fórmulas para su suavizar las diferencias, de manera que la unificación arriana fuera más fácil de asumir para sus súbditos romanos y, sobre todo, para el clero católico. Con ese objetivo Leovigildo convocó un sínodo de obispos arrianos en Toledo, donde se decidió suprimir la obligación de que los que se convirtieran al arrianismo recibieran un nuevo bautismo, siendo suficiente una mera declaración aceptando unos principios arrianos previamente rebajados en sus diferencias, hasta el punto de que de ahí surge una nueva Iglesia nacional que no es enteramente arriana ni católica, sino algo distinto.

También puso bajo la adscripción de su Iglesia nacional numerosas basílicas y capillas de mártires de gran raigambre, entre otras Santa Eulalia de Mérida, como forma de atraerse el fervor del pueblo llano.

Finalmente, viendo que nada de esto surtía efecto, acabó por adoptar medidas de fuerza, como el destierro de los obispos Leandro de Sevilla y Massona de Mérida, dos de las principales sedes metropolitanas. Todo fue inútil.

Leovigildo falleció en el 586 sin haber conseguido coronar su gran obra con la unificación religiosa del reino.

A primera vista, podría parecer que la solemne conversión al catolicismo de su hijo y sucesor Recaredo en el III Concilio de Toledo significaba una refutación de la obra de su padre, del que había sido fiel colaborador los últimos años, pero esto no es así. En esencia, Recaredo fue quien coronó la obra de Leovigildo, aunque aplicando una solución opuesta a la de este. Poseyó la inteligencia suficiente para comprender que la Iglesia arriana, minoritaria, jamás podría imponerse a un catolicismo omnipresente y poderoso, y que si quería alcanzar el sueño de Leovigildo de unidad espiritual debería ser en el seno de la Iglesia católica.

El III Concilio de Toledo

Hoy en día conocemos como concilio una asamblea religiosa. Los concilios de Toledo de época visigoda tenían una entidad muy superior, ya que eran la asamblea política del reino, y en ellos se tomaban decisiones, tanto legales como administrativas, trascendentales para la ordenación del Estado. No solo asistían todos los obispos, encabezados por el de Toledo, primado de España, sino también el rey y los magnates, puesto que lo que se decidía en ellos atañía no solo a la religión, sino también a la política y la legislación. En total se celebraron diecisiete concilios en Toledo, algunos de ellos tan trascendentales como el III, en el que el rey Recaredo se convirtió al catolicismo.

El día 8 del mes de mayo del año 589, en el curso del III Concilio de Toledo, el rey visigodo Recaredo abrazó la fe católica y abjuró del arrianismo, arrastrando tras de sí a la mayoría de los germanos de Hispania y poniendo fin a un conflicto religioso que se remontaba a los mismos orígenes del reino.

«Se armó la de Dios es Cristo»

Como hemos dicho, Recaredo se convirtió al catolicismo en el III Concilio de Toledo, abjurando del arrianismo. Pero,

¿en qué consistía esa doctrina cristina que los romanos tenían por una herejía?

El cristianismo primitivo se basaba en la doctrina de los Evangelios, es decir, el relato de la vida de Cristo. Los dogmas se fueron estableciendo en el curso del tiempo y, entre ellos, uno de los más importantes es el de la Santísima Trinidad, que establece que Dios es uno y trino, pues tiene tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sin embargo, el cristianismo es estrictamente monoteísta: hay un solo Dios. Esta paradoja suscitó en su día muchas controversias y fue el motivo del surgimiento de diversas herejías que cuestionaban cuál era la verdadera naturaleza de Cristo, el Hijo. El arrianismo sostenía que en Jesucristo había más de hombre que de Dios, ya que únicamente era de naturaleza «semejante» a la del Padre, no igual.

La expresión «se armó la de Dios es Cristo», que casi todos hemos oído alguna vez, se refiere justamente a esto, a las disputas que surgieron en el Imperio romano de Oriente entre los cristianos, discutiendo si Jesús fue Dios u hombre, una polémica a la que también se alude con la expresión «discusiones bizantinas». Se trata de una controversia extremadamente sutil, difícil de entender hoy en día, pero que en ese tiempo tuvo una importancia descomunal. Por eso, en el Concilio de Nicea convocado por el emperador Constantino, se estableció la doctrina ortodoxa, que sostiene que en la Trinidad hay tres personas pero un solo Dios verdadero. De esta forma, el arrianismo se convirtió oficialmente en una herejía.

El Toledo visigodo

La ciudad de Toledo se alza en la margen derecha del río Tajo, sobre una colina rodeada por un pronunciado meandro que la ciñe. Es conocida desde la época romana, y su importancia reside no solo en que por su orografía constituye un entorno naturalmente fortificado frente a posibles enemigos, sino también por estar situada en un lugar estratégico de la principal vía romana de la península, la que unía la ciudad de Tarraco (Tarragona) con Emérita

Augusta (Mérida), dos enclaves urbanos principales, pasando por Cesaraugusta (Zaragoza), Complutum (Alcalá de Henares) y la propia Toledo. Su posición central en la península acrecienta su valor estratégico y comercial y justifica su importancia histórica, que en época visigoda adquirió una gran relevancia al convertirse en la capital del reino.

Las ciudades de la Antigüedad estaban generalmente amuralladas, como sucedía con Toledo. La muralla marcaba el perímetro de la ciudad vieja, que en el caso de Toledo se extendía a lo largo de cinco hectáreas, la más pequeña de todas las grandes ciudades hispánicas. Esto no suponía que su población fuera pequeña: el primer censo conocido, ya en época musulmana, alcanzaba unas 37.000 almas, la segunda en magnitud de la península, solo detrás de Córdoba. Toledo se convirtió en capital del reino visigodo en época de Atanagildo, pocos años antes de los sucesos que hemos narrado, y mantuvo este rango con Leovigildo, Recaredo y todos sus sucesores. Por otra parte, lo reducido de su recinto amurallado hacía que su defensa fuera mucho más eficaz sin necesidad de contar con huestes numerosas.

La urbe romana, después visigoda, se caracterizaba por la presencia de importantes edificios públicos, que en la época en que se celebró el III Concilio eran mayoritariamente iglesias. En Toledo, intramuros, se alzaban la catedral de Santa María, la iglesia de San Vicente, la más antigua, y las monasteriales de San Miguel y de Santa Eulalia. Fuera ya de su muralla se emplazan varios suburbios, arrabales que crecían en torno a alguna edificación religiosa, basílica o monasterio. El principal suburbio toledano se agrupaba en torno a la gran basílica de Santa Leocadia, la mártir patrona de la ciudad, y en sus cercanías se alzaba la basílica de los santos apóstoles Pedro y Pablo, que era seguramente la iglesia palatina, lo que significa que junta a ella se encontraría la residencia de los reyes. En la calzada romana que se dirige hacia Zaragoza, cerca de Toledo, existía otro importante arrabal en torno al centro monástico de San Cosme y San Damián.

Toledo, como capital del reino, era la residencia de numerosos representantes de la nobleza militar y la aristocracia propietaria de tierras, la élite de la sociedad junto al alto clero, pero en la ciudad había una mayoría de hombres libres que conformaban lo que se denominaba plebe urbana, dedicada a distintos oficios y profesiones. Sabemos que Toledo albergó un importante taller escultórico, y junto a este diversos obradores de orfebrería, bronce, metalurgia, cerámica, oficinas de comerciantes, etc. Por debajo de estos estaban los mendigos, así como gentes dedicadas a actividades poco legales, como la adivinación.

En conjunto, la Toledo visigoda fue una urbe abigarrada y viva, favorecida por su condición de capital, residencia real y episcopal, y fue la sede de los más importantes concilios y, por tanto, centro político y administrativo de los visigodos. Toledo alberga numerosas obras de arte, acumuladas en el curso de los tiempos. De estilo visigótico se conserva Santa María de Melque. Es una iglesia de gruesos muros, totalmente abovedada, con planta cruciforme y ábside cuadrangular con arcos de herradura. San Pedro de Mata, también en Toledo, cerca de Orgaz, es otra muestra destacada de este arte germano, de la que lamentablemente tan solo se conservan restos. Mucha mayor importancia tiene la orfebrería de oro con gemas engastadas, una de las muestras más apreciadas del arte visigodo. Tales son las coronas votivas. Las coronas reales visigodas, de oro macizo, con decoración geométrica y cubiertas de joyas engastadas de extraordinaria belleza, son quizá la muestra más espectacular del arte germano en España.

2

LA INVASIÓN MUSULMANA

(711)

La leyenda del baño de La Cava

Muchas leyendas explican la estrepitosa caída del reino visigodo y su fulgurante conquista por el islam. Quizá la más conocida es la del pecado del rey Rodrigo, que sería castigado con la pérdida de España por haber maltratado a una mujer.

> ***Ayer era rey de España,***
> ***hoy no lo soy de una villa;***
> ***ayer villas y castillos,***
> ***hoy ninguno poseía;***
> ***ayer tenía criados***
> ***y gente que me servía,***
> ***hoy no tengo una almena***
> ***que pueda decir que es mía.***
>
> ***(Romance de Don Rodrigo)***

El padre de Florinda La Cava, el conde Don Julián, era el gobernador de Ceuta, plaza fuerte situada en la orilla africana del estrecho de Gibraltar. Como era costumbre, Don Julián había enviado a su hija, la bella Florinda, a la corte goda de Toledo para culminar su formación como

dama y refinarse a la sombra de lo más granado de la nobleza hispano-visigoda. En su estancia toledana la muchacha había llamado poderosamente la atención del rey Rodrigo que, fascinado por su extraordinaria belleza, no veía el momento de llevarla a su lecho. Florinda fue requerida de amores por el fogoso Rodrigo, pero su natural recato no podía consentirlos, lo cual enardeció más si cabe al monarca, que terminó por forzarla. La joven, abrumada por lo sucedido, no dudó en escribir a su padre para contarle su desdicha.

Fuese el rey dormir la siesta,
por la Cava había enviado;
cumplió el rey su voluntad
más por fuerza que por grado,
por la cual se perdió España
por aquel tan gran pecado.

(Romance de Don Rodrigo)

Al enterarse, Don Julián montó en cólera y, desde aquel instante, comenzó a fraguar su venganza contra aquel rey traidor que le había deshonrado. De esta forma, planeó la mejor forma de castigar a Rodrigo: pactar con los pujantes musulmanes y animarlos a la invasión de Hispania, que les presentó como una presa fácil a causa de su debilidad.

El conde Don Julián, según el romance, traicionó a su rey y a su patria en venganza por la pérdida de la honra de su hija, llegando incluso a participar activamente en la invasión de Hispania.

Este presunto conde Don Julián, del que no existen verdaderas referencias históricas, pudo ser un gobernante bizantino o un visigodo del partido del antiguo rey Witiza, por tanto hostil a Rodrigo, e incluso se ha llegado a decir que era un bereber norteafricano. Sí parece cierto que, en su avance hacia Occidente, el gobernador musulmán Musa

ibn Nusayr, el «moro Muza» de las crónicas cristianas, había ocupado la ciudad de Ceuta en el año 709 y que, como era muy habitual en la expansión musulmana y lo seguiría siendo en la conquista de España, su gobernador Julián había capitulado a cambio de permanecer en su cargo. Bajo esta perspectiva es lógico pensar que fue el encargado de facilitar los barcos que transportaron a las tropas de Tariq hasta España.

La casa de los reyes en Toledo y la sala de los veintisiete candados

El *Romance de Don Rodrigo* presenta otra leyenda de gran interés. Dice esta que los reyes godos tenían en Toledo una casa-palacio en la que se conservaba un arca, en cuyo interior estaban los cuatro Evangelios, ante los que juraban los reyes al ceñir la corona. La casa permanecía siempre cerrada, y solo se abría cuando moría un rey y se proclamaba su sucesor. En ella había una sala prohibida, en cuya puerta había veintisiete candados, tantos como reyes de España habían existido, puesto que cada uno de ellos añadía su propio candado. La tradición decía que en la sala había una urna donde se guardaba un talismán que protegía a Hispania de ser invadida por africanos y que debía ser conservado oculto a toda costa, de ahí la tradición de que todos los reyes añadiesen un nuevo candado.

Cuando el joven y fogoso Rodrigo fue rey de España, se llenó de curiosidad sobre lo que se podría guardar en aquella sala, tan férreamente protegida, imaginando que seguramente sería un gran tesoro. Reunió entonces a todos los nobles y altos clérigos del reino y manifestó su deseo de abrir la puerta para hallar dicho tesoro. Los nobles, alarmados, le dijeron que su obligación era imitar lo que habían hecho todos sus predecesores en el trono, dejar la sala bien cerrada y poner un nuevo candado. Pero el rey, dominado por la curiosidad y la ambición, no quiso ceder. Los nobles incluso le dijeron: «¿Qué riquezas esperas

encontrar, qué cantidad de oro y plata? Dínoslo y nosotros te las proporcionaremos si prometes respetar la puerta». Pero Rodrigo era demasiado osado y no tenía miedo a nada, e impuso su voluntad.

Cuando los veintisiete candados fueron forzados y la entrada quedó libre, penetraron en la sala, y en ella hallaron una rica urna bellamente tallada. En su interior había diversas figuras que representaban a fieros guerreros a caballo, tocados con turbantes y portando un arco con flechas a su espalda. Debajo de ellas se encontraba una inscripción: «Cuando vuestros ojos contemplen estas figuras, guerreros como los que veis entrarán en Hispania y la conquistarán».

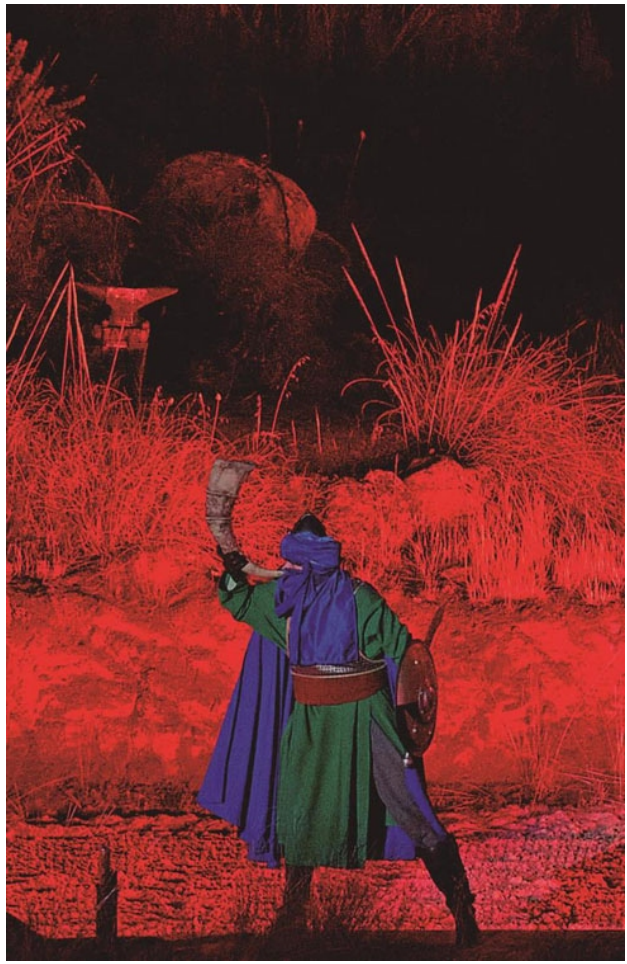
Poco después, Tariq desembarcaba en las playas andaluzas con su ejército de bereberes.

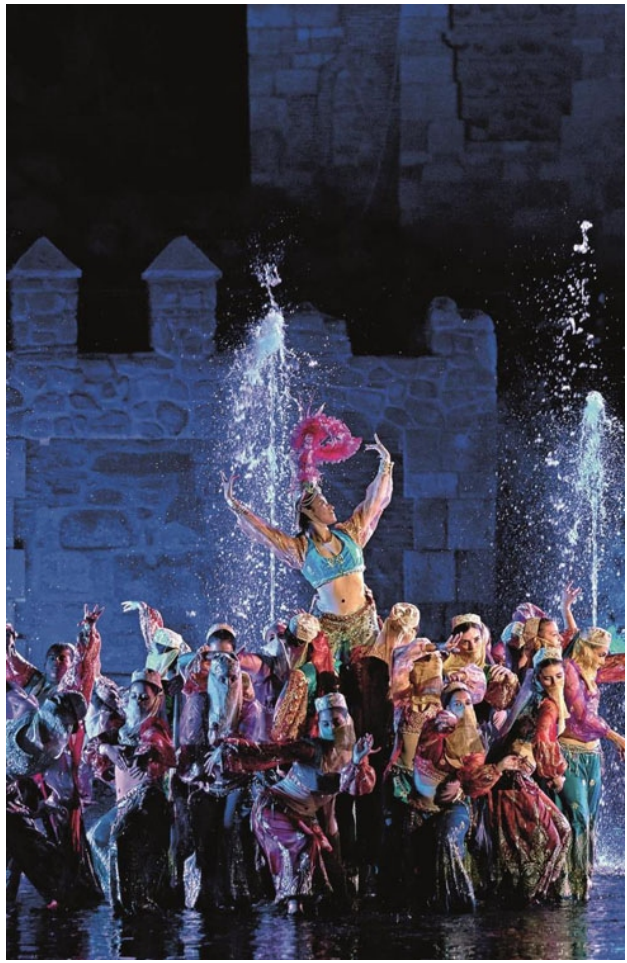
La cueva de Hércules y la Mesa de Salomón

Otra variante de esta leyenda atribuye el origen ni más ni menos que al semidios griego Hércules. La mitología narra diversas aventuras del personaje en Iberia, que es como llamaban los griegos a Hispania. Fue él quien abrió el estrecho de Gibraltar comunicando Mediterráneo y Atlántico con las célebres Columnas de Hércules. En España realizó varios de sus legendarios «trabajos», como el robo de los bueyes de Gerión. A Hércules se le atribuye la fundación mítica de Sevilla, e incluso la de La Coruña, hasta donde llegó persiguiendo a Gerión y donde, tras darle muerte, erigió un faro que se conoce como la Torre de Hércules. En la Antigüedad existió en el Cádiz fenicio un Santuario de Hércules, emplazado en la isla de Sancti Petri.

Según la leyenda, Hércules construyó un recinto en Toledo, emplazado en una gruta, donde guardó grandes tesoros. El más célebre de ellos es la Mesa de Salomón. Se trataba de una mesa de gran tamaño, hecha por entero de oro y cuajada de piedras preciosas, pero cuya importancia residía especialmente en que rey sabio de Israel había plasmado en ella todo su conocimiento, e inscrito el verdadero nombre de Dios, que nadie puede conocer ni pronunciar y que es la llave de toda sabiduría y poder.

La Mesa fue depositada en el templo de Jerusalén, y de allí la tomaron los romanos en época de Vespasiano, cuando destruyeron el templo para someter a los judíos, llevándola como trofeo a Roma. Cuando Alarico saqueó la urbe en el año 410, los visigodos se apoderaron de la Mesa, que llevaron consigo a lo largo del periplo que les condujo a Hispania, y en Toledo fue escondida en el interior de la Cueva de Hércules. Hasta que el imprudente rey Rodrigo desafió al destino forzando la cerradura de la sala donde se guardaba, en cuyo dintel estaba escrito: «Rey, si fuerzas esta puerta labrarás la ruina de Hispania».





3

EL CALIFATO DE CÓRDOBA

(929-1031)

«Corre por tu vida»

Abderramán I tenía veinte años cuando aprendió el significado de esa expresión. Discurría el año 750 cuando, en un banquete de reconciliación celebrado en Abu Futrus, una localidad de Palestina, toda su familia fue exterminada. El nuevo califa, Abul Abbas, fundador de la dinastía abasida, había derrocado a los omeyas, pero eso no era suficiente. Era necesario borrar de la faz de la tierra a toda la familia omeya, que había gobernado el islam desde el año 660, durante casi un siglo.

Los omeyas habían situado su capital en Damasco, Siria, que antes había sido una populosa urbe bizantina. Desde allí gobernaron el islam, que en ese tiempo alcanzó su máximo desarrollo territorial, llegando hasta los confines de Occidente, a una península que conquistaron en una campaña vertiginosa, y que llamaron Al-Ándalus.

La aventura de Abderramán es formidable. Por puro azar no había asistido al banquete traicionero de Abul Abbas y hubo de correr por su vida. Llegó hasta una aldea a orillas del río Éufrates acompañado por su hermano pequeño y allí fue alcanzado por los sicarios abasidas. No pudo salvar a su hermano, que fue degollado ante sus ojos,

y arrojándose a las aguas, cruzó el río a nado. Por fortuna, los omeyas aún tenían partidarios, sus clientes, que ayudaron al joven a escapar hacia Occidente. Lejos, lo más lejos posible de las manos del nuevo califa. Llegó hasta el norte de África, pero ninguna tierra era segura, ni Egipto ni Túnez. Debía seguir huyendo. Su objetivo era la tierra natal de su madre, la bereber Rah, magrebí, donde encontraría familiares y amigos capaces de velar por su vida y su futuro.

Han pasado cuatro años desde que comenzó su huida, y Abderramán vive en Nakur, una localidad a orillas del Mediterráneo, acogido por la tribu a la que perteneció su madre. Cada día contempla el mar luminoso y sueña con las tierras de Al-Ándalus, el país que fue conquistado por sus antepasados omeyas, en el que sabe que viven muchos partidarios de su familia. Junto a él está su fiel servidor Badr, y Abderramán le encomienda que cruce la mar, se reúna con los omeyas españoles y sondee sus posibilidades.

Estamos en el año 755, cuando Abderramán desembarca en Almuñécar. Acuden a recibirle sus primeros fieles, reclutados por Badr. Se refugia en la fortaleza de Torrox, entre seguidores de origen omeya, y durante meses prepara su plan, recluta tropas, convence con su lengua persuasiva, acumula armas y pertrechos.

Hasta allí llegan emisarios del emir Yusuf, que gobernaba entonces Al-Ándalus, con propuestas de paz. Abderramán sabe mucho de traiciones, en su memoria permanece viva la matanza de su familia. Finge su acuerdo y, gracias a ello, puede llegar hasta Sevilla, donde se le unen nuevos clanes. Así, en mayo del 756, despliega su ejército frente a las tropas de Yusuf a las afueras de Córdoba y las inflige una derrota definitiva. Entra en la ciudad y es proclamado emir. Han pasado seis años y en España, en Al-Ándalus, el otro confín del mundo, ha sido restaurado el reino omeya.

Córdoba, la urbe magnífica

Corduba, que así se llamaba en tiempos latinos, era una

antigua población prerromana convertida en urbe por los romanos. Enclavada a orillas del río Guadalquivir, era una ciudad llana y espaciosa, cabeza de la Hispania Ulterior, y estaba dotada de un foro, templos, teatro, acueducto, necrópolis y lujosas villas… Quedan numerosos testimonios de aquel esplendor. La ciudad romana, poderosamente amurallada, sede del procónsul, vivió tiempos de grandeza. En ella nacieron grandes personajes, como el filósofo estoico Séneca, preceptor y consejero del emperador Nerón.

Durante el periodo visigodo Córdoba perdió parte de su importancia, eclipsada por Sevilla. Pero su gran momento estaba por llegar, cuando bajo el dominio de los emires y califas omeyas se convirtió en una de las principales urbes de Occidente. Ya en la temprana fecha del 716 se convirtió en capital de Al-Ándalus. De Siria vino, enviado por el califa omeya, el emir Al-Samh, que reconstruyó el puente romano y las murallas, y la ciudad se expandió tras la orilla izquierda del Guadalquivir, en un arrabal surgido de los restos de la romana Secunda.

Abderramán recibió el sobrenombre de «el Inmigrado», y es un apodo justo, puesto que siempre se sintió como tal y nunca dejó de añorar la Siria de su primera juventud. Hubo de hacer frente a numerosas sublevaciones, a intrigas de partidarios de los abasidas, a conjuras palaciegas. Se rodeó de una guardia personal de bereberes y eslavos y se hizo construir un alcázar en las afueras de la ciudad, al que llamó al-Rusafa, conmemorando la ciudad siria de su infancia. Córdoba había crecido y sus habitantes eran cada vez más numerosos, por lo que la mezquita aljama o principal, donde se reúnen los viernes en oración todos los fieles, se había quedado pequeña. Abderramán compró a los mozárabes cristianos la iglesia de San Vicente, y sobre ella comenzó a construir la que sería la gran joya del arte cordobés, la nueva mezquita.

La gran mezquita

A diferencia del templo, romano o cristiano, que es el lugar donde reside la divinidad, la mezquita es simplemente una casa de oración. Por eso su elemento arquitectónico más simbólico es el muro de la *quibla*. En el centro del mismo se halla el *mihrab*, que está orientado en dirección a La Meca, el centro espiritual del islam. Curiosamente, en la mezquita de Córdoba el *mihrab* está orientado al sur, probablemente porque sigue la tradición de Siria (La Meca se sitúa al sur de Damasco). La oración de los viernes congregaba sin excepción a todos los fieles, y se realizaba en una sala llamada *haram*, emplazada junto al patio, en cuyo centro hay una fuente para las abluciones rituales. Posee una torre, el minarete, desde donde se llama a los fieles a la oración, y una dependencia especial, la *maqsura*, reservada a reyes y dignatarios.

Su superficie original debió ser suficiente para acoger a todos los fieles en su día, pero Córdoba no dejaba de crecer y, por este motivo, experimentó varias ampliaciones. En tiempos de Abderramán II y Muhammad I se produce la primera ampliación, en la que se añaden ocho tramos adicionales a sus once naves, con lo que la mezquita crece en dirección al Guadalquivir. En su muro occidental se abre una nueva puerta, la de los Deanes.

Una nueva ampliación, ya a mediados del siglo X, es debida a Abderramán III. Entre otros cambios, mandó erigir en el muro norte un minarete de gran belleza, con una altura de más de treinta metros, que sirvió de modelo para muchas mezquitas posteriores. En la actualidad se ha

perdido, pues sirvió de soporte para la posterior erección de una torre cristiana.

Una tercera ampliación se lleva a cabo en tiempos de AlHakam II, de nuevo en dirección al sur, prolongándose las naves en otros doce tramos. El nuevo *mihrab* conserva las columnas del anterior y posee un fastuoso arco de herradura profusamente decorado con motivos geométricos y vegetales (el arte islámico no admite la representación de la divinidad, por lo que las figuras humanas están excluidas).

La última ampliación se realiza en tiempos de Almanzor, y en ella se añaden ocho naves más, devolviendo a la sala de oración la planta cuadrada, con su patio rectangular en dirección al norte. El conjunto reviste una monumentalidad y belleza extraordinarias.

Abderramán III, fundador del califato de Córdoba

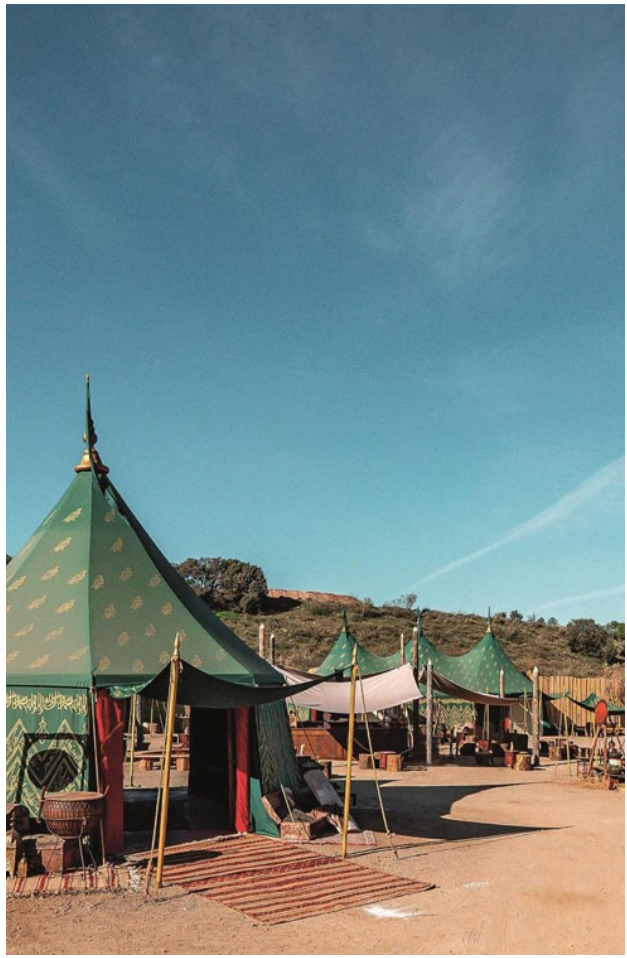
El reino musulmán de Al-Ándalus tuvo desde el principio una gran tendencia a la fragmentación. Las provincias del norte, Lérida, Zaragoza, Toledo, fronterizas con los reinos cristianos, libraban su propia guerra. Las más distantes del sur, Levante, Almería, Cádiz, Ronda… se resistían al dominio de Córdoba. Por eso, cuando llegó al poder Abderramán III se encontró un reino sumido en la inestabilidad. Tenía poco más de veinte años, era inteligente, culto, buen político y un gobernante capaz. En un puñado de años sometió a todos los rebeldes: a los muladíes de Ibn Hafsún en Bobastro, en plena serranía de Ronda, en el año 928, Badajoz en 930, la insumisa Toledo en 932, etcétera. Culminó su obra guerrera conteniendo a los fatimíes de África con la toma de Melilla, Ceuta y Tánger, y se impuso a los reyes cristianos del norte en dos expediciones triunfantes. Derrotó a los reyes de León y Navarra, Ordoño II y Sancho, que se habían aliado para avanzar por la frontera aprovechando la debilidad temporal de Córdoba.

Abderramán sufrió un descalabro en Simancas, cuya

fortaleza intentó tomar, fracasando y sufriendo numerosas bajas. En el año 939 organizó una campaña militar contra el reino de León. La llamó «Campaña de la Omnipotencia», porque estaba seguro de que con sus 100.000 soldados arrasaría el poder cristiano del norte y volvería a dominar toda la península. Sin embargo, el rey leonés Ramiro II, con el apoyo de Navarra y del conde castellano Fernán González, le aguardaba en la fortaleza de Simancas, cerca de Valladolid. El combate principal se entabló en torno al foso de la fortificación, donde los musulmanes fueron empujados por la acometida cristiana, la confusión se apoderó de ellos y sufrieron una derrota aplastante. El propio Abderramán hubo de huir precipitadamente, abandonando incluso su ejemplar del Corán y su cota de malla.

La victoria de los cristianos les permitió adelantar sus fronteras al sur del río Duero, llegando hasta el valle del Tormes, y tuvo una gran repercusión en toda la cristiandad. También afectó gravemente a los musulmanes: se dice que de regreso en Córdoba Abderramán hizo ejecutar a trescientos caudillos de su caballería, a los que responsabilizó de la derrota.

Sin embargo, León no tenía la fuerza suficiente para avanzar más allá del valle del Tormes, y Abderramán pudo rehacerse e iniciar la segunda y más brillante etapa de su reinado. Entonces tomó su decisión más trascendental. Se proclamó califa y «príncipe de los creyentes», es decir, independiente de Bagdad. Había nacido el califato de Córdoba y se inauguraba el periodo más brillante del islam en España.



Córdoba, la gran metrópoli de Occidente

Numerosos cronistas y geógrafos árabes de su tiempo se deshicieron en elogios a la ciudad de Córdoba. Su núcleo central, la Medina, coincidía con la ciudad romana y visigoda, y su perímetro estaba amurallado. En la muralla existían siete puertas, que se abrían a todos los rumbos; las principales eran la del sur, que se abría al puente romano, de 223 metros de longitud, restaurado por los árabes, y la del norte, que comunicaba con el palacio de al-Rusafa, construido por Abderramán I para su residencia.

El núcleo de la Medina eran la gran mezquita y el

alcázar, y en ella estaban emplazados el zoco de los comerciantes, los talleres de los numerosos artesanos y los almacenes de mercancías, los *fonduc*. Fuera de ese recinto se encontraban los arrabales, barrios periféricos que no dejaron de crecer. Los dos principales fueron la Axarquía y el arrabal de Secunda, protagonista este último de una grave revuelta. No existen cálculos exactos del número de sus habitantes. Un censo de edificios realizado por Almanzor indica que pudo llegar hasta un millón de almas, pero lo más probable era que rondase las 250.000, una cifra inusitada en ese periodo.

Junto a la gran mezquita se hallaba el barrio de los bazares. Allí tenían sus tiendas y talleres una multitud de oficios. Se elaboraban tejidos de lino, algodón, lana y seda, que se vendían por piezas, de las que los sastres o «alfayates» cosían las ropas. También había ropavejeros, que vendían prendas usadas. En la Córdoba califal se hicieron célebres los finos brocados. Fue un cordobés quien inventó un procedimiento para fabricar el cristal, que dio origen a todo un gremio de vidrieros. La capital de Abderramán se hizo célebre por sus manufacturas de orfebrería, el cincelado de joyas, el trabajo del azabache, el repujado del cuero y las piezas de marfil. También florecieron las zapaterías y alpargaterías, la fabricación de pergamino y papel, la alfarería, los azulejos, los esmaltes.

Hay que imaginar ese zoco abigarrado de personas que deambulan haciendo sus compras o simplemente mirando y reuniéndose con sus conocidos, entre los pregones de los vendedores y la algarabía de las calles. Una parte de esta producción artesanal se transportaba hasta los puertos de Levante, donde se embarcaba con destino a todo el Mediterráneo. Los comerciantes alcanzaron una gran importancia. En gran medida eran judíos, aunque poco a poco fueron sustituidos por musulmanes.

El tráfico de esclavos tuvo una gran relevancia, y dentro del mismo el de negros, procedentes del Sudán y el interior de África, y blancos, en su mayoría de origen germánico y eslavo. Ya hemos visto que los emires y califas,

desconfiados de sus correligionarios, se rodearon de guardias personales eslavos. Muchas veces se les manumitía, se les otorgaba la libertad, entrando en la categoría de «maulas», mediante la cual seguían vinculados familiarmente a sus antiguos amos. Las esclavas, francas, gallegas, bereberes y sudanesas, llegaron a alcanzar muy altos precios en el mercado, sobre todo si estaban dotadas para el canto.

La cetrería fue una de las actividades favoritas de los magnates árabes de Al-Ándalus y en Córdoba alcanzó un desarrollo extraordinario. El adiestramiento de aves rapaces para la caza es una tradición arraigada en Oriente Medio desde tiempos inmemoriales y alcanzó una gran perfección entre los árabes, que la introdujeron en Hispania.

Las rapaces vuelan a gran altura y, sosteniéndose en las corrientes térmicas al extender sus grandes y poderosas alas, trazan círculos mientras su aguda mirada escudriña el suelo en busca de sus presas. Una vez localizada, pliegan las alas y se ciernen en un vertiginoso picado a altas velocidades, y con sus afiladas y grandes garras atrapan a su presa y la levantan. Las aves adiestradas acompañan al noble y sus cetreros, con la cabeza tapada con capuchas. Una vez en el territorio de caza, se las despoja del tapado y se lanzan al aire. Las especies usadas en cetrería son muy diversas: halcones, cernícalos, azores, milanos, gavilanes, águilas y alcotanes son las principales aves diurnas, que cazan durante el día, a los que se suman, autillos, cárabos, búhos y lechuzas, entre las nocturnas.

La cetrería se expandió por toda la península y se convirtió también en una práctica habitual entre los reyes, nobles y magnates cristianos.

La sociedad musulmana era patriarcal y practicaba la poligamia. En la vivienda residían todos los familiares, siervos, concubinas y esclavos, bajo la autoridad del cabeza de familia. Las casas eran cerradas al exterior, y la vida familiar discurría en torno al patio. Los baños públicos cumplían una importante función social. La cultura árabe, quizá por su origen beduino, tenía un gran respeto por el

uso correcto del agua. Fueron expertos en el trazado de canales y en las irrigaciones agrícolas. En Córdoba, junto al río, Abderramán III ocupó un palacio profusamente regado mediante una gran noria que lo convertía en un floreciente vergel.

También eran amantes de las fiestas y diversiones. Las dos principales celebraciones eran la fiesta del fin del ayuno, que se celebraba al término del Ramadán con grandes banquetes, y la fiesta de los sacrificios, con numerosas celebraciones religiosas. Amaban la caza, la cetrería, juegos como el ajedrez, los artistas callejeros, malabaristas y titiriteros, y los recitadores y cuentacuentos. La equitación era una práctica habitual entre las clases pudientes, y la crianza de caballos de monta alcanzó una gran perfección.

La sociedad hispanoárabe

Era una sociedad estamental, en cuya cúspide estaban los árabes. Pero, a lo largo del tiempo, a Al-Ándalus fueron llegando grandes contingentes humanos que diversificaron los orígenes: primero fueron los bereberes en la época de conquista, después llegaron sirios, precisamente el grupo que apoyó a Abderramán I tras su llegada a la península, a los hay que añadir egipcios, sudaneses, africanos del norte y un buen número de esclavos blancos de raza eslava.

Evidentemente, el grueso de la población era de origen hispano-visigodo. Entre ellos había dos grupos bien diferenciados, el de los mudéjares convertidos al islam y el de los mozárabes, que conservaron el cristianismo mediante el pago de un impuesto especial. Muchos mozárabes fueron emigrando a los reinos cristianos del norte, contribuyendo decisivamente a su repoblación. Por último estaban los judíos, que hallaron buen acomodo en la sociedad islámica y conservaron también su fe.

Se hablaba el árabe clásico entre las clases altas, el árabe coloquial y el romance mozárabe, así como un buen grupo de dialectos según el origen de las personas.

La Córdoba califal fue una urbe de gran nivel cultural.

Existían numerosas bibliotecas, públicas y privadas. El conocimiento fluía desde Oriente: matemáticas, astronomía, geometría, hidráulica, filosofía. Es bien sabido que la sabiduría de los antiguos griegos, perdida en Occidente tras las invasiones bárbaras, fue reintroducida a través de los árabes, en su propia lengua, después traducida al latín y al romance. Existía un gran amor por la literatura, en prosa y en verso. En Córdoba florecieron autores como el poeta Ibm Hazm, autor de *El collar de la paloma,* y sabios de la magnitud del judío Maimónides y el árabe Averroes. También gozaron de gran aprecio la música y la danza.

Medina Azahara

Es bien conocida la tendencia de los soberanos omeyas a erigir palacios que habitar extramuros de la ciudad. El primero de ellos fue al-Rusafa, el de Abderramán I, pero el más célebre es sin duda Medina Azahara, construido por Abderramán III como una auténtica ciudad palacial a cierta distancia de la urbe. Según la leyenda recibió su nombre de la concubina favorita del soberano, Za'ara.

La ciudad de Medina Azahara tiene un plano cuadrado y constituye un recinto amurallado, con arrabales en el exterior. Emplazada en la ladera de una sierra, tenía tres niveles escalonados. El superior albergaba las dependencias de palacio, el central tenía jardines y la mezquita, y la ciudad propiamente dicha estaba en el inferior, donde residían funcionarios y servidores y se albergaban las dependencias de gobierno. Fue abandonada en época de Almanzor, que se hizo construir una nueva, Medina Azahira, hoy desaparecida, destruida en el curso de las guerras que siguieron a la caída del califato.

Caída del califato

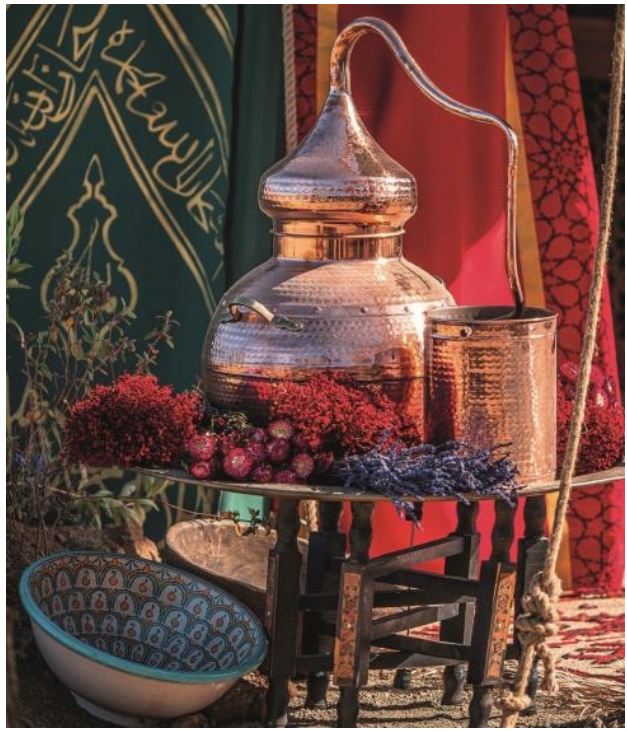
El reinado de Abderramán III, el primer califa, fue el de mayor esplendor de Córdoba. A su muerte, sus sucesores tuvieron una fortuna desigual en el desempeño del gobierno. Finalmente, se produjo el ascenso de la dinastía de los amiríes, los sucesores del todopoderoso visir Almanzor. Era este un astuto político y un formidable guerrero. Permitió que el poder siguiera nominalmente en manos del califa, mientras él era quien verdaderamente gobernaba.

Almanzor dirigió varias expediciones devastadoras contra los reinos del norte, con un gran ejército compuesto espacialmente por bereberes y mercenarios cristianos. Llegó a tomar la ciudad de Barcelona en el Oriente, y la de Santiago de Compostela en Galicia, en la que arrasó la antigua catedral y se llevó consigo sus campanas de bronce. Sus brillantes victorias le proporcionaron el sobrenombre de Al-Mansur, «el Victorioso», que es como se le conoce en

español.

Almanzor murió en agosto de 1002, cuando regresaba de una expedición militar en la que supuestamente fue derrotado: la batalla de Calatañazor, en tierras de Soria (aunque todo parece indicar que esta batalla, como también sucede con la de Clavijo, son leyendas sin fundamento histórico). Fue sucedido por su hijo, pero el califato entró en una rápida descomposición, debida a los enfrentamientos de las diversas etnias y facciones, y dejó nominalmente de existir en 1031. Al-Ándalus se fragmentó entonces en diversos reinos de taifa.

La civilización musulmana dejó en España un rico legado. De oriente llegó la ciencia y la filosofía, así como la recuperación del conocimiento de los griegos. Toda la península, especialmente el sur, está tachonada de magníficos monumentos, mezquitas, palacios, alcázares… auténticas joyas arquitectónicas. Prosiguieron y mejoraron las técnicas hidráulicas romanas de irrigación y conducción del agua: acueductos, canales, jardines y norias. Introdujeron una rica artesanía del cuero, los metales, el vidrio, los azulejos, la seda. Y, por último, pero no menos importante, trajeron y consolidaron en la península una rica agricultura de naranjos, arroz, algodón, morera, caña de azúcar, así como los fastuosos palmerales que brillan sobre todo en el Levante, plantados por la nostalgia de sus tierras originales de Oriente.



4

El Cid Campeador

(siglo XI)

> ***El ciego sol, la sed y la fatiga.***
> ***Por la terrible estepa castellana,***
> ***al destierro, con doce de los suyos***
> ***«polvo, sudor y hierro» el Cid cabalga.***
>
> ***(Manuel Machado)***

Una mañana de invierno. Nada más romper el alba. El Cid sale de Burgos camino del exilio. Junto a él, sus hombres de confianza.

Detrás de las ventanas de madera entornadas, los burgaleses contemplan a escondidas el triste desfile con el alma encogida y la pena en el corazón. Pero no se atreven a manifestarlo por temor al rey Alfonso, que ha ordenado el destierro.

El Cid lleva el corazón roto; al dolor por dejar atrás a Jimena y a sus dos hijas, se une la deshonra de verse expulsado del reino. Qué futuro le espera en tierra de enemigos, no lo sabe; tendrá que ganarse la vida con la fuerza de su espada, poniendo sus armas al servicio de otros monarcas y señores. Tizona y Babieca son los únicos bienes que le quedan. También conserva su entereza y determinación, y el deseo de recuperar la honra que tan

injustamente le ha sido arrebatada.

Este es el principio de una epopeya, la más grande de toda la historia castellana, destinada a dejar su impronta indeleble en la memoria colectiva de España: el *Cantar del Mío Cid*.

El joven Rodrigo se adiestra como guerrero

Rodrigo Díaz de Vivar había nacido hacia 1038 en la casa solariega de una aldea situada cerca de Burgos, en una familia de la baja nobleza. Era tan solo un infanzón, pero tuvo la suerte de que siendo todavía un niño fue asignado como paje del infante real Sancho, con quien compartió su edad de crecimiento, juegos y aprendizaje. Cuando alcanza la edad necesaria comienza a adiestrarse como guerrero. Es el paso necesario para poder lograr su anhelo: ser investido caballero, poseer caballo y espada, y ponerlos al servicio de su señor.

El «palenque» era una explanada situada generalmente fuera de la muralla de la ciudad. Rodeada por una valla de madera de estacas clavadas en el suelo para delimitar el espacio donde se desarrollaban las actividades, estaba presidida por un entarimado usado por los notables para dirigir el adiestramiento de los jóvenes. Allí inicia su carrera el Cid. Su padre, Diego Laínez, tiene puestas todas sus esperanzas en él. Nunca llegó a nada más que infanzón, pero su hijo Rodrigo será «alguien». Por eso el joven se esfuerza, participa en cada combate singular con otros muchachos semejantes a él como si la vida le fuera en ello. Escucha los consejos del maestro de armas. Fortalece su brazo para poder manejar la pesada espada de hierro de dos filos. Monta a caballo y aprieta las rodillas con firmeza, mientras su cuerpo permanece erguido. Espolea su montura para ponerla al trote, y después, cuando se acerca a su objetivo —una cruz de madera giratoria en uno de cuyos brazos una cadena sostiene la bola metálica de clavos—, pica de nuevo espuelas para galopar a su encuentro. Golpea con la espada y se encoge para eludir el golpe que se avecina. Así día, tras día. Con fe y perseverancia.

Sancho, hijo mayor del rey Fernando, apenas unos diez años mayor, es también asiduo a esas justas, en el grupo de los mayores. Pero algo debió de ver en el joven Rodrigo, puesto que le hizo formar en su ejército cuando su padre le mandó a sitiar Zaragoza para renovar los tributos que el rey moro paga al monarca leonés. Y cuando murió su padre, Fernando I de León, y heredó el reino de Castilla, le nombró alférez de su ejército. Corría el año 1065, y el Cid tenía unos veinticinco años de edad; desde entonces comenzó a forjar su fama como adalid cristiano.

¿Quién mandó matar al rey?

Fernando de León, en su testamento, había dividido su reino entre sus hijos, algo habitual en la época. Entregó el condado de Castilla a su primogénito, Sancho, y le dio categoría de reino independiente; dio la Corona de León a su segundo hijo Alfonso, y el condado de Galicia, también con categoría de reino, al menor, García. A sus hijas, Urraca y Elvira, les otorgó respectivamente el señorío de Zamora y de Toro.

Sancho no estaba conforme con el reparto; él era el primogénito, solo a él correspondía la herencia. Por eso combatió a sus hermanos para reunificar el reino, venció a los dos y les obligó a partir al exilio. Pero cuando puso sitio a Zamora, señorío de su hermana Urraca, que se resistía a aceptar su autoridad, fue objeto de una celada en la que el caballero Bellido Dolfos le dio muerte a traición.

Rodrigo debía ser ya por aquel entonces un personaje destacado en la corte de Sancho, porque, según la tradición, obligó a Alfonso, heredero de su hermano, a jurar solemnemente en la iglesia de Santa Gadea de Burgos que no había sido el instigador de su asesinato. El futuro rey castellanoleonés lo hizo a regañadientes, viviéndolo como una humillación. Jamás se lo perdonaría a Rodrigo Díaz de Vivar.

En la crónica del Cid se entremezclan leyenda y realidad. Porque tan importante, o acaso más, como la realidad histórica es la tradición épica que se forjó

mediante un hermoso cantar de gesta: el *Cantar del Mío Cid*.

La leyenda

Según se narra en *Las mocedades del Cid*, Rodrigo obligó al rey Alfonso a sufrir la humillación de la Jura de Santa Gadea y, por ello, en cuanto tuvo alguna excusa, el monarca le desterró. La justificación fue que habiendo sido enviado por el rey para cobrar las «parias» o tributos que pagaba el rey de la taifa de Sevilla, fue acusado de haberse apropiado de una parte. Esta acusación fue tan solo una insidia perpetrada contra él por el noble leonés García Ordóñez, que aborrecía al Cid después de haber sido vencido en justa lid por él, hecho prisionero y después liberado.

Rodrigo debió partir al exilio en una fecha ligeramente posterior a 1080. Este hecho no solo da inicio al poema más relevante de la épica castellana, sino también a las prodigiosas aventuras del Cid que avalan los testimonios históricos.

Doña Jimena

Doña Jimena es también un personaje fundamental en esta historia. Era una dama noble, emparentada en segundo grado con el rey Alfonso, y su amor por el Cid parece indudable a la luz de lo que dicen la tradición y la historia.

Jimena permaneció en Burgos durante los destierros del Cid, acompañada por sus hijas y acogidas al monasterio de San Pedro de Cardeña, tan vinculado a la historia del Campeador. Además, doña Jimena demostró con creces su bravura y su dignidad cuando, tras la muerte de Rodrigo, resistió al frente de Valencia hasta que el rey Alfonso ordenó evacuarla.

El destierro

El destierro del Cid ha sido tema de muchas tradiciones literarias, como asunto recurrente del relato del alma castellana que se resume en el famoso verso del *Cantar*: «qué gran vasallo, si hubiera buen señor». En el poema *Castilla*, de Manuel Machado, una de cuyas estrofas encabeza este capítulo, se narra el episodio en el que el Cid y sus hombres buscan refugio y posada en un mesón burgalés y este se les niega tras un portón cerrado a cal y canto. Ante la insistencia de los desterrados, comparece ante ellos una frágil niña de nueve años, que les explica que el rey ha amenazado con gravísimas penas a quienes les den asilo y les pide que sigan su camino.

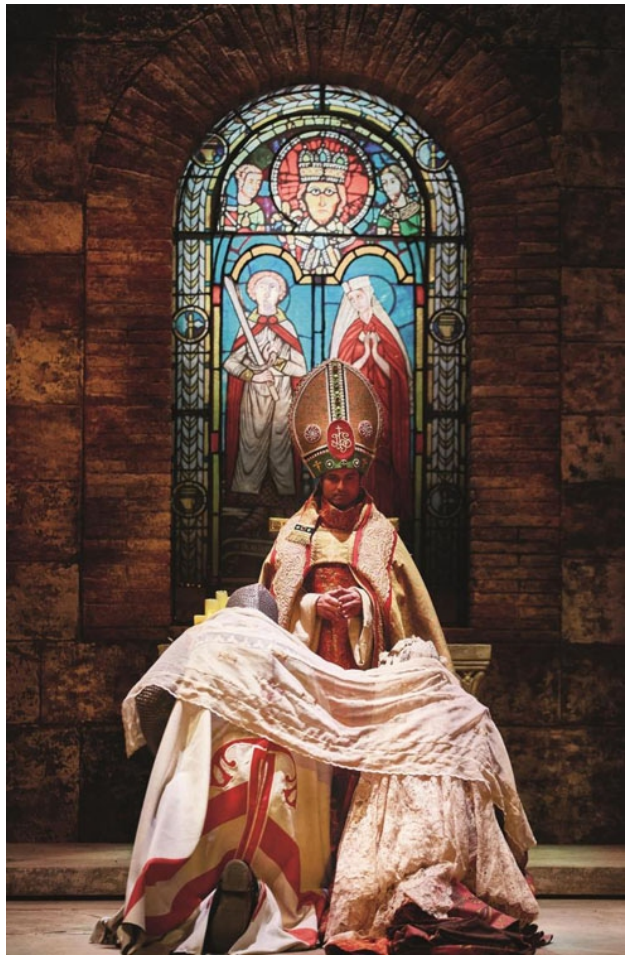
> ***Buen Cid, pasad. El rey nos dará muerte,***
> ***arruinará la casa***
> ***y sembrará de sal el pobre campo***
> ***que mi padre trabaja…***
> ***Idos. El cielo os colme de venturas…***
> ***¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!***

El Cid, lleno de amargura y de piedad, parte sin protestar, a pesar de estar acuciado por la necesidad. A través de anécdotas como esta, el Campeador se convierte en paradigma del austero pueblo castellano, que sufre en silencio la injusticia de los poderosos, la acata con gallardía, y se abre camino por sí mismo con su sudor y con su esfuerzo. Un pensamiento que idealiza el carácter profundo de todo un pueblo.

Las batallas del Cid

Este es el principio de la fascinante aventura del Cid que, exiliado contra su voluntad, se ve forzado a convertirse en un señor de la guerra. El Cid pone su fuerza y la de los suyos al servicio de aquel que lo requiera, sin olvidar jamás su auténtica fidelidad, la que debe a su señor natural, el rey Alfonso.

Entra al servicio de los emires de la taifa de Zaragoza, en cuyo nombre combate a los catalanes y les vence en la batalla de Almenar, en Lérida, haciendo prisionero al conde de Barcelona junto a otros magnates. Después penetra en la región de Morella, y en 1084 se enfrenta en batalla campal contra un poderoso ejército del rey de Lérida aliado con el rey de Aragón, a los que vence de forma contundente. Su regreso a Zaragoza fue apoteósico, puesto que los zaragozanos, encabezados por el emir y sus hijos, salieron a recibirle hasta Fuentes de Ebro y le acompañaron en su entrada triunfal en la ciudad.



La situación militar de España se agrava cuando, tras la conquista de Toledo por Alfonso VI, los diversos reyes de taifa de Al-Ándalus, temerosos por su futura suerte, llaman en su auxilio a un poderoso ejército musulmán procedente de África, los almorávides. Después de muchos años de progresos constantes de los reinos cristianos en la Reconquista, una nueva y dura realidad se impone cuando, en la batalla de Sagrajas (1086), las fuerzas almorávides doblegan a las castellanas de Alfonso VI.

El emir almorávide Yusuf unifica todo Al-Ándalus y amenaza a los cristianos, que ven peligrar gravemente su futuro. Enfrente, el rey Alfonso debe contar con todos los

activos posibles, y el más importante de ellos es el Cid, cuyos éxitos militares son esplendorosos y que ha sido el único caudillo castellano en vencer en batalla campal a los almorávides. Así, según la historia, se produce la reconciliación de ambos personajes y el fin de la pena de destierro dictada tiempo atrás por el rey.

Los éxitos del Cid prosiguen. Vence en Alcadir a los almorávides y llega hasta Valencia, a la que había puesto cerco el conde catalán Berenguer Ramón, obligándole a levantar el campo. El rey llama a Rodrigo para que acuda con sus tropas a defender la fortaleza de Aledo, en Murcia. El Cid no llega a tiempo y de nuevo estalla la cólera del rey, que lo destierra por segunda vez.

Tras su segundo destierro, el Cid parte, sin soporte real, lanzando una expedición de conquista en la región comprendida entre Orihuela y Játiva. Contra él marcha de nuevo el conde catalán Berenguer Ramón, reforzado con huestes de sus aliadas musulmanas Lérida y Zaragoza, y es derrotado y hecho prisionero por segunda vez.

El rey Alfonso fracasa en su intento de conquistar Valencia a pesar del apoyo de sus aliados. El Cid, mientras tanto, se había alejado de la región para no luchar contra su señor y penetró en La Rioja, donde saqueó tierras de su viejo enemigo García Ordóñez, el noble leonés que le había acusado del robo de las parias de Sevilla. Alfonso VI, tras levantar el infructuoso cerco de Valencia y habiendo comprobado que el Cid era invencible, se reconcilia por segunda y definitiva vez con él.

Por aquel entonces, el Cid ya es formalmente dueño del territorio valenciano sin haber penetrado en la ciudad, que para protegerse llama en su auxilio a los almorávides. Rodrigo aprovecha los enfrentamientos internos entre partidarios del rey musulmán y de los recién llegados almorávides. Finalmente, en 1094, tras un prolongado cerco, los musulmanes capitulan y el Cid se apodera de Valencia.

Consolida su dominio rechazando a los almorávides en Cuarte, un arrabal valenciano, infligiéndoles una severa

derrota, y poco después se deshace del antiguo rey valenciano Ben Yehaff, consolidando su posición.

Rodrigo llamó a la ciudad de Valencia a su familia y concertó el matrimonio de sus hijas, Cristina con el infante Ramiro de Navarra y María con el conde de Barcelona Ramón Berenguer. Poco después, en 1099, falleció en Valencia, tras una vida repleta de vicisitudes, adversidades y triunfos. Doña Jimena resistió en Valencia pese a la pérdida del héroe hasta 1101, en que la ciudad fue cercada de nuevo, y habiendo llamado en su auxilio al rey Alfonso, este decidió su evacuación. Doña Jimena y los fieles vasallos de Rodrigo trasladaron el cuerpo del adalid a Burgos, donde fue enterrado en el monasterio de San Pedro de Cardeña.

La Reconquista

La historia del Cid constituye un hito en la historia medieval de España que se enmarca en la llamada Reconquista, el largo proceso de avances cristianos hacia el sur que se iniciaron poco después de la «pérdida de España», tras la derrota del reino visigodo en la batalla de Guadalete y la muerte del rey Rodrigo.

La resistencia cristiana en el norte se inició en la batalla de Covadonga (722), donde los astures vencieron a las tropas de Al-Ándalus. A lo largo de este proceso de reconquista acabaron constituyéndose los llamados Cinco Reinos: Aragón —con el poderoso condado de Barcelona—, Navarra, Castilla, León y Galicia, a los que se suma el reino de Portugal. Como pone de manifiesto tanto el *Cantar* como la propia historia del Cid, no se trata de un proceso único e ininterrumpido: los reinos cristianos frecuentemente guerrearon entre sí, y muchas veces en alianza con los musulmanes.

Como hemos visto en el capítulo dedicado al califato de Córdoba, tras la conquista musulmana de España Al-Ándalus vivió un largo tiempo de esplendor, culminado cuando Abderramán III recibió el título de califa, que independizaba la España musulmana del califato abasida de

Bagdad. Bajo el control del visir Almanzor los ejércitos musulmanes llegaron a conquistar y saquear ciudades tan distantes como Santiago de Compostela y Barcelona. Tras la caída del califato de Córdoba, Al-Ándalus se fragmentó en reinos de «taifas» (bandos o facciones) y esta división les debilitó, lo que favoreció su sometimiento ante los cristianos que, sin embargo, prefirieron que mantuvieran su independencia a cambio de cuantiosos tributos.

Se produjeron dos reunificaciones con la llegada de belicosos contingentes musulmanes procedentes del norte de África, los almorávides y los almohades; la derrota de estos últimos en la batalla de Las Navas de Tolosa en 1212 supuso el principio del fin del dominio musulmán en el sur de España.

Los avances cristianos tuvieron momentos fundamentales. Uno de ellos fue precisamente la ocupación de Toledo, la antigua capital visigoda, por Alfonso VI. El segundo fue la ya citada batalla de Las Navas de Tolosa, en la que los reinos cristianos actuaron coordinadamente en apoyo del rey castellano Alfonso VIII. El tercero, los avances de Fernando III el Santo, que conquistó Jaén, Córdoba, Sevilla y toda la Andalucía occidental, y el último, la toma de Granada por los Reyes Católicos en el año prodigioso de 1492.

El arquetipo del caballero cristiano

¿Cómo era el Cid Campeador? Es muy difícil precisar su aspecto físico o los rasgos de su rostro, ya que las imágenes de él que tenemos son retratos idealizados que reproducen los estereotipos de la época. De sus hazañas bélicas y su

mismo sobrenombre, Campeador, es necesario deducir que su físico sería imponente y su fortaleza indudable: un formidable guerrero. Además, el hecho incuestionable de que fue el único caudillo cristiano capaz de doblegar a los almorávides en campo abierto hace pensar que sería un gran estratega.

Lo que sí que tenemos es un retrato moral bastante pormenorizado, aunque también ideal: el que nos ha transmitido el *Cantar*. Varios rasgos sobresalen especialmente en el personaje: el Cid es un hombre íntegro y honrado, y sus acciones vienen dictadas por su elevado sentido de la justicia. Es leal a toda costa y acepta con entereza su condena de destierro aun a sabiendas de que es injusta. Es tenaz y esforzado, lo que le permite sobreponerse a las circunstancias más adversas y salir triunfante de las situaciones más comprometidas. Es generoso sin reservas: cuando conquista a los moros el reino de Valencia no duda en ofrecerlo a su señor, el rey Alfonso. Posee un carácter templado y jamás se aprovecha de los débiles, como se aprecia en la escena de la posada antes narrada.

Pero además de todas estas cualidades, en la tercera parte del poema se pone de manifiesto que es una persona entrañable y que siente un amor ilimitado hacia su familia y sus amigos; incluso este afecto y protección se extiende a los infames infantes de Carrión, maridos de sus hijas, pese a que no lo merezcan. Los protege durante su estancia en Valencia y los colma de presentes en su despedida.

El factor clave del carácter del Cid, por encima de lo ya dicho, es su sentido exacerbado de la honra. En dos circunstancias la honra le es arrebatada: cuando es injustamente desterrado por su rey y cuando los infantes de

Carrión vejan a sus hijas en el robledal de Corpes, en venganza por las burlas que han recibido de los caballeros cristianos vasallos del Cid a causa de su cobardía. En ambos casos sus triunfos militares y un juicio de armas le permitirán restablecer su honra plenamente.

No es extraño que el personaje de Rodrigo Díaz de Vivar suscitara tanta admiración en su tiempo y que su fama se perpetuase, sobre todo desde la aparición del *Cantar*, muchas décadas después de su muerte. El Cid es el paradigma del guerrero invencible, del paladín sin tacha que discurre de triunfo en triunfo, del caballero cristiano ideal.

Su historia, al igual que la del rey Alfonso, pone de manifiesto que frente a la idea de que la Reconquista fue un proceso único de avances cristianos frente al islam, en realidad se sustentaba en un sistema muy variable de alianzas y contra alianzas en las que reyes y guerreros cristianos no tenían empacho en alinearse junto a los musulmanes, incluso para combatir a otros cristianos, y que guerrearon entre sí tanto o más que con los moros.

El *Cantar del Mío Cid*

El *Cantar del Mío Cid* es la primera obra poética escrita en lengua castellana conservada casi íntegramente, lo que equivale a decir que es el primer texto literario del español.

A diferencia de otros cantares de gesta que brillaron en otros lugares de Occidente, como la francesa *Canción de Roldán*, el *Mío Cid* está firmemente sustentado en personajes y hechos reales, lo cual no cambia el hecho de que, incuestionablemente, se trata una mera ficción literaria.

No se sabe exactamente quién fue su autor, y probablemente este fuese múltiple, dentro de la tradición juglaresca. Pese a ello, algunos eruditos han hablado de un juglar de Medinaceli o de San Esteban de Gormaz como posibles autores o, al menos, quienes fijaron definitivamente el texto.

Lo que es indudable es que estaba compuesto para su declamación pública ya que en aquel tiempo las personas

capaces de leer eran una minoría. Existe otro detalle que corrobora la teoría de la oralidad y del recitado en público; al final del *Cantar* existen unas frases en las que el recitador reclama su recompensa: un vaso de buen vino para refrescar su garganta reseca y una retribución en dineros o en prendas.

Es un poema castellano y en él se trasluce un desdén larvado hacia leoneses, como el conde García Ordóñez o los infantes de Carrión, los catalanes que sufren severas derrotas frente al Campeador, o los prestamistas judíos, a

los que Rodrigo engaña para financiar su marcha al destierro. Frente a estos, llama la atención la forma encomiástica en que se habla del guerrero musulmán Avengalvón, aliado del Cid. Este personaje literario está basado en una persona real, el caudillo musulmán de Medinaceli, un firme aliado del Cid que puso a su servicio la ciudad, lo que significaba disponer de un refugio firme en las comunicaciones con Castilla.

La primera parte del poema narra las aventuras del paladín en el destierro, que culmina cuando logra conquistar la importante ciudad de Valencia, cabeza del reino musulmán del mismo nombre, y la pone en manos de Alfonso, que le perdona. La segunda parte relata las bodas de las hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol, así llamadas en el poema, con los infantes de Carrión. Estos dos jóvenes nobles, ya en la corte de Valencia, demuestran su cobardía, aunque el Cid siempre les protege. Poco después parten de regreso a León junto a sus esposas. La tercera cuenta la afrenta de Corpes, cuando los infantes, rabiosos por su desairado papel en la corte valenciana, humillan a las indefensas mujeres, se burlan de ellas y las abandonan. El Cid exigirá reparación, que obtendrá en una «ordalía», o juicio de sangre, un combate sangriento en el que Dios siempre apoyará a aquellos a quienes asiste la razón, que saldrán victoriosos. Los infantes de Carrión son vencidos y, una vez más, la honra del Campeador restablecida.

La juglaría

Como hemos comentado antes, el *Cantar del Mío Cid* fue probablemente una obra colectiva de los juglares. Estos eran poetas o rapsodas ambulantes que, en las residencias de los nobles, de pueblo en pueblo y de plaza en plaza, recitaban sus romances, que evocan las gestas de los héroes: el Cid, Fernán González, los infantes de Lara, el rey Rodrigo… El pueblo llano se reunía para disfrutar del espectáculo, acompañado habitualmente con música de instrumentos de cuerda y percusión. Estos espectáculos no solo servían como entretenimiento de los espectadores, sino

que además estimulaban su imaginación y, al tiempo, acrecentaban su sentimiento de pertenencia a un pueblo, su conciencia nacional. Las hazañas de los adalides protagonistas —que además eran personajes históricos, reales— eran el ejemplo que forjaba las mentalidades y tenían la virtud de servir de modelo y de inspirar un carácter honrado en los espectadores.

El Cid Campeador es, sin duda, una de las más grandes figuras de la historia de España, y un representante señalado de las más arraigadas tradiciones castellanas. El *Cantar del Mío Cid,* por su parte, es la primera manifestación de la literatura en lengua española, una de las más importantes y admiradas.

5

De la reconquista de Toledo a Las Navas de Tolosa

(1085-1212. Los 120 años clave)

Alfonso en Toledo

Volvamos a Alfonso VI, el rey que tanto haría penar al Cid Campeador. Tras ser derrotado por su hermano Sancho, Alfonso decidió aceptar la hospitalidad que le brindó el rey de Toledo, Al-Mamún. Era tan solo un joven despojado de su corona, vencido en campo abierto, casi sin protectores ni amigos, exceptuando a su hermana Urraca.

Los reyes cristianos, especialmente su padre, Fernando I, habían aprovechado la grave crisis en que el islam español había quedado sumido tras la destrucción del califato de Córdoba para imponer su tributo a los reinos de taifa. Emplearon la táctica de enfrentarlos entre sí para después ofrecerles su apoyo a cambio de cuantiosos impuestos. El objetivo de esta política era debilitar económicamente a los reyes mahometanos, puesto que las «parias» eran muy elevadas, lo que les obligaba a exigir a sus súbditos grandes impuestos y les hacía muy impopulares. Primero se debilitaba a las taifas, para más tarde poder conquistarlas casi sin esfuerzo.

Toledo era una de las taifas más poderosas, y Al-

Mamún lo llevó a su mayor esplendor, hasta el punto de que impuso su dominio al reino de Valencia y quiso hacer lo mismo con Córdoba. La antigua ciudad califal, sumida en la decadencia, no era un objetivo apetecible de por sí, pero conservaba el prestigio de haber sido la sede del califato. Al-Mamún topó aquí con la taifa de Sevilla, que bajo el gobierno de su rey Al-Mutámid tenía las mismas pretensiones. Esas rencillas entre reinos de taifa los hacía presa fácil para los cristianos.

Cuando Alfonso, tras el asesinato de Sancho en Zamora, fue proclamado nuevo monarca, adoptó la misma política de su padre Fernando: no conquistar unos reinos musulmanes que no podría posteriormente repoblar con cristianos, sino mantenerles sometidos a tributo, del que obtenía grandísimos beneficios.

Toledo era diferente. Mientras vivió Al-Mamún, Alfonso respetó su estatus por agradecimiento a la acogida que el rey musulmán le dispensó cuando estaba exiliado. Pero una vez fallecido este, cambió su planteamiento y se propuso conquistar Toledo. ¿Por qué esta excepción?

La importancia simbólica de la ciudad

Cuando en la batalla de Covadonga, las fuerzas cristianas vencieron a las musulmanas dando origen a la Reconquista, estaban dirigidas por un noble visigodo huido tras el desastre de Guadalete. Don Pelayo carecía de verdadera legitimidad para instaurar un reino, y sus sucesores, tras consolidar su posición en Asturias, la buscaron entroncando sus dinastías con el reino visigodo.

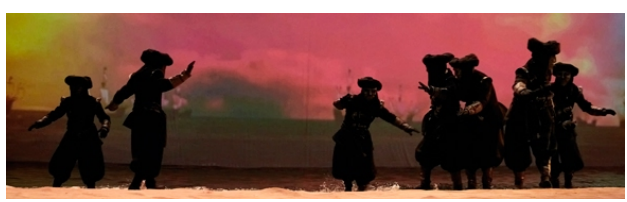
Asturias, y después León, se sentían herederos de los godos de Toledo. Este sentimiento se mantuvo vivo en León y Castilla a lo largo de los siglos. Por eso la recuperación de la vieja capital visigoda perdida por Don Rodrigo tenía un valor simbólico, además de su importancia estratégica y económica. De ahí la importancia que Alfonso otorgó a su conquista.

Reconquista de Toledo

Alfonso, que había sido huésped de Toledo durante casi un año, conocía perfectamente sus fortalezas y debilidades. Por esa razón evitó una confrontación directa y rápida. Dejó pasar unos años, hasta haber consolidado su posición en el reino de Castilla y León.

La ocasión se presentó cuando el sucesor de Al-Mamún, Al-Cádir, fue expulsado de Córdoba por el rey sevillano Al-Mutámid. Los toledanos decidieron quitarle el trono y ofrecer la ciudad al rey de Badajoz. Alfonso se ofreció a restituirle la Corona a cambio de diversas condiciones que el rey musulmán toledano no estaba en situación de rechazar. Básicamente, el rey cristiano conquistaría y le entregaría Valencia, siempre que Al-Cádir le entregara a él Toledo. Alfonso se puso en campaña y ocupó importantes fortalezas al norte de la ciudad como paso previo para tomar la capital.

En el ámbito islámico la situación era de duda. Los alfaquíes, doctores de la ley coránica, llevaban tiempo advirtiendo del peligro de enriquecer a los cristianos con el pago de tributos, y cada vez surgían más partidarios de pedir ayuda a África, donde dominaba el imperio almorávide. Pero, por otra parte, la llegada de los almorávides supondría simplemente cambiar un amo por otro, quizá aún peor.



En Toledo coexistían la facción partidaria de los almorávides, compuesta mayoritariamente por musulmanes, y otra partidaria de Alfonso, integrada sobre todo por mozárabes y judíos. Estos últimos pidieron formalmente al rey castellanoleonés que asediara la ciudad, para no tener que pasar la vergüenza de entregarla voluntariamente. El rey se lo tomó con calma: envió sus

tropas, que se asentaron en sus cercanías, mientras él emprendía una expedición hacia el sur, saqueando diversas localidades de la taifa sevillana y llegando incluso hasta Tarifa.

En 1085, cuatro años después de haber comenzado el asedio, Alfonso estrechó el cerco amenazando con rendir la ciudad por hambre. Los toledanos comprendieron que aquello era el fin. Decidieron negociar unas condiciones en las que Alfonso se mostró generoso, entre otras cosas garantizando que no habría castigos ni saqueos, y que los musulmanes podrían conservar su mezquita mayor. A cambio, él sería el nuevo soberano y a él rendirían obediencia y pagarían sus impuestos. El 25 de mayo Alfonso entró en Toledo sin haber derramado ni una gota de sangre, propia o ajena.

La reconquista de la ciudad trajo, sin embargo, una consecuencia indeseada. El rey de Sevilla, Al-Mutámid, comprendiendo que él era el siguiente, tomó una determinación que no quería adoptar, pero era casi inevitable. Llamó en su ayuda a los almorávides.

Los almorávides (1086)

La reconquista cristiana desde la muerte de Almanzor y la caída del califato de Córdoba no había hecho más que prosperar. Tan solo tuvo tres momentos de retroceso, aquellos en los que poderosos ejércitos mahometanos procedentes del norte de África penetraron en España: almorávides, almohades y benimerines. ¿Quiénes eran esos almorávides?

El imperio almorávide era una confederación de tribus magrebíes y sudanesas, que habían sido fanatizadas en la doctrina extremista de los malikíes. Eran puritanos radicales que deploraban la deriva del islam, que se había alejado de su pureza original y había caído en vicios tales como el amor a las artes, el refinamiento de las ciudades y la vida voluptuosa. Se extendieron por todo el Magreb y, en tiempos de su segundo emir, Yusuf, llegaron hasta el norte de África occidental, conquistando Tremecén, Túnez y

Ceuta. Se entiende que los reyes musulmanes españoles les temieran tanto o más que a los cristianos.

Yusuf se hizo de rogar. Quería consolidar sus fuerzas y estar seguro de que en España no se encontraría obstáculos insalvables. Había llegado a un acuerdo que, en el fondo, no pensaba cumplir: vencer a los cristianos para devolver el poder a los reinos musulmanes hispánicos, y después regresar a África. El rey Al-Mutámid de Sevilla pronunció una frase que se haría proverbial: «Prefiero ser camellero en África que porquerizo en Castilla».

Los reyes de Sevilla, Granada y Badajoz abrieron las puertas de Al-Ándalus a Yusuf, que llegó al frente de un poderoso ejército. Ocupó la ciudad de Algeciras, que usó como base de operaciones, y se encaminó hacia el norte, acompañado por tropas facilitadas por las taifas. Alfonso no había previsto tal posibilidad y se encontraba sitiando Zaragoza. Se movilizó apresuradamente hacia el sur y ambos ejércitos se toparon en Sagrajas, un lugar cercano a Badajoz. La parte central de la vanguardia islámica, defendida por tropas sevillanas, cedió con facilidad ante el ataque los cristianos. El inclemente Yusuf dejó que los andalusíes fueran masacrados y movió sus tropas rodeando a las de Alfonso, que fue cogido en una pinza. El ataque final de la guardia negra de Yusuf cayó sobre los cristianos, a los que infligieron una derrota brutal. Alfonso, sangrando por una herida, logró huir a duras penas y refugiarse en Coria. Parecía el final.

Sin embargo, Yusuf no aprovechó la circunstancia, prefiriendo regresar a África, donde había surgido un problema interno, dejando tras de sí una fuerte tropa. Alfonso aprovechó la pequeña tregua para reorganizarse. El rey Al-Mutámid intentó conquistar la fortaleza cristiana de Aledo, cerca de Murcia, y fue derrotado. Entonces volvió a dirigirse a Marruecos para rogar a Yusuf que regresara. Dos años después de su retirada, el emir almorávide llegó de nuevo a España, atacó Aledo, que fue abandonada por los cristianos, y se dirigió a Toledo, derruyendo parte de sus murallas. Pero la ciudad resistió tenazmente.

Entonces Yusuf comprendió que las andalusíes le estaban siendo desleales, pues seguían pagando parias a Alfonso, y decidió apoderarse de todo Al-Ándalus. Un sector de la población le apoyó incondicionalmente. Yusuf tomó personalmente Granada y aprisionó a su rey Abd Allah, y regresó a África dejando que sus generales acabaran la tarea. Así cayó Sevilla y después Badajoz, ante la impotencia de Alfonso.

El leonés era incapaz de vencer a los almorávides en batallas campales, y fue derrotado en Consuegra y Uclés, entre otras, con grandes pérdidas. El único caudillo

cristiano capaz de vencerles fue el Cid, en diversas batallas en la región de Valencia. Pero murió poco después, y Valencia volvió a perderse. Los cristianos se salvaron gracias a Toledo que, cercado por todas partes y asaltado por los almorávides con máquinas de asedio, resistió, defendida ardorosamente por los cristianos.

Pasaron los años, ya habían muerto tanto Alfonso como Yusuf, y sus sucesores proseguían la lucha. Los almorávides acabaron sucumbiendo a causa de un problema surgido en el centro de su imperio africano: la llegada de un nuevo y belicoso grupo que les disputó el poder, los almohades. La España cristiana se salvó y en Al-Ándalus fueron restablecidos los reinos de taifa.

El Toledo musulmán

Ya vimos como el primer objetivo de la bien planificada conquista musulmana de España había sido Toledo, la capital del reino visigodo y centro del poder. Posteriormente, cuando la situación de la reconquista se «estabilizó» con la creación de una línea fronteriza en el valle del Duero, Toledo se convirtió en cabeza de la «Marca Media», la principal provincia musulmana del centro peninsular.

Durante los primeros tiempos mantuvo una importante autonomía, hasta que la llegada de la dinastía omeya y el florecimiento del califato de Córdoba la sometió a su autoridad. Caído el califato, Toledo se constituyó en un reino independiente que abarcaba amplísimos territorios, los de las actuales Toledo, Ciudad Real y buena parte de Madrid, Guadalajara, Cáceres y Albacete. Amenazada por Fernando I, aceptó pagar tributo por preservar su independencia, impuesto que se mantuvo con su sucesor Alfonso VI, hasta la conquista cristiana.

Curiosamente, con el fin del califato de Córdoba los estados musulmanes eran mucho más débiles políticamente, pero experimentaron un florecimiento cultural de gran importancia. La ciudad de Toledo fue una urbe en la que el arte, las ciencias y el cultivo del espíritu desempeñaron un

papel extraordinario.

Fue conocida como la «Ciudad de las Tres Culturas», por la convivencia pacífica de musulmanes, judíos y mozárabes. En ella brillaron sabios como el astrónomo Azarquiel, autor de las célebres *Tablas Toledanas*, que establecían las coordenadas celestes para estudiar los movimientos de los astros, y que fueron muy usadas en todo Occidente en la Edad Media tras su traducción al latín. La astronomía se vio muy favorecida con la construcción de instrumentos de medida de gran precisión, como los astrolabios universales. En mecánica destacó Al-Muradí, que diseñó más de trescientos ingenios, relojes, autómatas y máquinas de guerra. Los campos de estudio llegaron a abarcar gran número de especialidades: la alquimia, la medicina, la farmacología, la agronomía...

La ciudad estaba cuajada de monumentos árabes. Entre ellos sobresalen la mezquita de Bab al-Marmún, que en la actualidad es la iglesia del Cristo de la Luz, con su fachada de tres arcos (trilobulado, de medio punto y de herradura), y su bóveda de nervios sostenida por cuatro grandes columnas. La mezquita aljama, que en la actualidad es la iglesia de El Salvador, fue erigida sobre restos romanos y

visigodos. Ya hemos señalado el cuidado del agua propio de la cultura árabe, de ahí la existencia de numerosos baños: el Arzobispo, el Cenizar, el Caballel o Caballito, los del Pozo Amargo y los de Tenerías. Los musulmanes dotaron a la muralla romano-visigoda de la ciudad de numerosas puertas monumentales; la principal era la Puerta Bisagra, posteriormente remodelada.

El Alcázar de Toledo, un edificio moderno, fue anteriormente un castro emplazado en el punto más elevado de la ciudad que fue reacondicionado y reconstruido por romanos, visigodos y musulmanes. El Alcázar árabe fue la tradicional residencia de sus soberanos, lo fue del emir Al-Mamún y posteriormente de Alfonso VI. Reconstruido completamente en época de Carlos V por Alonso de Covarrubias en estilo renacentista, se perdió trágicamente durante la guerra civil, dando lugar al actual edificio.

La judería de Toledo es un lugar lleno de belleza y embrujo. Fue una de las más importantes de Castilla, tanto en tiempo visigodo, como árabe y cristiano. Comprende dos barrios, la judería mayor y la menor, ambas organizadas en una red intrincada de pequeñas calles que conservan todo su sabor. Sus principales monumentos, la sinagoga del Tránsito y Santa María la Blanca, son ya de época medieval castellana.

La conquista de Toledo por Alfonso VI abrió un nuevo periodo lleno de expectativas, en el que la ciudad no dejó de renovarse y acumular nuevas muestras de su singular belleza.

Los almohades (1145-1212)

Ya hemos señalado que el dominio de los almorávides, tanto en África como en Hispania, solo decayó ante la irrupción de un nuevo poder, el de los almohades. Su origen es muy parecido al de sus predecesores: una amalgama de tribus magrebíes convertidas al islam y fanatizadas en la doctrina coránica. Reprochaban a los almorávides haber caído en los mismos vicios que dijeron

combatir en su origen: la vida refinada, la relajación de costumbres y el olvido de los principios islámicos más puros.

Su origen se halla en Ibn Tumart, un bereber del Atlas que inició una predicación contra las doctrinas malikíes de los almorávides y su relajación de las costumbres. Llegó a emprender acciones violentas: romper copas de vino e instrumentos musicales, e incluso reprochar a la hermana del emir llevar el rostro descubierto en público. Eso le costó la persecución de las autoridades, pero al tiempo le permitió reunir a muchos seguidores: los que se llamarían almohades o «unitarios». Se asoció con otros líderes bereberes y organizó un ejército cuyas primeras acciones resultaron por lo general infructuosas. El gran despliegue almohade se produce con su sucesor Abd al-Mumin, que en 1145 comienza decididamente la conquista del imperio almorávide. Va ocupando importantes localidades, Orán, Tremecén, Fez, Tánger, hasta llegar a conquistar la capital almorávide, Marrakech.

Los almohades empiezan entonces a intervenir en Hispania. Son los herederos de los almorávides y, por tanto, les corresponde dominar no solo el noroeste de África, sino también la península. Abd al-Mumin llega a Al-Ándalus para ponerse al frente de las tropas. Con sus sucesores el poderío almohade se impone poco a poco, sobre todo en tiempos del emir Abu Yusuf. El rey castellano Alfonso VIII había ocupado la importante plaza de Cuenca, pero el de Portugal, Alfonso Enríquez, perdió territorios en Lisboa, Cintra y Évora.

El momento culminante del poderío almohade en

España se produce con la batalla de Alarcos, cerca de Ciudad Real: Alfonso VIII sufre una grave derrota, perdiéndose la importante plaza de Calatrava. Los almohades sitian Toledo, conquistan Guadalajara y Madrid, y devastan Talavera, Albalate y Trujillo. El dominio almohade se hace incontestable hasta que años después se produzca la acción clave, tanto para su declive como para el avance de la Reconquista cristiana: la batalla de Las Navas de Tolosa.

Las Navas de Tolosa (1212)

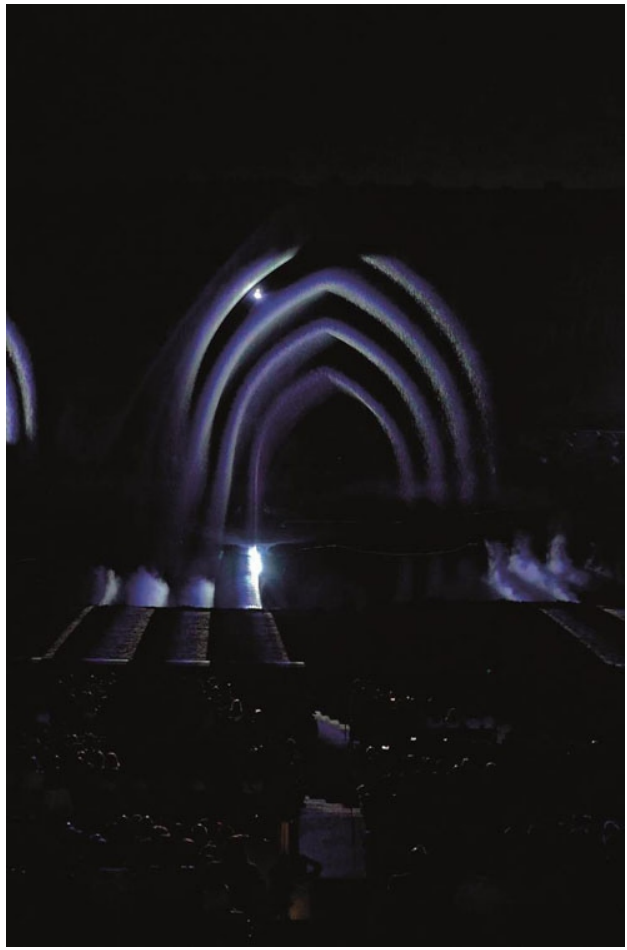
La caída de Salvatierra, la principal sede de la Orden de Calatrava, en 1211, sembró la alarma no solo en el reino de Castilla, sino en toda España, e incluso en el conjunto de Occidente. Alfonso VIII se dirigió al papa Inocencio III pidiéndole ayuda, y este decretó la cruzada, que exigía al resto de los reyes cristianos de la península dejar de lado sus rencillas y participar en la campaña que para el año siguiente había planificado Alfonso. A la llamada acudieron las tropas del rey de Aragón y un contingente de caballeros del sur de Francia.

El ejército se puso en marcha desde Toledo, y ocupó la fortaleza de Malagón y posteriormente la de Calatrava. Desde el principio se manifestaron las discrepancias entre los hispanos y los venidos de fuera. España llevaba muchos siglos de beligerancia, pero también de convivencia, con judíos y musulmanes, lo que llevaba a adoptar posiciones «civilizadas» frente al enemigo. Los «francos», imbuidos del espíritu de las cruzadas a Tierra Santa, concebían la lucha con espíritu de exterminio. Ya en su estancia en Toledo los franceses habían mostrado esa actitud, atacando la judería, y tras las primeras victorias cristianas exigían que todos los musulmanes fueran degollados. Al no poder satisfacer sus pretensiones y quizá agotados por el calor, al que no estaban acostumbrados, abandonaron la lucha y regresaron a su tierra. Pero en ese momento llegó la mejor ayuda que se podía esperar, la del rey de Navarra Sancho el Fuerte con sus tropas.

El emir Muhammad al-Nasir, el «Miramamolín» de las crónicas cristinas, movilizó su ejército desde Sevilla, y a principios de julio formó en línea de combate en el lugar de Las Navas de Tolosa, cerca de la actual población de La Carolina, en Jaén. La batalla se inició el 16 de junio de 1212. En el flanco izquierdo los navarros, en el derecho los aragoneses, y en el centro los castellanos, mientras el rey Alfonso permanecía en retaguardia con tropas de refresco. Frente a ellos, rodeando la tienda roja del emir, que estaba protegida por fuerzas de esclavos negros encadenados para impedir su huida, se hallaba el ejército musulmán.

En principio el resultado fue incierto. Las tropas se acometían logrando pequeños avances y retrocesos. Fue la decidida intervención de Alfonso, que irrumpió con sus tropas en mitad del frente, lo que decidió el resultado del combate. Este se consumó cuando un caballero cristiano, según algunos Sancho de Navarra y según otros el castellano Diego López de Haro, logró romper el cerco de guardias negros que rodeaban la tienda del emir, obligándole a huir. Eso inició la desbandada, primero de andalusíes, después de almohades. Miramamolín logró escapar y refugiarse en Jaén, pero muchas de sus fuerzas en retirada fueron abatidas por los cristianos que los persiguieron con gran tenacidad, haciendo entonces más bajas que en la batalla misma.

Las consecuencias de la batalla de Las Navas de Tolosa fueron trascendentales. No solo supuso el comienzo del declive del poder almohade en España, sino que los cristianos obtuvieron paso franco hacia Andalucía, que sería aprovechado décadas después por Fernando III el Santo para conquistar Córdoba, Sevilla y toda Andalucía occidental.



6

EL TIEMPO DE LAS CATEDRALES

(siglos XIII-XV)

16 de julio de 1212. En el mismo campo de batalla, después de una batalla tan dura y de una victoria tan deslumbrante, se había entonado por primera vez en la historia el Te Deum, *canto de alabanza al Dios de los ejércitos*.

Año de gracia de 1226. Sería una alabanza permanente, las piedras cantarían su Te Deum.

Apenas han pasado quince años desde la gran victoria de Las Navas de Tolosa. Pocos años, pero todo ha cambiado. Ya se acabó la amenaza de invasión islámica, ya se sabe que algún día se terminaría la reconquista de toda la península, ya se sabe que España es definitivamente cristiana. Es entonces cuando Ximénez de Rada, el arzobispo guerrero, el de Las Navas, decide construir una catedral en Toledo. En el estilo de la época: termina ya el arte mudéjar, triunfa el arte gótico. Como para anunciar a todo Occidente que España ha vuelto a tomar parte en el concierto de las naciones cristianas.

La catedral

Una catedral es, sencillamente, la iglesia en la que se halla la sede episcopal de una diócesis o, dicho de otra forma, aquella en la que el obispo tiene su cátedra. La diócesis es una circunscripción administrativa de origen romano.

Cuando Roma se extendió a Occidente y Oriente de la península italiana, creó una estructura política para la administración de las tierras conquistadas cuyo primer eslabón era la provincia, que a su vez se dividía en diversas diócesis.

Cuando se desmoronó el Imperio romano de Occidente, entre los siglos IV y V, y desapareció definitivamente víctima de las invasiones bárbaras, la Iglesia cristiana fue su heredera, pues pervivió en los reinos germánicos. De hecho, en medio de la situación caótica que se produjo en los tiempos en que se destruía el poder imperial y se fueron constituyendo dichos reinos, esencialmente el visigodo en Hispania, el franco en Francia, el ostrogodo en Italia y el vándalo en África, la estructura administrativa de la Iglesia católica fue el principal elemento de cohesión. Por lo general, los germanos mantuvieron la vieja organización territorial romana, representada entonces por la Iglesia cristiana, y de esta forma la división en provincias y diócesis se perpetuó en el tiempo.

En la actualidad asociamos la palabra catedral a una iglesia monumental, generalmente la más grande de cada ciudad, que es sede episcopal, suele ser muy bella y estar emplazada en un lugar privilegiado de la urbe. Así como en el periodo románico las iglesias más destacadas fueron las de las abadías, esta situación se modificó con la llegada del gótico, cuando destacando sobre las monumentales iglesias abaciales se construyeron las grandes catedrales en los principales centros urbanos.

La catedral, además de su valor simbólico y espiritual, era un centro clave para la vida urbana, sobre todo en las grandes fiestas y solemnidades, y su construcción era en cierta forma obra de un esfuerzo colectivo de todos los ciudadanos, su orgullo y la expresión superior de la identidad colectiva del pueblo cristiano.

Las catedrales se construyeron sobre todo gracias a la iniciativa de los obispos, nobles y reyes, y florecieron en todo el territorio español a lo largo de los siglos, pero tuvieron un auge espectacular entre los siglos XIII y XV. Las

grandes ciudades recuperadas frente al islam, como fue el caso de Toledo, quisieron poseer grandes catedrales, y la manera más sencilla de obtenerlas fue ocupar el mayor templo que existiera previamente, es decir, la antigua mezquita aljama.

Casa de Dios y centro de la espiritualidad

El templo católico no solo es un lugar de oración, un ámbito para la reunión de los fieles en el que se celebra la liturgia o se administran los sacramentos, sino también un centro de espiritualidad: la Casa de Dios, y su grandiosidad debe admirar y «sobrecoger» a los que acuden a ella, sobre todo en el caso de las catedrales, iglesias mayores de cada urbe episcopal.

Por otra parte, en un mundo prácticamente iletrado, además de la predicación oral que los fieles escuchan en los oficios, el templo debía poseer una rica iconografía, una representación artística de personajes y episodios de las escrituras, que ejerciera una función didáctica sobre los fieles. Por eso, las catedrales se dotan de una excelente decoración escultórica y pictórica. El cristiano que no sabe leer ni tiene acceso a los libros puede ver representados en los pórticos y en el interior imágenes que le ilustran sobre los principios de la religión, le narran pasajes de la Biblia y le conmueven íntimamente. Este factor es esencial a la hora de concebir y construir los templos medievales.

La catedral románica es majestuosa, generalmente sobria y de interior oscuro. La gótica, con sus torres y pináculos, se proyecta hacia el cielo, y su interior se baña de luz a través de sus rosetones y vidrieras. Son dos conceptos que se corresponden con dos épocas históricas con mentalidades distintas.

Estas ambiciosas construcciones dependen de un mecenazgo que puede ser eclesiástico, pero que cada vez recibe más aportaciones de monarcas y nobles, y poco a poco de una burguesía urbana consciente de que la catedral constituye el centro neurálgico de la ciudad. Las

construcciones se prolongaban durante décadas y precisaban un gran número de arquitectos, artesanos, canteros, escultores…

El obispo, titular de la sede catedralicia, tiene un poder inmenso, llegando a superar en ocasiones al de los nobles e incluso los reyes. La catedral posee un amplio cuerpo de clérigos que la sirven y la mantienen, presbíteros, deanes, chantres, etcétera. Son una parte esencial del cuerpo ciudadano y gozan del alto prestigio de su oficio.

Por encima de los poderos obispos solo están los arzobispos, especialmente el «primado», que en Hispania es el de Toledo, solo superado por el Concilio y el papa. El poder del papa de Roma en la Edad Media fue inconmensurable. Se enfrentó, y a menudo se impuso, sobre el de los monarcas, lo que se puso de manifiesto en diversos episodios: la querella de las investiduras, es decir, quien posee autoridad para designar a los nuevos obispos, o la pugna por el «dominium mundi», el dominio del mundo, que enfrentó gravemente a los papas con los emperadores. Los papas poseían un instrumento poderosísimo: la excomunión, que no dejaron de usar para someter a emperadores y reyes, y tenían el privilegio de convocar la cruzada contra los infieles, y conceder indulgencias a las que acudieran para luchar en ellas. A una escala menor pero semejante, estaba el poder de los obispos, que fueron los verdaderos gobernadores de las ciudades en muchas ocasiones. Por tanto, la catedral no solo era un centro de poder espiritual, sino también «temporal», es decir, civil.

El gótico español

En tiempos de Alfonso VII y de Alfonso VIII llegan a España gran número de monjes cistercienses para reformar o fundar nuevas iglesias y abadías. Lo mismo sucede en Navarra en tiempos de Sancho el Sabio y en Aragón y Cataluña en tiempos de la reina Petronila y Ramón Berenguer IV. Muchos templos que estaban en plena construcción, como San Isidoro de León, se concluyen con soluciones arquitectónicas góticas, es decir, la introducción

del arco ojival y la bóveda de crucería.

Los prelados que participan en la política castellana ya no son franceses, sino españoles. El arzobispo de Toledo, Rodrigo Ximénez de Rada, tuvo una inmensa influencia desde Alfonso VIII hasta Fernando III el Santo, y mantuvo grandes vínculos con la Orden del Císter. Junto a él, otras grandes figuras de la Iglesia española fueron el obispo de Palencia Tello Téllez de Meneses, el obispo Mauricio que inició la construcción de la catedral de Burgos, y el obispo de Osma, Juan Rodríguez. Todos ellos impulsaron notablemente el desarrollo del arte gótico español, sobre todo en las catedrales.

Formalmente, el gótico se distingue por tres elementos: el arco apuntado u ojival, la bóveda de crucería y el arbotante, que sirve de contrapeso a los muros externos de forma que estos puedan estrecharse y crecer en altura. Es una arquitectura de expresión eminentemente vertical. La bóveda de crucería es básicamente una bóveda de aristas reforzada por dos nervios que se cruzan en la clave y que se sustenta en arcos ojivales. Otra característica fundamental del gótico es la importancia de la luz, símbolo de la divinidad e inspiración para el creyente, que penetra en el templo a través de vidrieras policromadas y rosetones.

Principales catedrales góticas

La catedral de Burgos se erigió por iniciativa del arzobispo Mauricio en 1221. Tiene planta de cruz, con tres naves y un ábside rodeado de capillas radiales. Su fachada está

flanqueada por dos torres de tres pisos de altura, rematadas por gráciles agujas que se elevan y confieren al edificio su característica verticalidad. Su decoración escultórica es espléndida en las portadas del Sarmental y la Coronería.

La catedral de León, denominada «pulchra leonina» por su gran belleza, tiene una planta de tres naves, que se amplían a cinco a partir del transepto. Sus muros son de poco grosor con numerosas vidrieras y rosetones coloreados, el mayor en su fachada principal. En esta fachada hay tres portadas con decoración escultórica, y dos esbeltas torres. Se ha dicho que la de León es la más «francesa» de las catedrales góticas españolas, y lo cierto es que posee un empaque y una prestancia singulares, probablemente por el hecho poco habitual de no tener edificios próximos, lo que permite una buena contemplación de su exterior.

En Cataluña, la influencia del sur de Francia y de Italia provoca una forma de gótico especial, distinta a la castellana inspirada por la del núcleo francés. Conserva rasgos característicos de la de estilo cisterciense, pero con un aspecto más robusto y una mayor sobriedad formal. Su momento de mayor esplendor se produce el siglo XIV, y sus muestras más destacadas son las catedrales de Gerona y de Barcelona. La de Barcelona se comenzó a construir en 1298, tiene planta de tres naves, con deambulatorio y capillas radiales; presenta en su interior pilares altos y esbeltos, y su decoración escultórica es sencilla, característica que comparte con la de Gerona.

Sin embargo, los dos edificios más emblemáticos del gótico catalán, en Barcelona, son la iglesia de Santa María del Pino, que tiene una nave única, con capillas en los laterales, dispuestas en los huecos entre los contrafuertes, lo que le confiere un aspecto singular de espacio único y amplio. La iglesia de Santa María del Mar tiene tres naves de casi igual altura, separados por pilares octogonales muy esbeltos, lo que provoca la sensación de un espacio amplio, abierto y casi diáfano. Es un templo de gran belleza emplazado en medio de un barrio antiguo y abigarrado,

evocador y atractivo. Ambas iglesias son del siglo XIV. Otro edificio singular de Cataluña es la catedral de Manresa, que como la barcelonesa tiene pilares octogonales y una única nave con capillas laterales.

El gótico de la isla de Mallorca es uno de los más apreciados del área mediterránea. La catedral se construye en el siglo XIV, tiene una planta de tres naves y carece de crucero, y al igual que los modelos barceloneses, posee capillas laterales separadas por los contrafuertes, así como esbeltos pilares octogonales. En su exterior, esos grandes contrafuertes confieren al conjunto una solidez y aplomo considerables. Gracias a su privilegiada ubicación, la luz del Mediterráneo penetra por sus rosetones y vidrieras y llena de colores su interior creando un ambiente mágico y sobrenatural.

La catedral de Toledo

La catedral de Toledo se construye a partir de 1226 por iniciativa del arzobispo Rodrigo Ximénez de Rada, ya que la primitiva, que anteriormente había sido mezquita, estaba bastante deteriorada.

Ximénez de Rada es un personaje esencial en el periodo, y un ejemplo perfecto del poder y la influencia que podían llegar a ejercer en esa época los grandes prelados. Había nacido en Navarra y se formó en las universidades de Bolonia y de París. Fue nombrado arzobispo de Toledo en 1208. Desempeñó un papel trascendental en la organización de las tropas que vencieron a los almohades en Las Navas de Tolosa, primero predicando la cruzada que había sido decretada por el papa y después organizando la intendencia de las tropas cristianas reunidas en Toledo. Pero además participó personalmente en el combate, y fue el cronista del mismo. Fue legado pontificio, nombrado por el papa Honorio III, para coordinar a todos los reinos cristianos en una nueva cruzada contra los musulmanes de Al-Ándalus. Dirigió personalmente dos campañas, contra Cáceres y contra Requena. Acompañó y apoyó a Fernando III el Santo en la conquista de Jaén, Córdoba y Sevilla. Murió en

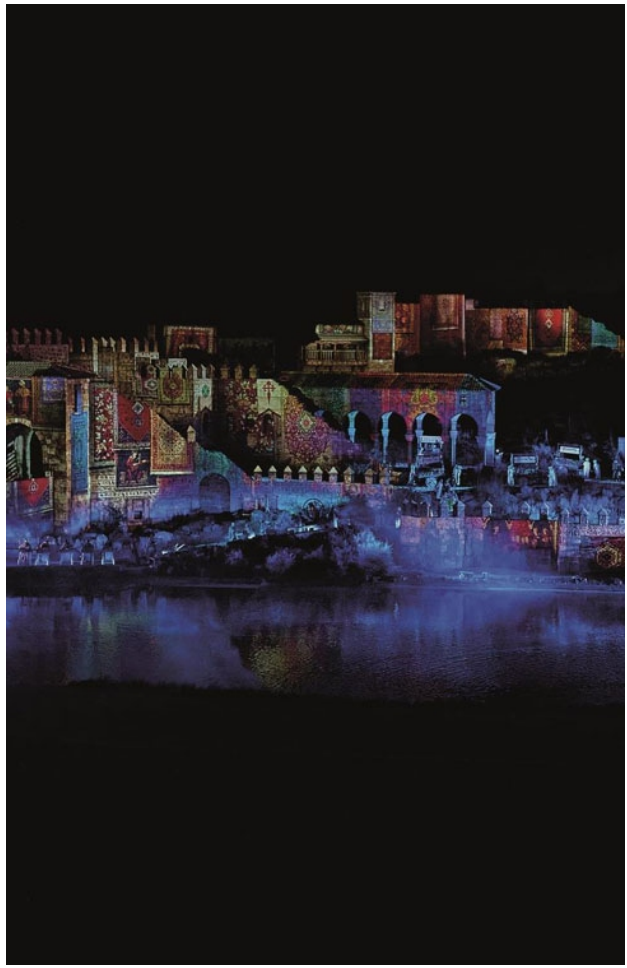
Francia, cuando visitaba al nuevo papa Inocencio IV. Rodrigo Ximénez de Rada representa el modelo acabado de prelado español de su época, que no solo fue un brillante religioso, sino también guerrero, cortesano, diplomático y escritor.

La catedral toledana se alzó sobre los restos de la antigua de época de Alfonso VI. Es de estilo gótico y fue diseñada por arquitectos franceses. Era una obra muy costosa y debe su nacimiento al empeño de Ximénez de Rada por consolidar la posición de sede arzobispal primada de España de Toledo, categoría que le disputaba Santiago. Toledo ya había ostentado esta preeminencia durante el reinado visigodo, cuando fue sede de los célebres Concilios, pero Santiago de Compostela contaba con el peso que conferían sus célebres peregrinaciones. Ximénez de Rada contó con el apoyo esencial de Fernando III. La construcción se dilató muchos años, hasta el siglo XIV, pues fue recibiendo diversas ampliaciones y mejoras.

Se trata de un templo majestuoso, con planta de cinco naves que se extienden al ábside y un crucero sin naves laterales; su girola es doble y en ella hay quince capillas, que tienen alternativamente planta circular o cuadrada, y un presbiterio de pequeño tamaño y un único tramo. Su fachada principal da a la plaza del ayuntamiento y tiene tres portadas, la central llamada del Perdón es la más bella. También tiene otras dos portadas majestuosas, la de los Leones y la del Reloj. Originalmente se había planificado construir dos torres, pero solo se llegó a erigir una, situada en su parte derecha. Su decoración presenta algunos rasgos de influencia árabe, como los arcos trilobulados del triforio.

Nobles, reyes y prelados deseaban ser enterrados entre los muros de la catedral. De ahí la proliferación de sus capillas, encargadas por estos y que eran fundamentales para financiar los elevados costes de la construcción.

También sus vidrieras son uno de los más bellos ejemplos de la importancia de la luz en la arquitectura gótica, pues es una de las catedrales que más vidrieras medievales ha conservado.



7

LA CIUDAD DE LAS TRES CULTURAS

(Siglo XIII)

A la hora de morir en 1284, pidió el rey Alfonso que los caballeros del Temple llevaran su corazón a Tierra Santa, donde había vivido la «Madre de Nuestro Señor, Santa María, que es lo mejor que Él hizo». Después de haber «cantado loor de la Virgen» y haberse «hecho su trovador», quiso descansar donde había vivido su Dama.

Aquel rey ferviente también fue un erudito, padre de las Bellas Artes, maestro de ajedrez, escritor, cetrero, aficionado a la caza y la astronomía, autor de libros, fundador de la primera universidad de Europa, promulgador del Fuero Real para poner fin al «libre albedrío judicial» (arbitrario). En su corte se juntan sabios y exegetas de todos los países, fundando en Toledo la escuela de traductores más famosa de la historia. Junto a él, apoticarios judíos, astrónomos y científicos árabes, monjes copistas y filósofos.

La época del rey Alfonso, décimo del nombre, al que el pueblo llamaría el Sabio, es sin duda un periodo de nuevo esplendor intelectual. Un bullicio cultural que marca de forma indeleble la historia de España.

Alfonso X desempeñó un papel importante en la Reconquista. Siendo todavía muy joven, mientras su padre,

Fernando III el Santo, conquistaba las grandes ciudades de la Andalucía occidental, Jaén, Córdoba y Sevilla, se ocupó personalmente de la anexión de Murcia y de la taifa de Niebla. Pero su principal tarea en la defensa de la cristiandad española ante al islam consistió en hacer frente a la tercera gran oleada de belicosos africanos contra la península: los benimerines. Y, sin embargo, no es recordado por estos hechos tan meritorios, sino por las acciones que condujeron a que su sobrenombre fuera «el Sabio», por la espléndida labor cultural desarrollada en Toledo bajo su mecenazgo.

Había nacido precisamente en Toledo en 1221, y heredó las Coronas de Castilla y León a la muerte de su padre, en 1252. Contrajo matrimonio con Yolanda, hija de Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, con el que mantuvo unas relaciones que unas veces fueron hostiles y otras de colaboración. A lo largo de su vida hubo de hacer frente a la deslealtad de sus hermanos pequeños y su hijo Sancho, que no dudaron en ocasiones en intentar derrocarle, incluso por la fuerza de las armas. Por eso resulta sorprendente que, a pesar de tantas preocupaciones y reveses, fuera capaz de promover una obra cultural, legislativa, científica y literaria de primer orden, que transformó el panorama del conocimiento no solo en Hispania, sino en el conjunto de Occidente.

La amenaza de los benimerines

Los benimerines, como antes los almorávides y almohades, eran bereberes del sur de Marruecos, procedentes de la región de Fez. Organizados como reino, tras dominar el norte del país, intervinieron durante más de cien años en la península ibérica, asociados a los reyes de Granada o por su propia cuenta. Supusieron un peligro constante para Castilla hasta que Alfonso XI les derrotó definitivamente en la batalla del Salado, en 1340.

El apogeo del poder benimerín se produjo en 1269, cuando su sultán Abú Yusuf Yaqub derrotó definitivamente a los almohades y conquistó su capital, Marrakech. Poco

después, en 1275, aprovechando la ausencia de Alfonso X, que se hallaba en Francia negociando su candidatura al imperio con la curia papal, penetró en la península con el apoyo del rey nazarí de Granada, Muhammad II, que le dio el gobierno de tres importantes puertos de mar: Tarifa, Algeciras y Gibraltar. Juntos penetraron en el interior y derrotaron a los castellanos en Écija. La defensa del reino de Castilla fue asumida por el infante Sancho, hijo de Alfonso y futuro rey. No parece que los benimerines desearan conquistar tierras de España, sino más bien controlar los puertos peninsulares del estrecho de Gibraltar. Por esa razón Abú Yusuf no permanecía en la península, sino que regresaba a Marruecos después de cada campaña. Cuando Alfonso, ya de regreso en España, intentó ocupar Algeciras por tierra y mar en 1278, una armada granadina y benimerín destruyó la flota castellana, frustrando el intento.

La rebelión del infante Sancho contra Alfonso X en 1282 fue el peor momento militar de su reinado. Abú Yusuf lanzó razias contra Sierra Morena y la baja Andalucía, pero sin lograr tomar ciudades importantes. Cuando Sancho IV heredó el trono de su padre en 1284, concertó una tregua con Yusuf, que regresó a Marruecos. Los benimerines siguieron activos en el sur, sobre todo en la región del Estrecho, hasta su derrota definitiva en la batalla del Salado, ya en 1340.

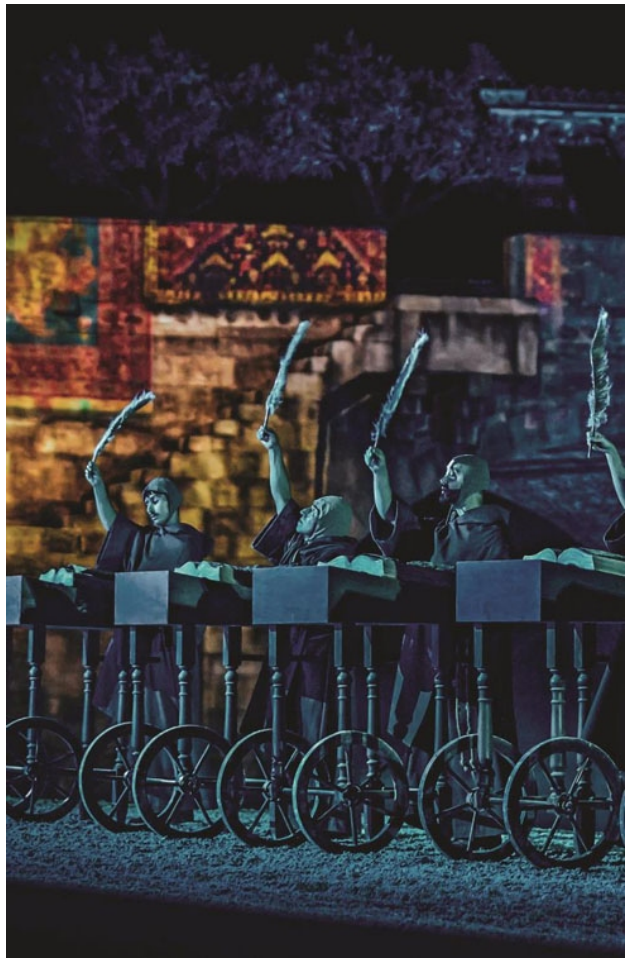
El desarrollo de la ciudad

A lo largo de la Edad Media, de forma lenta pero constante, la ciudad va recuperando el papel que desempeñó en su día la urbe romana: centro social, económico, cultural y religioso. En la ciudad no existen las relaciones de dependencia que existen en el campo, las que someten a siervos y campesinos a los poderosos, y por eso es un ámbito de relativa libertad. La ciudad puede llegar a convertirse en un lugar de convivencia, de intercambio y de enriquecimiento mutuo, y la prueba es el Toledo de Alfonso X el Sabio.

La ciudad es un recinto amurallado que proporciona

seguridad. Detrás de las murallas quedan los enemigos, que llegan amenazantes de manera cíclica. En su interior se halla el núcleo urbano, las instituciones y los templos, que garantizan el orden cívico. La vida se articula en torno a ciertos ámbitos de encuentro, de relación social: la plaza, el mercado y, sobre todo, la iglesia, que también puede ser mezquita o sinagoga. En las ciudades medievales españolas del siglo XIII existen muchas iglesias, abadías y monasterios, pero el centro de todas ellas es la catedral.

La ciudad medieval de la Reconquista no es solamente un centro de poder, laico o religioso, o de comercio y vida social. Es también un conjunto urbano, con sus barrios de estructura compleja, sus calles que a veces giran y se retuercen, sus callejones, sus plazuelas que aparecen en lugares inesperados. En los barrios habita una mezcla abigarrada de personas de distinto origen y de lengua y fe diversas. La mayoría son mudéjares, musulmanes que permanecen en sus ciudades tras la conquista cristiana; mozárabes, cristianos arabizados; una minoría muy activa de judíos, y los recién llegados, cristianos desplazados del norte, que medran en la urbe. Estos habitantes desempeñan oficios diversos; son comerciantes, artesanos, operarios, mercaderes… Cada grupo posee su propio guía espiritual, el arzobispo y sacerdote, el alfaquí o el rabino. Pero todos ellos conviven. Esa es una de las grandezas del ámbito urbano, la coexistencia, que lleva al conocimiento mutuo y la tolerancia… mientras no estalle el conflicto.



En la ciudad castellana del siglo XIII se desarrolla un proceso de renovación y reorganización de las leyes para racionalizar la vida en común, para superar la dispersión de las leyes germanas basadas en la costumbre, las coránicas y las rabínicas. Este se articulará mediante la recuperación del derecho romano, que se estudia en universidades y escuelas, y se concreta en códigos legales. En la Toledo de Alfonso X el Sabio, como veremos más adelante, se logran los mayores avances en esta materia.

Lo fundamental es la convivencia de tres culturas tan distintas como son la cristiana, la musulmana y la judía,

que en tiempos del rey Sabio rindió sus mayores frutos y dio lugar a un florecimiento cultural que no solo alcanzó a todo el ámbito hispánico, sino que llegó más allá de sus fronteras.

El siglo XIII fue un tiempo de crecimiento económico, social, cultural, tecnológico y comercial. La llegada del arte gótico, la fluidez de las comunicaciones por tierra y por mar, la aplicación de la energía hidráulica o eólica de los molinos, que facilitan la molienda de los cereales y mueven los batanes de tejidos, las ferrerías, la fabricación de papel, de origen árabe, que multiplica el número de escritos y libros, los avances técnicos… Todo ello implica una profunda transformación. Y en medio de este proceso brilla con luz propia la ciudad de Toledo, bajo el patronazgo de Alfonso el Sabio.

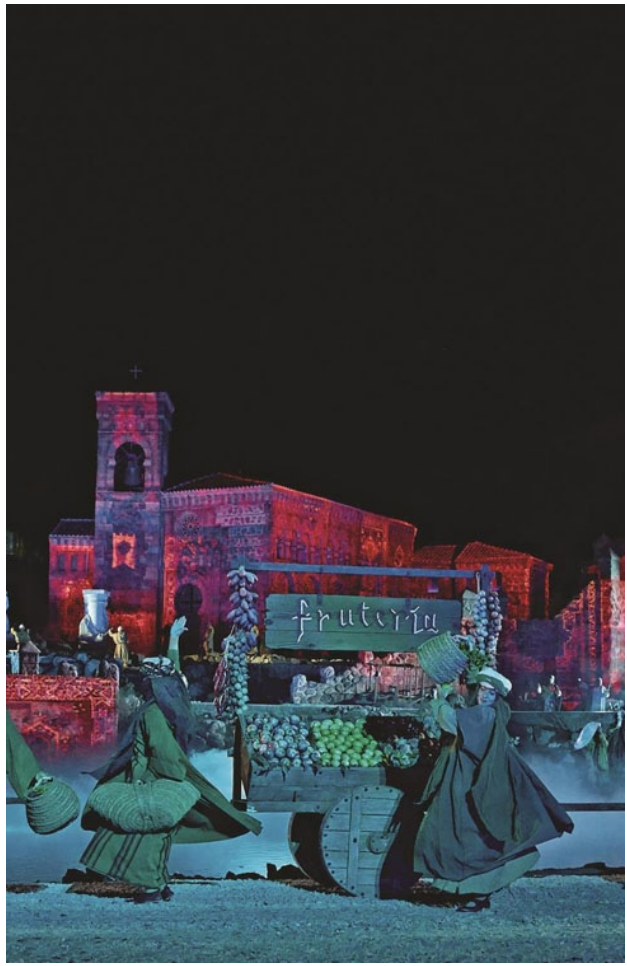
Labor cultural del rey Sabio

Para entender este proceso, en el caso de Castilla, es necesario referirse a la lengua, es decir, al castellano, que en tiempos de Alfonso X da un paso de gigante. En Toledo coexisten el latín, el castellano, el árabe y el hebreo, hablados por los distintos grupos humanos, pero se hace necesaria la existencia de una lengua común, lo que se llama una «lengua franca», que sea un vehículo de comunicación para todos. En tiempos del rey Sabio el castellano adquiriría esta condición. Y lo que es más importante: desplaza al latín, que sigue vivo en ámbitos religiosos y eruditos, pero cede su papel preponderante al español en dos aspectos clave: la mayoría de las importantes obras literarias creadas en el Toledo de Alfonso X se escriben en esta lengua, y el castellano se convierte, por iniciativa real, en el lenguaje de la cancillería, de la administración.

Pero aún hay más. Si el español de la etapa de Alfonso es lengua materna de los castellanos, lengua administrativa y legal de las cancillerías, y lengua franca, vehículo de comunicación entre comunidades con sus diversas lenguas propias, con la obra de los colaboradores del rey se

convierte además en una lengua de cultura. Lo que quiere decir que acaba siendo la lengua usada para la transmisión del conocimiento. Esta es la razón por la que el castellano acabaría convirtiéndose en el español: la lengua común de toda la península y, a causa de avatares de la historia, la lengua más extendida de América y una de las más habladas de todo el mundo.

Este primer crecimiento de la lengua española tiene lugar en Toledo. La razón no es solo que se trata del lugar donde nació Alfonso y en el que llevó a cabo la parte más importante de su papel histórico, sino porque era su lugar predilecto y, sobre todo, porque reunía las condiciones más propicias para lograrlo al ser el centro de la convivencia de tres importantes culturas y tres comunidades.



Los mudéjares, los musulmanes que permanecen en Toledo tras su conquista castellana, tenían, como es lógico, el árabe como lengua de relación, pero en el curso del tiempo, cuando el castellano se impone como «lengua de prestigio», la clase letrada musulmana adoptó esta lengua cristiana para sus escritos, que se redactan en «escritura aljamiada», con signos árabes. Por su parte, los judíos conocían bien el árabe y el castellano, pero no el latín, que no les interesaba, ya que no tenían acceso ni a la iglesia cristiana ni a las universidades, los dos ámbitos donde pervivía la lengua latina. Por eso era necesaria la

colaboración de sabios cristianos, musulmanes y judíos para el buen funcionamiento de lo que se conoce como Escuela de Traductores de Toledo, aunque no fuera en realidad una «escuela», sino más bien un «taller», un centro de trabajo.

A través de la Escuela, llegaron a toda España y a Occidente traducciones de las grandes obras de sabiduría de la Antigüedad, científicas y filosóficas, entre ellas las de la antigua Grecia, cuyo conocimiento se había perdido en Europa en la Edad Media, y fundamentalmente las de Aristóteles, que tanta influencia tuvieron en el desarrollo cultural y filosófico.

El «taller» de Alfonso X el Sabio

En el género historiográfico se redactan dos importantes obras: la *Crónica General de España*, donde se narran los hechos de España desde la remota Antigüedad, y la *Grande y General Historia*, de tema universal. Son libros creados por recopilación y fusión de obras anteriores, lo que implica el uso de una vasta biblioteca, creada por adquisición o copia de ejemplares.

Más importante es la obra legislativa, que sistematiza las fuentes del derecho romano, bizantino y visigodo. El *Fuero Real*, redactado a partir de 1250, busca unificar la legislación de ciudades y villas, que antes era muy variada. El *Libro del Fuero* o *Espéculo* pretende establecer un fundamento doctrinal aplicable a cualquier legislación. El *Setenario* es una especie de «espejo de reyes», un libro de formación para príncipes y nobles.

La obra legislativa culminante redactada a instancias del rey Sabio es las *Siete Partidas*, que nace de fuentes muy diversas: el derecho canónico romano o lombardo, glosas de libros de derecho anteriores, comentarios de los sabios antiguos, Aristóteles, Séneca, Cicerón, Boecio, etcétera, y los fueros de costumbres locales. El conjunto va mucho más allá de su valor como libro legislativo de utilidad práctica judicial, para llegar a convertirse en un tratado político y moral. La obra no solo estudia la administración de justicia y regula matrimonios, contratos, testamentos, delitos y penas, etcétera, sino que establece los derechos y deberes de los gobernantes, e incluso regula la vida religiosa y eclesiástica.

En materia científica los temas tratados son diversas, pero entre ellos destacan las obras dedicadas a la astronomía: *Libro de la ochava esfera, Libro cumplido de los judicios de las estrellas, Libro de las armellas* (esferas armilares), *Libro de las Cruces, Los cánones de Albateni, Picatrix, Tablas astronómicas,* también llamadas «Tablas alfonsíes». Otras muy importantes son el *Lapidario*, de mineralogía, que mezcla ciencia y superstición, el *Libro del astrolabio redondo,* el *Libro de los animales que cazan,* de cetrería, traducción de un halconero árabe, etcétera. Finalmente encontramos el conocido *Libro de ajedrez, dados*

y tablas (1283), un tratado de juegos de entretenimiento.

Alfonso X fue autor de las *Cantigas de Santa María*, en romance y en verso galaicoportugués. Se trata de 430 composiciones, la mayoría de las cuales las escribió el propio rey, y cuentan historias religiosas en las que la Virgen María interviene personalmente para que se resuelvan felizmente.

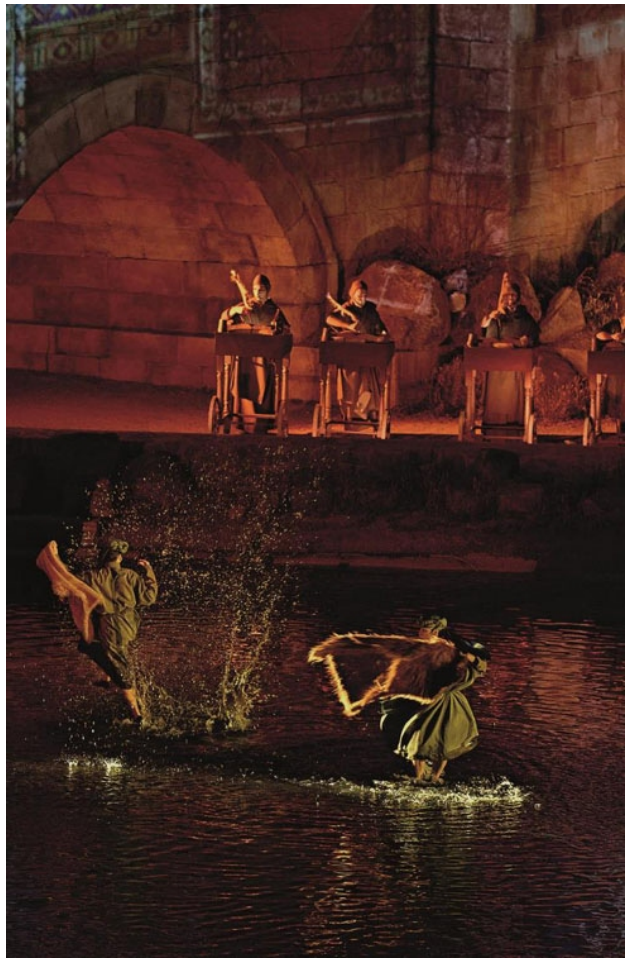
Otro hito en el desarrollo de la literatura castellana fue la traducción a lengua romance del *Calila e Dimna*, ordenada por Alfonso. Es una colección de fábulas de origen hindú, que llegó a la península a través de los árabes, y que ejerció una influencia decisiva en literatos hispanos posteriores, como el infante don Juan Manuel.

La Escuela de Traductores de Toledo

La Escuela de Traductores de Toledo, auspiciada por la iniciativa real, había sido iniciada por el arzobispo Raimundo. Su actividad se sustenta en la dotación de una importante biblioteca con obras de diverso origen y disciplinas, y en la labor de un grupo de traductores para verter del árabe o del hebreo al latín, o directamente al castellano, los grandes tratados científicos y filosóficos. Pero mucho más trascendental fue el hecho de que a través de esas traducciones la filosofía aristotélica, que había permanecido viva entre los eruditos musulmanes, se reintrodujo en Occidente. Entre estos traductores destacan Domingo Gundisalvo, un mozárabe toledano, Juan Hispalense, judío converso, el italiano Gerardo de Cremona, el franciscano Juan Gil de Zamora y el escocés Miguel Escoto; la diversidad de sus orígenes da idea de lo ambicioso del proyecto.

De cualquier forma, las traducciones en Toledo fueron habituales desde mucho tiempo antes de Alfonso X, pues comenzaron probablemente desde el mismo momento de su conquista cristiana. El prestigio intelectual de la ciudad era muy alto en el periodo de reino taifa bajo Al-Mamún, hasta el punto de que muchos estudiosos hispánicos e incluso extranjeros acudieron allí en busca de conocimientos que

no podrían encontrar en otros sitios. El papa Silvestre II, elegido en el año 999, siendo todavía un simple monje francés, viajó a al-Ándalus, seguramente a Toledo, Córdoba y Sevilla, para aprender astronomía y matemáticas, y según las malas lenguas también magia. No solo el papa, sino que no era infrecuente la presencia de sabios europeos que viajaban a Toledo para estudiar directamente en textos árabes las enseñanzas de Platón y de Aristóteles, a las que en sus países de origen solo podían acceder en las universidades a través de compendios o de comentarios. Poder leer a Averroes, el gran comentarista de la obra aristotélica, proporcionaba un beneficio indudable a estos estudiosos del conocimiento griego de la Antigüedad. En Toledo se podía acceder a la ciencia de los árabes, mucho más empírica, es decir, basada en la experiencia, mientras que en Europa dominaba la teología o la metafísica, más especulativas.



8

Los Reyes Católicos, Colón y el descubrimiento de América

(1492)

«Ordeno que ninguno de mis súbditos o de mis sucesores consientan o permitan que los indígenas, residentes y habitantes de dichas Indias y continentes, no sufran ningún daño o sean tratados injustamente». Así escribió la reina Isabel al Almirante de la Mar Océana, Cristóbal Colón.

Se buscaba descubrir un nuevo camino hacia las Indias y las riquezas de Asia. Pasando por el Oeste, ya que el Oriente musulmán no dejaba pasar las mercancías. Toscanelli ya lo había dicho: se podía ir a Oriente por Poniente. La mítica Cipango se evaluaba a menos de 1000 leguas al oeste de las Canarias, y después Antilia, y toda Asia, y las tierras del Gran Khan, y toneladas de canela y de oro.

Se trataba, para él, de un negocio inmenso, para ella, de extender la fe y Castilla en toda la Tierra.

1492. Un año extraordinario durante el que se termina de liberar el territorio de la península, a la par que se descubren las tierras de lo que sería América y se funda un reino moderno. En tan solo doce meses el destino de España cambia radicalmente, para pasar de un reino dividido en proceso de

unificación a una potencia formidable lanzada a la conquista del mundo, un imperio sobre el que nunca se ponía el sol.

Los Reyes Católicos

La expedición española que descubrió América había sido armada por iniciativa de los Reyes Católicos. Isabel y Fernando pertenecen al grupo de los monarcas más trascendentales de la historia de España por la unión de los reinos de Castilla y Aragón. Su reinado, que había comenzado de manera incierta, fue venturoso. En 1492, tres acontecimientos alteraron el curso de la historia: la conquista de Granada, la expulsión de los judíos y el descubrimiento de América. El más destacado por su trascendencia global fue, indudablemente, la llegada a un nuevo y vasto continente, que con anterioridad no existía en el conocimiento de los europeos, y que constituye uno de los hitos clave para el destino de la humanidad.

Acceso de Isabel al trono

Isabel era hija de Juan II y, por tanto, hermana del rey Enrique IV de Trastámara. No estaba destinada a ser reina de Castilla, porque la sucesora oficial era doña Juana, hija del rey, y en todo caso la precedía su hermano Alfonso. Pero en aquel tiempo el monarca era débil y la nobleza campaba por sus respetos. La facción nobiliaria más poderosa, hostil al monarca, difundió el bulo de que este era impotente, y su hija Juana era fruto de los amoríos de la reina con el valido Beltrán de las Cuevas, llegando a acuñar el sobrenombre infamante de «la Beltraneja», para referirse a la princesa. Alfonso murió prematuramente, Isabel se convirtió en la favorita de los nobles, y en el pacto llamado de los Toros de Guisando consiguieron que Enrique la reconociese como su sucesora, contra su voluntad.

Eso no impidió que a la muerte del monarca estallara la guerra civil, en la que los derechos de Juana fueron sostenidos por su marido, el rey Alfonso V de Portugal. La derrota de este en la batalla de Toro supuso el fin del conflicto, e Isabel fue proclamada nueva reina por las

Cortes de Madrigal de 1476.

Lo curioso es que el rey portugués había sido el elegido por Enrique IV para casarse con Isabel, pero este matrimonio no llegó a celebrarse por una maniobra de la facción nobiliaria hostil, que promovió su unión con Fernando, príncipe de Aragón. La historia es rocambolesca. Fernando viajó de forma clandestina, disfrazado de mozo de mulas para no ser identificado, hasta el palacio de los Vivero, a donde había sido conducida anteriormente Isabel, y así pudieron casarse en 1469. La historia parece muy romántica, pero es todo lo contrario. Ni Isabel ni Fernando se habían visto con anterioridad, y su «amor» era tan solo un asunto de Estado. Por aquel entonces ambos eran únicamente candidatos a las Coronas de Castilla y de Aragón, y en aquellos procelosos tiempos cualquier cosa podía ocurrir.

Lo cierto es que cuando Isabel y Fernando llegaron a ser reyes, lo que se estaba produciendo era una unificación de ambos reinos, aunque solamente parcial, puesto que cada Estado conservaba su propia entidad jurídica y política, sus propias Cortes y demás órganos de gobierno. Es probable que los nobles que habían promovido la coronación de Isabel creyeran que la podrían manejar a su antojo en su propio beneficio, pero no contaron con que la reina era una mujer de armas tomar, algo que demostró con creces a lo largo de su reinado, y que Fernando no le iba a la zaga.

Uno de los primeros actos de gobierno de los nuevos monarcas fue la creación de la Santa Hermandad en Castilla, una milicia destinada a combatir el bandolerismo rural. El campo era precisamente el ámbito dominado por la nobleza, de donde obtenía sus rentas y que había dominado con sus propios vasallos armados. La milicia real no tardó en someterles y la posición de fuerza de Isabel hizo que su autoridad ya nunca más fuera discutida por los nobles. Además, Isabel tampoco se sometió a su marido y desde el principio dejó claro que ambos gobernarían en un plano de igualdad, una situación que fue verbalizada con la

famosa frase: «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando».

Conquista del reino nazarí de Granada y final de la Reconquista

La Reconquista había experimentado un parón después de los avances logrados por Fernando III en la Andalucía occidental, Alfonso X en Murcia, y Alfonso XI en la región del estrecho de Gibraltar. La razón era, simplemente, que desde una perspectiva económica resultaba más beneficiosa la existencia del reino musulmán de Granada mientras siguiera pagando sus cuantiosos tributos. Por eso Granada se había mantenido independiente de Castilla. La situación varió cuando la aparición de los benimerines en la península deja margen a Granada para liberarse de la tutela castellana.

Cuando los Reyes Católicos logran estabilizar la situación interior y dominar a la nobleza, deciden acometer el primer gran hito de su reinado: la toma de Granada y la desaparición del reino nazarí, que culminaba el proceso de Reconquista. Una vez conseguida la unidad política se hacía necesario obtener también la unidad territorial, y Fernando el Católico desató la guerra exigiendo el pago de parias al reino nazarí, que se negó a ello. Además, Castilla poseía

una clara ventaja por las disensiones internas nazaríes, las luchas dinásticas que llevaron a una fragmentación que permitió a los Reyes Católicos contar con el apoyo de algunas facciones musulmanas contra sus propios correligionarios.

Cuando estalló la guerra, los nazaríes tomaron la iniciativa ocupando la localidad de Zahara, e inmediatamente los cristianos tomaron Alhama, que lograron defender frente a las sucesivas oleadas que los musulmanes lanzaron contra la ciudad. Fernando dispuso que una flota castellana vigilara las aguas del Estrecho para evitar la llegada de ayuda exterior a los nazaríes procedente de África. Cuando el sultán Abulhassan estaba sitiando Alhama, su hijo Abdallah, el Boabdil de las crónicas cristianas, se adueñó del poder en Granada con ayuda de los abencerrajes, y el sultán se vio obligado a refugiarse en Málaga, que estaba gobernada por su hermano El Zagal.

La suerte de las armas cristianas fue adversa en los primeros tiempos de la guerra, pues fueron derrotadas en Loja y la Axarquía. Pero comenzó a cambiar con la derrota de Boabdil en Lucena, donde quedó prisionero. Cuando pudo regresar a Granada solo logró dominar el Albaicín, pues el sultán Abulhassan, su padre, se había hecho fuerte en la Alhambra.

La última gran reacción islámica se dio en la campaña desatada por El Zegrí, detenida por los cristianos en Lopera. Los zegríes habían sido enemigos tradicionales de los abencerrajes, que apoyaban a Boabdil y, por tanto, en vez de concentrarse en luchar contra los castellanos, también tuvieron que luchar contra el príncipe nazarí. En los meses siguientes, gracias a esa división interna de los musulmanes, las tropas castellanas fueron ocupando las principales poblaciones del reino de Granada. El sultán Abulhassan abdicó en su hermano El Zagal, quien pretendió reunificar todo el poder del reino, pero Fernando el Católico, que ganó justa fama de «maquiavélico», apoyó a Boabdil para que se le opusiera.

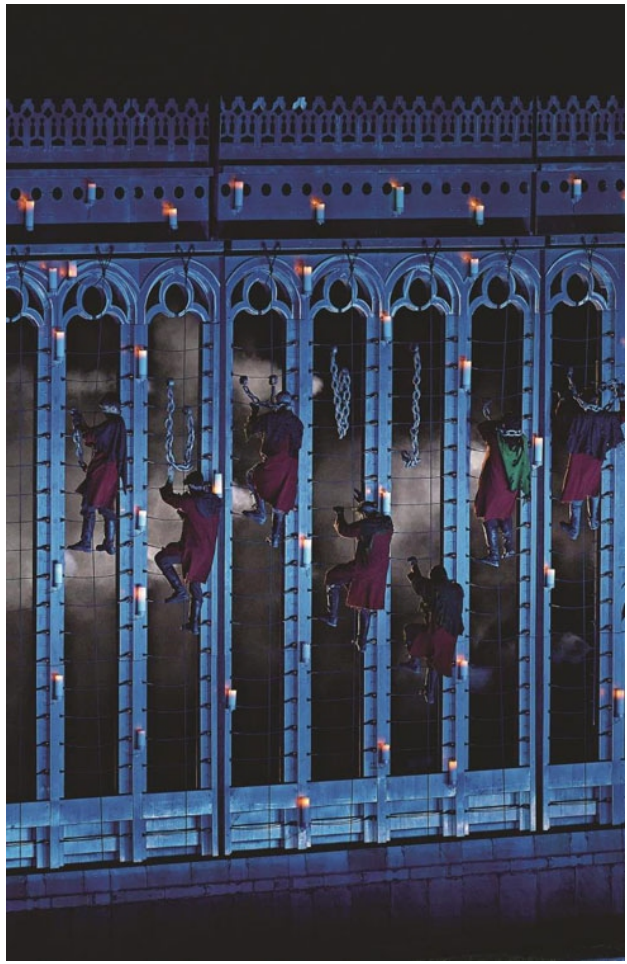
Después de que los cristianos tomaran la plaza fuerte de Loja, la conquista no dejó de avanzar. Sucesivamente fueron ocupadas Málaga, Baza, Guadix y Almería. El reino nazarí quedaba reducido prácticamente a Granada, y aunque Boabdil estaba dispuesto a entregarla a cambio de privilegios, el sector más beligerante musulmán se negó a ello.

La ciudad de Granada se cercó en abril de 1491, y cuando el campamento cristiano ardió accidentalmente, los Reyes Católicos decidieron erigir la ciudad de Santa Fe, a las puertas de la capital. Era una demostración de que habían llegado hasta allí para quedarse, y eso provocó la desmoralización granadina, que supo que la suerte estaba echada. A principios de 1492 Granada capituló y el poder musulmán perdió su último bastión en España.

La expulsión de los judíos

Después de haber logrado la unidad política de España sometiendo a la nobleza, y después de obtener la unidad territorial con la conquista de Granada, que posteriormente sería seguida por la anexión de Navarra por Fernando en 1513, se imponía la unificación religiosa e ideológica. La España de las tres culturas y las tres religiones llegaba a su fin. Moriscos y judíos no tenían cabida en la nueva España cohesionada en la visión política de los Reyes Católicos. La conversión de los moriscos sería obra, más tarde, del cardenal Cisneros, pero los judíos sufrieron ya en 1492 una suerte adversa.

Durante toda la Edad Media los judíos fueron objeto de persecuciones. Las sufrieron en el periodo visigodo, en los reinados de Sisebuto, Recesvinto y Égica, y también bajo dominio musulmán, especialmente en época almohade. Los reinos cristianos, en cambio, mantenían una postura doble. Por lo general, los judíos gozaron de protección real, pues resultaron ser unos colaboradores eficaces, pero fueron odiados por el pueblo llano, celoso de sus prerrogativas.



Apenas un siglo antes, en 1391, se había desatado una terrible masacre en Sevilla, promovida por el arcediano de Écija Ferrán Martínez, que se acabó extendiendo a toda Andalucía y parte de Castilla. Muchos miles de judíos perdieron la vida y la libertad. Pero este no fue un episodio aislado, porque los judíos eran infieles, descendientes de aquellos que habían crucificado a Cristo, y achacarles las culpas cuando había graves problemas, como las epidemias de peste por ejemplo, era cosa habitual.

Se ha hablado mucho sobre los motivos de los Reyes Católicos para decretar la expulsión, y sigue siendo objeto

de debate. Lo más claro es que deseaban la unificación religiosa del reino por razones de cohesión ideológica. Un detonante que debió influir en la decisión real de expulsarles pudo ser el dudoso proceso que juzgó en 1490 el supuesto sacrificio ritual del Santo Niño de la Guardia. Un grupo de judíos fue acusado de martirizarle crucificándolo, en un remedo impío de la Pasión de Cristo, y la consecuencia fue que un grupo de ocho judíos y conversos fueron procesados y quemados vivos en Ávila.

La animadversión hacia los judíos había venido creciendo exponencialmente desde la introducción de la Inquisición en Castilla —en Aragón existía con anterioridad —, cuya dirección fue encomendada a fray Tomás de Torquemada. Todo ello se plasmó en el edicto de expulsión, suscrito por los Reyes Católicos el 31 de marzo de 1492, poco después de la toma de Granada.

Sus términos eran muy duros: todos aquello judíos que no se convirtieran tenían que abandonar España en el término de tres meses, con toda su familia, criados, etcétera. Podían vender sus bienes, pero se les prohibió llevar consigo oro, plata o joyas. El resultado fue un auténtico despojo, ya que sus viviendas y enseres fueron adquiridas por especuladores, que bajo el apremio del corto plazo ofrecieron cantidades casi irrisorias. El judío estaba obligado a vender o quedarse sin nada.

Muchos judíos se «convirtieron» forzosamente al cristianismo, los que serían llamados despectivamente «marranos», lo cual provocó un problema aún mayor debido a las acusaciones de «judaizar», es decir, practicar a escondidas su religión, que alimentaron a la Inquisición durante siglos. Otros se marcharon, preferentemente a Portugal, África del Norte, Turquía… Son los conocidos como sefardíes, ya que Sefarad era el nombre que daban a Hispania. En su exilio llevaron consigo la lengua castellana, en una variante llamada «ladino» y, al parecer, una nostalgia inagotable por la patria perdida, que entre otras cosas dio origen al mito de la Llave: los sefardíes al partir conservaron las llaves de sus antiguas casas, que fueron

pasando de generación en generación como reliquias de un pasado idealizado.

No hay que olvidar que los Reyes Católicos no fueron los únicos ni los primeros en expulsar a los judíos en Europa. Y lo hicieron en mejores condiciones que otros países. En cuanto a las víctimas de la Inquisición, también fueron pocas en comparación con las masacres de católicos en Inglaterra y en todo el mundo protestante.

El descubrimiento de América

El año «prodigioso» de 1492 se completó con la hazaña castellana más grande de la historia y de mayor trascendencia en el destino de la humanidad.

El 12 de octubre de 1492: la expedición española capitaneada por Colón, arriba a la isla de Guanahani. Ni el almirante ni ninguno de sus hombres podía suponerlo, pero lo que ese día había sucedido era ni más ni menos que el descubrimiento de América. Como posteriormente se dijo, desde la creación del mundo no existió hecho más determinante en toda la historia de la humanidad con la excepción del nacimiento, muerte y resurrección de Cristo.

La pequeña flota española estaba formada por tres barcos, la Niña, la Pinta y la Santa María, dos carabelas y una nao, que habían partido del puerto de Palos el 3 de agosto. Se había dirigido a Canarias, donde se hicieron reparaciones y repostaron agua, provisiones e impedimenta, y de allí partió el 6 de septiembre, internándose en el Atlántico con rumbo oeste. La expedición pretendía cruzar el océano para llegar a las Indias Orientales, a Japón. La travesía tuvo momentos penosos con amenazas de amotinamiento de la tripulación, pero se benefició de un insospechado acierto para aprovechar la corriente del golfo y los vientos alisios. De esta manera, después de poco más de un mes, el marinero Rodrigo de Triana, vigía de la Pinta, pudo gritar «tierra a la vista». En aquel lugar Colón pudo contemplar por primera vez a los americanos, indios taínos amistosos. Continuó su viaje hasta arribar a Cuba y, finalmente, el 25 de diciembre, día de Navidad, llegó a

Santo Domingo, bautizada como La Española. Para aquel entonces Colón ya sabía que aquello no era la legendaria Cipango y que tampoco se trataba de pequeñas islas en medio del mar, sino de parte de un territorio mucho más extenso, que carecía de nombre, porque nadie en Europa había sospechado con anterioridad su existencia.

Cristóbal Colón fue un navegante nacido en Génova o alguna otra localidad de la costa de Liguria. Se desconoce su origen, sobre todo porque su primer biógrafo, que era su hermano, intentó falsear su genealogía para ennoblecerla. Pero lo cierto es que en su juventud se formó en las ciencias del mar a causa de su trabajo de agente comercial a cargo de fletes. Se instaló en Portugal en torno a 1476, donde prosiguió su labor de comerciante y, como tal, realizó viajes que le llevaron hasta Inglaterra e Islandia al norte, y también al golfo de Guinea en el sur, en los que debió familiarizarse con la navegación del océano Atlántico, muy diferente a la del mar Mediterráneo, bien conocido y menos agresivo.

Portugal era el lugar idóneo para que Colón culminase su proyecto. Era un país volcado al mar, que había desarrollado una gran actividad descubridora desde los tiempos de Enrique el Navegante, y es probable que este ambiente impregnara a Colón del espíritu de la navegación atlántica. En Portugal Colón profundizó en su conocimiento de la navegación oceánica, las corrientes y los vientos favorables de aquella masa de agua antaño desconocida, y también se formó en cosmografía, astrología, matemáticas… Lo que resulta indiscutible es que, siendo autodidacto, acumuló grandes conocimientos que fueron la base de su audaz aventura.

La navegación atlántica se remontaba a la Antigüedad. Los fenicios habían surcado el Atlántico desde Cádiz, la vieja Guadir, a las islas Casitérides, la Gran Bretaña. Estas navegaciones habían fomentado el nacimiento de muy diversos mitos de muy distinta índole, comenzando por el muy célebre de la Atlántida, que procede de Platón. Se creía que existían numerosas islas que jalonaban la ruta hacia Occidente, lo que fue confirmado con los descubrimientos de Madeira y las Azores, colonizadas por Portugal, o el archipiélago de las Canarias, conquistado por Castilla.

Que la tierra es esférica era cosa bien conocida desde la Antigüedad grecolatina. Pero en la Edad Media se produjo un retroceso del conocimiento y fue negada por diversos autores cristianos, más preocupados porque sus teorías se ajustaran a los hechos de la revelación bíblica, negando los descubrimientos reales. Sin embargo, en pleno siglo XV casi nadie la negaba, y se sabía que en el extremo del mundo habitado se hallaban los poderosos pero poco conocidos reinos de Catay (China) y de Cipango (Japón). Los relatos semilegendarios de los viajes de Marco Polo, o la célebre embajada de Clavijo enviada a Tamerlán por el rey castellano Enrique III avalaban su existencia.

Por otra parte, la llamada ruta de las especias en dirección a Oriente constituía una vía comercial de primer orden, y por eso era lógico buscar una ruta marítima que

llevara a esas lejanas y ricas tierras. La expansión marinera portuguesa se había enfocado desde un principio en la exploración de la costa occidental africana, buscando bordear el gran continente con rumbo a Oriente. Quedaba la vía del oeste, aunque por entonces el Atlántico era un océano muy poco conocido, y se suponía que entre las costas europeas y Asia no había más que mar. Todos estos factores debieron estar presentes en la gestación del audaz proyecto de Colón.

El genovés expuso su plan a las autoridades portuguesas, que lo analizaron y lo descartaron, probablemente porque no deseaban desviar esfuerzos y medios de su empresa africana, y también porque Colón reclamó compensaciones desorbitadas por sus poco probables futuros descubrimientos. Despechado, Colón se dirigió a Castilla, y halló buen acomodo y comprensión en el monasterio franciscano de La Rábida, cuyos monjes, especialmente fray Juan Pérez, que sería su gran protector, le dieron su apoyo. Colón intentó encontrar financiación para su proyecto en grandes nobles del reino, como los duques de Medina Sidonia y de Medinaceli, y posteriormente se dirigió directamente a los monarcas españoles.

Es sabido que el proyecto colombino fue acogido con mucha frialdad por Fernando el Católico, ya que Aragón, desde que cesó de progresar en la Reconquista, buscaba expandirse a través del Mediterráneo, pero gozó de las simpatías de Isabel la Católica, que fue la gran valedora de Colón y tomó la iniciativa de la firma de las Capitulaciones de Santa Fe. Las pretensiones de Colón seguían siendo desorbitadas, ya que reclamaba para sí mismo privilegios semejantes a los que gozaban los poderosos almirantes de Castilla, el título de virrey de todas las islas y tierra firme conquistadas y un porcentaje alto de todos los futuros beneficios que se derivaran de sus hipotéticos descubrimientos. No es seguro que la reina confiara ciegamente en las posibilidades de una expedición que buscaba un camino que llevara por Occidente hasta el este

de Asia, pero decidió arriesgarse. Las Capitulaciones de Santa Fe reconocieron a Colón la mayoría de los beneficios que reclamaba, probablemente porque los reyes pensaban que el resultado de los descubrimientos sería tan pequeño que la retribución que pedía el genovés no resultaría excesiva.

El «nuevo mundo»

Hoy en día se cuestiona la pertinencia de la misma palabra «descubrimiento». Si tenemos por tal sacar a la luz lo que antes estaba oculto o era desconocido, no cabe duda de que la expresión es correcta. Un cálculo erróneo de la magnitud de las latitudes de la esfera terrestre hacía suponer que entre un extremo y otro del «ecumene», el mundo conocido, la costa occidental de Europa y las Indias Orientales, no había otra cosa que un extenso océano, y nadie suponía la existencia del inmenso continente americano.

Se ha hablado mucho de las expediciones danesas a Islandia, Terranova e incluso «Vinland», el extremo septentrional del continente americano, pero aunque estas existieron no habían tenido repercusión ninguna en Europa. Creyendo llegar a las Indias Orientales, la flota castellana arribó al Caribe, descubriendo un vasto continente insospechado y dando origen a una aventura formidable que transformó el mundo. Y una parte considerable de este

«prodigio» se debió a la iniciativa de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos.

9

CARLOS V

(1500-1558)

—¿Por qué van descalzos?

—Porque son pobres, señor.

—¿Y por qué no se quitan el sombrero en mi presencia?

—Porque son hidalgos, señor, y tienen ese privilegio.

Tal fue, dice la leyenda, el primer contacto de Carlos, el joven y nuevo rey, con su pueblo cuando desembarcó por primera vez en España, en el pueblo de Tazones, en Asturias.

Veinte años más tarde, hay otra frase célebre del emperador: «Hablo en español a Dios, italiano a las mujeres, francés a los hombres y alemán a mi caballo».

Y otros veinte años después, es en España donde elige una tierra para descansar, en el convento de Yuste, en Cáceres.

Tal fue la trayectoria de vida de un rey brillante, nacido francés, rey del mundo, venido a España por razón de Estado y hecho español por causa del corazón.

Juana la Loca y Felipe el Hermoso

A lo largo de la historia los matrimonios de Estado han sido una práctica habitual. Eran una forma de hacer gran diplomacia, de concertar alianzas y de buscar apoyo político. En estas páginas lo hemos visto en más de una ocasión. Con frecuencia los esposos reales no se habían visto con anterioridad, el amor era algo excluido en estas uniones de conveniencia, en las que, además, la primera

obligación de la esposa era proporcionar un heredero a su marido, preferentemente un varón, un hijo que garantizara la herencia dinástica. No era raro que hubiera una gran diferencia de edad entre los esposos. Beatriz de Suabia, la esposa de Fernando III el Santo, tenía apenas dieciséis años cuando dio a luz a Alfonso X el Sabio. En ocasiones el matrimonio se concertaba cuando la esposa era apenas una niña, y permanecía con su propia familia hasta alcanzar una edad que hiciera admisible que el matrimonio se consumara.

Alguna vez, sorprendentemente, la mujer, heredera de un trono, se enamoraba de ese marido que le habían impuesto y del que no sabía nada antes de estar en su presencia, cuando el matrimonio era ya una cosa concluida. Es lo que le ocurrió a la pobre Juana, hija de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, casada en un matrimonio de Estado con Felipe el Hermoso, archiduque de Austria. Este debía hacer honor a su sobrenombre, porque enamoró profundamente a su joven esposa, y cuando murió, su mujer, la reina de Castilla, enloqueció de dolor.

Ha pasado a la historia como Juana la Loca. Una pobre mujer víctima de la «locura de amor». Cuentan las crónicas que cuando Felipe murió, su joven esposa se negó a aceptar esa tragedia, e hizo trasladar el cadáver de su marido desde Burgos hasta Granada para enterrarle en la capilla real donde yacía Isabel la Católica. Le llevó de ciudad en ciudad a lo largo de semanas, acompañada por un nutrido séquito de nobles y prelados.

Traemos aquí la trágica historia de Juana la Loca, que pasó la mayor parte de su vida recluida en el castillo de Tordesillas, porque de su matrimonio de Estado, salpicado por la tragedia y la locura, nació el que sería el hombre más poderoso de Europa durante décadas, el rey Carlos I de España, que además sería emperador, el quinto de ese nombre.

En efecto, Carlos de Gante, así llamado también en alusión a su ciudad natal, era hijo de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca, y por tanto nieto del emperador

Maximiliano de Austria y de Blanca de Borgoña y Flandes por vía paterna, y de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón por la materna. Esta «carambola» proporcionó al joven Carlos la soberanía sobre los reinos de España, el imperio alemán, Borgoña, el Franco-Condado y Flandes, el sur de Italia y toda América española. Carlos I fue el monarca más poderoso de su tiempo y dominó un imperio de extensión formidable.

Carlos I

Carlos nació en Gante en el año 1500. Por su educación y su estilo de vida era un flamenco formado políticamente en los usos de Borgoña. Recibió en 1516 la Corona de Castilla, que tras la muerte de Fernando el Católico se hallaba bajo la regencia del cardenal Cisneros, y al año siguiente, tras una demora poco justificada, decidió viajar a España. Lo hizo en compañía de sus consejeros flamencos, entre los que destacaban Guillermo de Croy, señor de Chièvres, y el cardenal Adriano de Utrecht, que después sería el papa Adriano VI en 1522.

Lo cierto es que sus comienzos no pudieron ser más desafortunados y llenos de desencuentros con el país que gobernaba. No llegó a conocer a Cisneros, que murió antes de poder recibirle, y se rodeó de consejeros flamencos que fueron los que dictaron su política en sus inicios. Sus primeros actos de gobierno van encaminados a ser reconocido por sus súbditos, y por eso se presenta ante las Cortes castellanas en Valladolid a principios de 1518, que le ratifican en la Corona, no sin antes recordarle que la verdadera reina seguía siendo doña Juana, recluida en

Tordesillas. También es ratificado por las Cortes aragonesas y las de Barcelona y, de nuevo por las castellanas, en La Coruña, porque había sido elegido nuevo emperador y desde ese puerto embarcó para dirigirse a Aquisgrán a ceñir la corona imperial. Detrás de sí dejaba un país descontento, regido por el cardenal Adriano de Utrecht, soliviantado por el incremento de las alcabalas (los impuestos que grababan las transacciones comerciales e iban a parar a las arcas reales), y al borde de la rebelión. Pero en Aquisgrán no le esperaba un panorama mucho mejor, pues el imperio se encontraba en plena agitación a causa de la reforma protestante de Martín Lutero.

La guerra de las Comunidades (1520-1522)

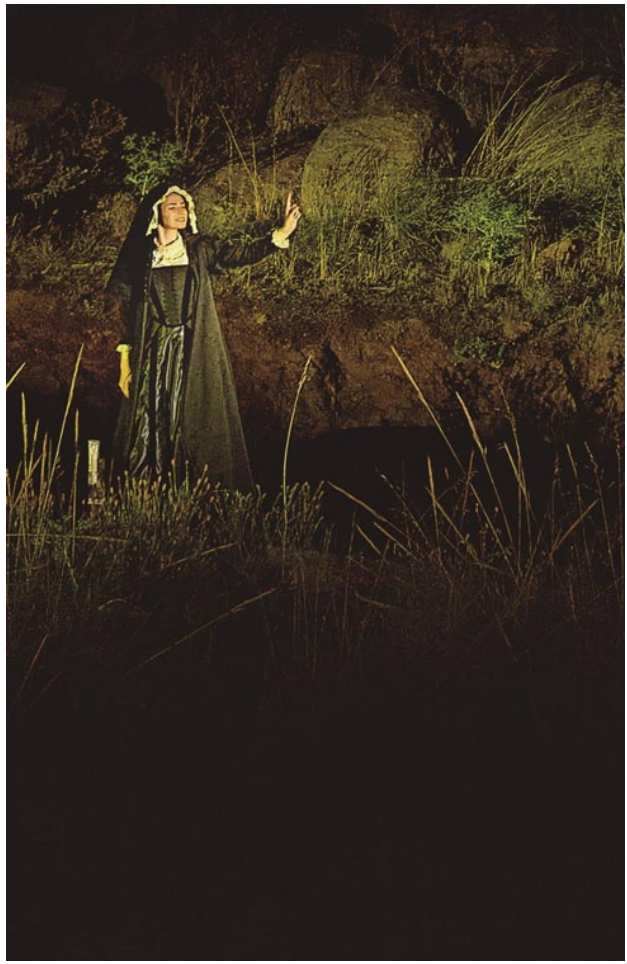
Los españoles tenían la sensación de que el nuevo monarca no entendía nada del país, que sus gobernantes flamencos solo atendían a las necesidades imperiales de Carlos, que reunían Cortes únicamente para votar nuevos impuestos y que las alcabalas ahogaban la economía. En medio de esa crisis, los castellanos de Toledo promueven celebrar una junta en Ávila para acordar sus reivindicaciones y cuando se les intenta reprimir llegan a incendiar Medina del Campo. El jefe comunero Juan Padilla entra en Tordesillas al frente de una tropa para entrevistarse con la reina Juana. En dicha ciudad se reúne la ahora llamada Santa Junta.

Los comuneros se llaman así porque representan los intereses de las comunidades de la mayoría de las ciudades con voto en Cortes. Reivindican que si Carlos quiere reinar en Castilla se haga castellano. El problema es que la alta nobleza rechaza el movimiento y, pese a su primer desacuerdo con los flamencos del séquito real, cierra filas en torno al monarca. Carlos V decide entonces nombrar a dos nuevos regentes castellanos para que se unan a Adriano de Utrecht: el Condestable y el Almirante de Castilla. Adriano reúne un ejército, que marcha contra los comuneros y los expulsa de Tordesillas. Los rebeldes obtienen su único éxito militar ocupando el castillo de Torrelobatón. Pero poco después, en la batalla de Villalar,

en abril de 1519, los comuneros son aplastados, y sus dirigentes, Padilla, Bravo y Maldonado, degollados. Tan solo resiste la ciudad de Toledo, bajo el gobierno de la viuda de Padilla, doña María Pacheco, hasta que capitula en 1522. Carlos I hace ajusticiar a un grupo nutrido de cabecillas y otorga el perdón a los demás.

Tiempos oscuros

Como todos los movimientos insurgentes, la revuelta de los comuneros estalla en un contexto de crisis política, social y económica. Años de desgobierno bajo las sucesivas regencias, decepción con el nuevo monarca, que parece mirar más por sus intereses dinásticos que por el bien de su pueblo, depresión económica seguida de una alta inflación, descontento de las ciudades castellanas, que ven como las exportaciones de la lana castellana les deja sin materia prima para las incipientes industrias textiles… Pero sobre todo ello, y he ahí el factor revolucionario de la rebelión de los comuneros, es que estos afirman que la nación está por encima del rey, y no lo contrario. La revolución fracasa porque los nobles y magnates no pudieron aceptar por aquel entonces un principio tan radical como este.



A la revuelta comunera seguirá la de las Germanías o hermandades de Valencia. La peste negra de 1519 hace que las autoridades y la nobleza abandonen la urbe para refugiarse en sus propiedades en el campo. La ciudad, abandonada a su suerte, se organiza, y un grupo de representantes de los gremios toma el poder. Contra ellos marcha el virrey Diego Hurtado de Mendoza, que es derrotado en Gandía, pero finalmente el movimiento acaba siendo aplastado.

Lo que se ha producido es el triunfo de la alta nobleza sobre el común: los ciudadanos. Los magnates se alían

decididamente con la Corona en defensa de sus privilegios. Bajo esta perspectiva se puede afirmar que la revuelta de los comuneros y de las Germanías fue una lucha de carácter revolucionario, que fracasó porque todavía no había llegado el tiempo en que la nación, en el sentido más amplio de la palabra, pudiera oponerse a la estructura política de la monarquía.

Las guerras en Europa

Carlos I se caracterizó especialmente porque aspiró al establecimiento de una monarquía universal. Desde los tiempos del Imperio romano esa era una vieja aspiración. Lo pretendió Carlomagno, pero el que más cerca estuvo de lograrlo fue Carlos I. Frente a él se alzaron importantes poderes. Por una parte, el conflicto religioso de la reforma protestante; por otra, las aspiraciones de Francia en tiempo de Francisco I y, finalmente, la amenaza turca en el Mediterráneo. Carlos se constituyó a sí mismo en adalid de la Iglesia romana, un acérrimo defensor de la verdadera fe, pero no siempre contó con la complacencia y el apoyo de los papas. Y ¿quién financiaba ese ambicioso programa? Los impuestos y los hombres castellanos y, especialmente, el flujo de oro y plata que llegaba de Indias. También, es cierto, los banqueros italianos y alemanes, con los que siempre estuvo endeudado.

El conflicto con Francia (1521-1544)

La primera mitad del reinado de Carlos V estuvo marcada por su pugna con Francisco I de Francia. Los puntos de conflicto eran tres: Navarra, el Milanesado y Borgoña. Cuando Fernando el Católico se anexionó Navarra, lo hizo derrocando a una dinastía de origen francés. Francisco nunca cesó de intervenir en Navarra, buscando arrebatársela a España para imponer una dinastía de origen galo, la casa de Albret. Aprovechando el estallido de la guerra de las Comunidades, Francisco I invadió el país, penetrando hasta Estella. Una rápida contraofensiva derrotó contundentemente a los franceses en Pamplona y se

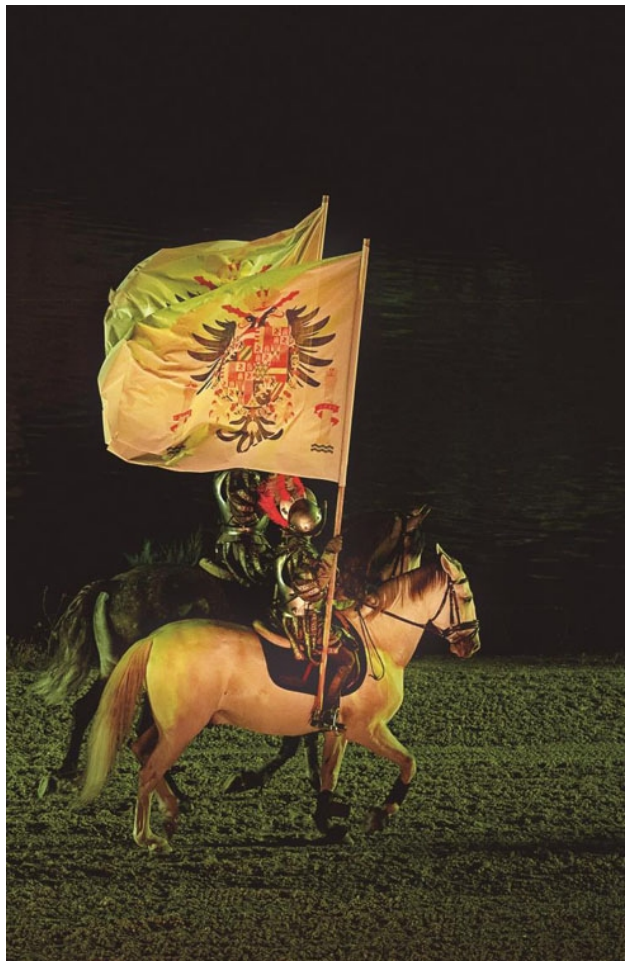
restableció la soberanía de Carlos V.

La Corona de Aragón estaba firmemente instalada en el sur de Italia desde tiempo atrás. Carlos I había heredado Cerdeña, Nápoles y Sicilia. Buscando equilibrar las fuerzas en Italia, Francisco I quiso dominar el norte de la península y ocupó el Milanesado. Contra él marchó el ejército imperial y se produjeron las batallas de Bicoca y de Sesia. La aplastante victoria de las tropas de Carlos V en Bicoca hizo que esta palabra pasara al vocabulario español como sinónimo de cosa provechosa lograda con poco esfuerzo.

El encuentro principal tuvo lugar en la batalla de Pavía. Esta ciudad, defendida por los imperiales, mandados por Antonio de Leyva, resistió heroicamente el asedio francés. El ejército imperial, mandado por el marqués de Pescara, el virrey de Nápoles y el condestable de Borbón, acudió al rescate y se enfrentaron a las tropas de Francisco I. Los franceses contaban con el auxilio de los poderosos mercenarios suizos, las de Carlos eran españolas, italianas y alemanas. La batalla se decidió gracias a una eficaz combinación de piqueros y arcabuceros que batieron a los franceses, produciéndose el hecho inusual de que Francisco I fuera hecho prisionero y conducido a Madrid, donde permaneció hasta la firma del acuerdo de paz. Francisco aceptó la entrega a Carlos V del ducado de Borgoña y renunciaba a volver a intentar la conquista del Milanesado.

Pero cuando estuvo de regreso en Francia, rompió su promesa y volvió a invadir Italia. La nueva guerra tuvo alternativas cambiantes, hasta que se llegó al tratado de Cambray, por el que Francisco I retenía Borgoña pero renunciaba al Milanesado. En esta campaña se produjo el célebre «saco de Roma». El papa Clemente VII había abrazado la causa francesa y ofreció resistencia al avance imperial tras las murallas de Roma. La ciudad estaba defendida por tropas francesas y la guardia suiza del papa. Los imperiales lograron penetrar en la urbe y masacraron a la guardia papal, pero su general, el condestable de Borbón, murió a causa de una herida de arcabuz. El papa se refugió en el castillo de Sant'Angelo. Los españoles, alemanes e

italianos, sin su general, se descontrolaron y durante varios días se dedicaron al pillaje, apoderándose de grandes cantidades de oro, plata y objetos artísticos. Se ha dicho que el ejército de Carlos V, compuesto por mercenarios, llevaba meses de atraso en sus pagas, y habría optado por cobrárselas por sí mismo. El nuevo general imperial, el príncipe de Orange, logró imponer el orden con gran esfuerzo, pero el saqueo de la ciudad que era cabeza de la cristiandad dejó dañado el prestigio de la causa de Carlos V.



Las guerras prosiguieron intermitentemente durante

años, hasta que se logró una paz estable con el tratado de Crépy de 1544, que confirmaba los acuerdos del tratado de Cambray.

La amenaza turca

Desde el momento de la conquista de Constantinopla en 1453 por el sultán otomano Mehmed II, la expansión turca había continuado imparablemente. Los turcos ocupan los Balcanes, se apoderan de Hungría en la batalla de Mohacs en 1526 y llegan a asediar Viena en 1529. Estos avances continentales se complementaban con una expansión marítima en el Mediterráneo occidental. Su gran aliado, el berberisco Barbarroja, desde su base de Argel lanza continuas expediciones de piratería, y llega a amenazar la península italiana y asolar las costas españolas.

Esta situación obliga a Carlos V a movilizar sus tropas para pararle los pies. No fue una campaña única, sino una serie de episodios bélicos que se prolongaron en el curso del tiempo. Carlos lanzó dos grandes operaciones, la primera contra Túnez, que logró conquistar en 1535, incorporando esta tierra a su imperio; sin embargo, fracasó en su intento de tomar Argel en 1541. La consecuencia fue que la amenaza berberisca prosiguió en los años sucesivos, y que el poderío otomano en el Mediterráneo persistió hasta que en tiempos de Felipe II se logró la gran victoria de Lepanto.

Evitar el cisma, su gran fracaso

La reforma de Lutero tuvo consecuencias muy graves para Occidente, que por primera vez sufrió una división que rompió el mundo cristiano en dos bloques irreconciliables. Para Carlos I este fue un problema que marcó a fuego su reinado. El emperador consideraba que era fundamental preservar la unidad religiosa de la cristiandad. Lo creía una obligación, un deber insoslayable, y esto le llevó a mantener guerras continuas que fueron muy costosas, en lo militar y lo económico.

Al principio Carlos pretendió seguir la vía de la negociación y la conciliación, hasta 1541. Después de esa

fecha emprendió la vía de la fuerza. Ambas fueron infructuosas. El emperador estaba cargado de razones jurídicas, la Dieta de Worms había condenado a Lutero en 1521 y era preciso reprimir el protestantismo, pero Carlos comprendió que lo ideal era que un concilio ecuménico abordase el conflicto, asumiera las pretensiones reformadoras de Lutero que fueran razonables y restableciera la unidad cristiana. Nunca llegó a convocarse, y por eso los príncipes alemanes, en la Dieta de Spira de 1526, decidieron conceder libertad a sus Estados para abrazar el protestantismo o permanecer católicos. La Alemania imperial era un conjunto muy diverso de principados, ducados, señoríos…, cada uno de ellos con sus propios intereses, con sus alianzas cambiantes y con la incertidumbre de la elección de nuevo emperador de forma periódica. Poner a todos de acuerdo parecía una tarea imposible.

El emperador decide dejar de lado su actitud conciliadora y se propone someter a Lutero aplicando los decretos de Worms, pero los príncipes protestantes reaccionan creando la Liga de Smalkanda. En este punto del conflicto, las razones religiosas estaban fuertemente impregnadas de motivos políticos. El conflicto armado estaba a la vuelta de la esquina. Hubo intentos de llegar a un acuerdo, pero fracasaron. La Iglesia romana, por fin, convocó el concilio de Trento de 1545, pero los luteranos, sencillamente, no acudieron. La ruptura de la cristiandad en dos se había consumado.

Carlos I se pone en campaña, moviliza su ejército y lo dirige contra uno de los principales adalides protestantes, el duque de Sajonia, y le inflige una derrota en la célebre batalla de Mühlberg de 1547. El emperador había logrado mantener la unidad política del Sacro Imperio Germánico, pero la unidad religiosa estaba perdida para siempre.

Carlos, un hombre profundamente religioso, vivió esta situación con amargura y consideró que había fracasado en la principal tarea de su vida. Probablemente esto influyó para que al año siguiente abdicara y decidiera retirarse a

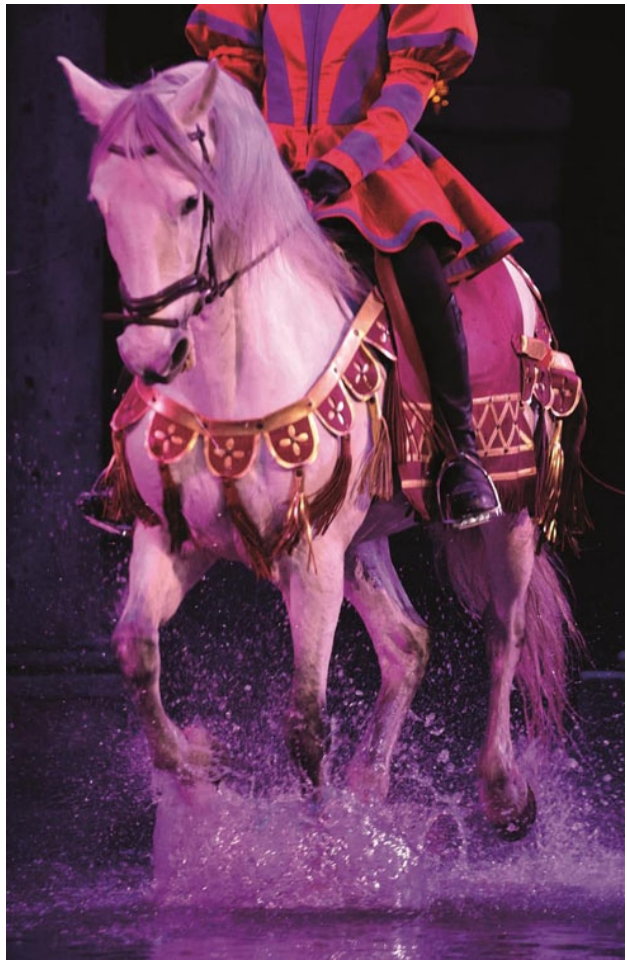
pasar sus últimos tiempos en el monasterio de Yuste.

Carlos I en Yuste

San Jerónimo de Yuste es un pequeño monasterio enclavado en una zona rústica de la comarca de la Vera, en Cáceres. Al ser elegido por el emperador como lugar para su retiro, se emprendió la construcción de un palacio, anexo a las dependencias monásticas, destinado a ser su última residencia, hasta que falleció en 1558.

Cuando hubo de legar sus posesiones, probablemente comprendió cuál había sido su error: ligar sus intereses dinásticos en Europa a los intereses de la nación española. Por eso decidió que su sucesor e hijo primogénito, Felipe II, heredera todos sus reinos, pero no el imperio, que recayó en su hermano Fernando I de Habsburgo. Pero todos los problemas que habían estado presentes durante su reinado siguieron vivos en tiempo de Felipe: la amenaza en el Mediterráneo, la pugna con Francia, la cuestión protestante… y además surgió uno nuevo: Flandes. El condado, integrado en los países bajos españoles, estaba dividido en dos sectores, al sur el área valona, de lengua francesa y religión católica, al norte el área neerlandesa, protestante y de lengua germánica. Los Países Bajos se convertirían en un perpetuo dolor de cabeza para Felipe II y sus sucesores.

Carlos I, el monarca más poderoso de su tiempo, fue un hombre íntegro, firme en sus convicciones, que sostuvo con todas sus fuerzas. Quiso implantar una monarquía universal cristiana y fracasó, probablemente porque era una pretensión utópica. Comenzó su reinado siendo un monarca extranjero y finalizó sus días plenamente impregnado del espíritu hispano.



10
Felipe II y El Escorial

(siglo XVI)

Lo asesinó la Leyenda Negra. Su secretario puso las armas. Inglaterra fue su sayón.

Promotor de la Liga Santa contra los turcos y vencedor de la batalla de Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los siglos», según lo escribe Miguel de Cervantes; impulsor de la Contrarreforma católica; esposo infeliz de María de Inglaterra y víctima de la Leyenda Negra de los países protestantes; dueño de un imperio inmenso, más grande aún que el de su padre, dando su nombre a un país de Asia; rey de Portugal, de Sicilia y de las Indias; sin suerte en Flandes; gran promotor de las ciencias; continuador de la implantación de hospitales y universidades en América; eterno rival de Francia; constructor de El Escorial; rey misterioso, de mil rasgos, cuya gesta marcó el destino de las Españas.

El rey prudente

Felipe II, primogénito de Carlos I y de Isabel de Portugal, nació en 1527 en Valladolid. Era el heredero de la Corona y, como tal, recibió desde niño una esmerada educación humanista, aunque le interesaban más las matemáticas y la arquitectura. Su padre se ocupó también de que desde niño se familiarizase con los asuntos de gobierno, que en aquella época eran para España extraordinariamente complicados, dada la extensión y la diversidad de las tierras que dominaba la Corona.

Los numerosos retratos que de él hicieron grandes maestros de la pintura han transmitido una imagen bastante fiel de su apariencia. Era rubio y de ojos azules, con rasgos regulares, complexión atlética aunque nunca fue proclive al ejercicio físico, estatura mediana, y un rostro armonioso cuya única «tara» era un labio inferior muy carnoso, característico de todos los Austria.

Cuando Carlos I abdicó y se retiró a Yuste, Felipe heredó el trono, en 1556, aunque ya llevaba años implicado en asuntos de Estado. El emperador le había hecho rodearse de eminentes consejeros, como el cardenal Silíceo, el duque de Alba, el cardenal Tavera de Toledo o el cardenal Granvela. Pero Felipe prefirió buscar un asesor en alguien que no perteneciera a la nobleza, tal vez pensando que así no sería dominado por intereses particulares, y tomó como secretario personal al aragonés Gonzalo Pérez y, a la muerte de este, a su hijo Antonio, un error que más tarde habría de causarle graves disgustos.

Felipe se casó cuatro veces, primero con María Manuela de Portugal, que le dio un hijo, el príncipe Carlos, que tantos sinsabores traería a su padre; después con María Tudor, hija de Enrique VIII de Inglaterra; posteriormente con Isabel de Valois y, por último, con Ana de Austria, con quien concibió al futuro Felipe III. A diferencia de su padre no tuvo aventuras amorosas ilegítimas y sus sucesivos matrimonios, siempre tras enviudar, respondieron a razones de Estado y a la necesidad de tener un heredero varón.

Todos los cronistas coinciden en que el carácter de Felipe era austero y reservado. En algunas ocasiones sus enemigos lo atribuyeron a puro orgullo, lo cual es en buena medida falso. Fue una persona poco expansiva y, a diferencia de su padre, no poseía «ardor guerrero». La única vez que vistió una coraza fue en la batalla de San Quintín, y se guardó mucho de acercarse a la línea del frente.

Fue llamado el «rey prudente», lo cual es un apelativo de doble filo, porque pese a su apariencia elogiosa, el adjetivo también se refiere a que le costaba mucho tomar decisiones sin antes haberlas estudiado en profundidad, lo

cual retrasaba la acción de gobierno e impedía las reacciones enérgicas. Lo cierto es que fue un monarca permanentemente enterrado entre papeles, pues pedía informes de todo para estudiarlos a fondo antes de aprobar cualquier decisión.

La guerra con Francia. San Quintín (1557)

A lo largo de los siglos España y Francia han sido, alternativamente, aliados y enemigos. En este momento tocaba lo segundo, y la causa fue el matrimonio de Felipe con María Tudor. El heredero de Castilla y Aragón sería sin duda el príncipe Carlos, pero si Felipe hubiera tenido un hijo con María, este hubiera sido el futuro rey de Inglaterra y Países Bajos. Eso representaba una amenaza cierta para Francia, cuyo rey, Enrique II, se apresuró a establecer una alianza con Roma y con los turcos, y comenzó a hostigar a España en Italia, Navarra y el Mediterráneo.

Estalló la guerra, y cuando los franceses penetraron en Italia mandados por el duque de Guisa, el duque de Alba atacó los Estados pontificios y Filiberto de Saboya, al frente de un ejército español, penetró en la misma Francia. En 1557 se produjo la batalla de San Quintín, en la que España obtuvo un claro triunfo, y acto seguido se ocupó la ciudad francesa de este nombre.

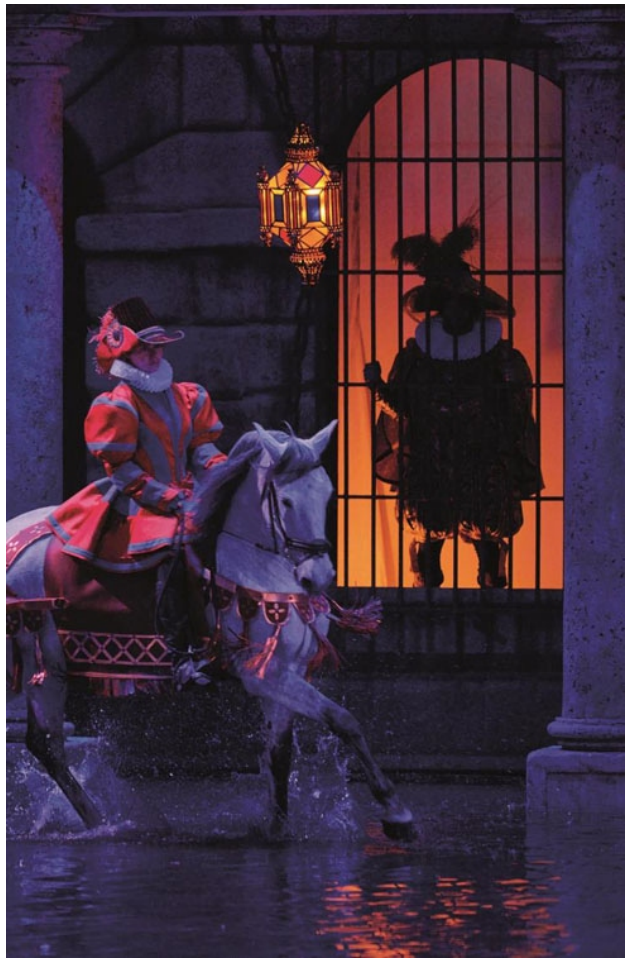
El conflicto concluyó con el tratado de Cateau-Cambresis, de 1559, que establecía una provisional hegemonía española. Para conmemorar el triunfo de San Quintín, Felipe II mandó erigir el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, al noroeste de Madrid.

Más adelante Felipe debió volver a implicarse en los asuntos franceses, interviniendo en el conflicto desatado en el país vecino entre católicos y hugonotes durante la regencia de María de Médicis, en el curso del cual se produjo la célebre matanza de la Noche de San Bartolomé. El rey español, que había heredado la defensa del catolicismo de su padre el emperador, no podía consentir que en el trono francés se sentara un protestante. El problema se solucionó cuando el pretendiente a la Corona

de Francia, Enrique de Borbón, abjuró del calvinismo. En aquella ocasión se acuñó la célebre frase «París bien vale una misa».

La guerra contra el turco. Lepanto (1571)

Ya vimos como el imperio otomano constituía una amenaza permanente para la Europa cristiana desde muchas décadas antes, no solo en el Oriente del continente, sino también en el Mediterráneo. Argel era su posición avanzada y desde esta base los berberiscos asolaban periódicamente las costas e islas de los Estados cristianos. España, además, tenía en su interior una «quinta columna» muy inquietante, los moriscos que habitaban el sur de la península, sobre todo en el antiguo reino de Granada.



Los turcos lanzaron una gran ofensiva que sitió por mar la isla de Malta, se apoderaron de Túnez e intentaron conquistar Chipre. Los más amenazados eran la república de Venecia (tradicional dominadora del comercio con Levante que poseía una sólida base en Chipre), la Santa Sede, defensora del cristianismo, la Orden de Malta, también expuesta a los otomanos, y España, por el problema de los moriscos. Todos ellos se unieron en la Santa Liga, a la que también se incorporaron Saboya y Génova, y fletaron una armada que se hizo a la mar al mando de don Juan de Austria, el reputado militar

hermanastro de Felipe II.

El encuentro se produjo en el golfo de Lepanto, al sur de Grecia, entre dos flotas de fuerzas similares en barcos y hombres. Tras un intenso cañoneo las armadas chocaron y se desató un durísimo combate nave contra nave. En esas circunstancias las tropas de infantería cristianas, especialmente los tercios españoles con sus largas picas, resultaron letales y decantaron la victoria de la Liga. El triunfo fue resonante, el poderío turco quedó seriamente dañado y el prestigio de Juan de Austria y Felipe II creció como la espuma.

El conflicto de Flandes. La guerra de los Ochenta Años (1568-1648)

Flandes, la tierra natal de Carlos V, se convirtió en un problema casi insalvable para Felipe II desde el inicio de su reinado. Felipe había nombrado gobernadora a su tía Margarita de Austria, asesorada por el cardenal Granvela, y había dejado de lado a la nobleza flamenca, encabezada por Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que quedó descontenta. Sin embargo, el problema principal fue el auge del protestantismo en las provincias del norte.

Los calvinistas comienzan a protagonizar algaradas y levantamientos que Margarita trata de superar mediante la negociación, pero cuando las cosas comienzan a ponerse feas Felipe II decide acabar con el conflicto por la fuerza y envía un ejército mandado por el duque de Alba. Este dictó normas drásticas para reprimir la «herejía» y estableció los Tribunales de Tumultos, que los neerlandeses llamaron «tribunales de sangre» a raíz de que dos destacados nobles, Egmont y Horn, fueran condenados, ajusticiados y sus propiedades incautadas. Estos hechos enconaron aún más el conflicto. Los flamencos pidieron ayuda al principal país protestante, Inglaterra, cuya reina Isabel I no perdía ocasión de perjudicar a España. Después del duque de Alba es enviado Luis de Requesens, bajo cuyo mandato se produjo el hecho que volvió la situación irreversible: el saqueo de Amberes en 1576 por las tropas mercenarias españolas, que

llevaban largo tiempo sin recibir sus pagas.

Con la situación fuera de control llegan sucesivamente Juan de Austria, que volvió a intentar infructuosamente la vía de la negociación, y Alejandro Farnesio, que inicia el único camino capaz de apaciguar en parte la situación: la segregación del país en dos partes: al norte los Países Bajos, protestantes y de lengua germánica, y al sur lo que sería la actual Bélgica, católica y de lengua valona. Pero el problema seguiría vivo con los sucesores de Felipe II.

Se ha dicho que el conflicto de Flandes era de naturaleza ideológica, por la división religiosa y por la intransigencia española frente a la «herejía», pero más bien se trataba de una guerra propagandística. La descalificación del enemigo por parte de los flamencos tuvo una influencia enorme y dio origen a la Leyenda Negra. Felipe II fue presentado como un demonio despiadado, algo a lo que contribuyó sin duda su célebre austeridad y sus vestimentas siempre negras. La propaganda dice que Felipe era un tirano sanguinario que no vaciló en hacer asesinar a su propio hijo, el pueblo español un rebaño de fanáticos religiosos dominados por curas e inquisidores, la conquista de América un acto ilegítimo que derivó en un verdadero genocidio… Todo ello es falso o muy discutible, pero lo cierto es que la Leyenda Negra se impuso en el ámbito protestante del norte de Europa, y todavía colea en nuestros días pese al esfuerzo de los historiadores por poner las cosas en su sitio.

El conflicto de Flandes, además, dio inicio a otro enfrentamiento de gran magnitud que debió emprender Felipe II.

La guerra de Inglaterra y la Armada Invencible

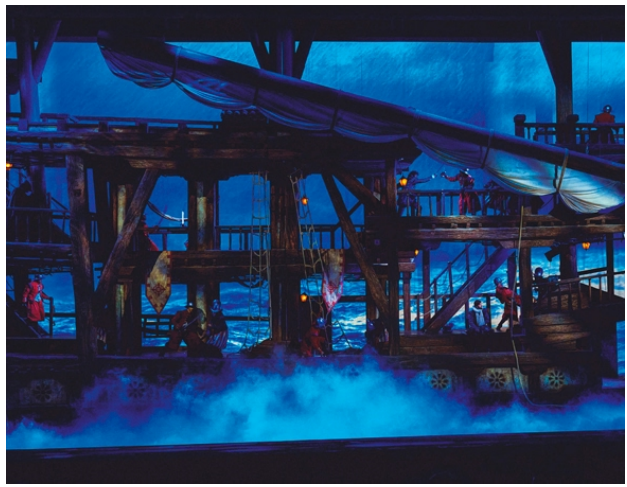
Vaya por delante que el nombre de Armada Invencible se lo inventaron los propios ingleses, porque en España se llamó simplemente Gran Armada. Las relaciones de Felipe II con Inglaterra comenzaron siendo muy cordiales, sobre todo en el tiempo en que estuvo casado con María Tudor y fue rey consorte de Inglaterra. María era hija de Catalina de Aragón

y, por tanto, católica, e intentó revertir el anglicismo extremo que imperaba en el reino, implantado por Enrique VIII. Pero tras la muerte de esta, llegó al trono su hermanastra Isabel I, hija de Ana Bolena, que era ferviente anglicana y enemiga de España. Entre ambos reinos no existía una guerra declarada, aunque la Corona inglesa amparaba la actividad de ilustres corsarios, como Francis Drake o John Hawkins, especializados en saquear las flotas de Indias que transportaban el oro y la plata americanos a España.

El conflicto armado se inició cuando Felipe II intenta privar a los rebeldes flamencos de sus fuentes de apoyo inglesas. Para ello, decide reunir una gran armada que debería trasportar los tercios españoles mandados por Alejandro Farnesio, acantonados en los Países Bajos, desembarcarlos en Inglaterra y dominar el país, para lo que contaba con el apoyo de los rebeldes irlandeses y de los católicos de Inglaterra. Felipe II no pretendía apoderarse de Inglaterra, sino imponer en el trono a la reina escocesa María Estuardo, que era católica, eliminando a la incómoda Isabel. Cuando esta hizo aprisionar a María y la mandó decapitar, los planes de invasión de Felipe no variaron.

La armada que se reunió en Lisboa era ciertamente poderosa, entre buques de guerra y de transporte. Estaba al mando el experimentado Álvaro de Bazán, pero este falleció poco antes de la partida y fue sustituido por el menos avezado duque de Medina Sidonia. Inglaterra se defendió con una doble maniobra: una flota mandada por Francis Drake puso sitio a Cádiz, a fin de distraer a parte de la armada española, y los rebeldes flamencos se apresuraron a entorpecer el embarque de los tercios estacionados en Flandes. Pero el desastre se consumó cuando una intensa tormenta dispersó los barcos españoles en el Canal de la Mancha, naufragando algunos y debiendo arribar a la costa inglesa otros, donde fueron atrapados. El resto de la flota navegó hacia el norte para bordear Inglaterra y regresar a España por Irlanda.

El fracaso de la armada tuvo menos efectos materiales que propagandísticos, ya que fue celebrado por los ingleses como un gran triunfo, envalentonó a los rebeldes flamencos y menoscabó la fama de imbatible que tenía Felipe II desde Lepanto.



La muerte del príncipe don Carlos

La trágica existencia del primogénito de Felipe II discurre entre la historia y la leyenda. Era hijo de María Manuela de Portugal, la primera esposa de Felipe II. Entre ellos había un elevado grado de consanguinidad, puesto que los dos eran nietos de Juana la Loca y ella era, además, hija de una hermana de Carlos I. Probablemente esa sea la razón del físico enfermizo y los desarreglos mentales de don Carlos. Los cronistas dan cuenta de sus extravagancias, que afloraron ya desde la niñez. Se educó en Alcalá de Henares junto a otros nobles, entre ellos Juan de Austria, pero no destacó ni en los estudios ni en las prácticas físicas, lo cual debió enconar su espíritu esquinado. Pese a todo, fue designado heredero del trono de España por las Cortes y hubiera sucedido a Felipe a su muerte.

Estando en Alcalá sufrió un importante accidente al caer rodando por una escalera cuando una noche acudía al cuarto de una criada, y se hirió gravemente en la cabeza.

Estuvo a las puertas de la muerte, pero logró recuperarse. Entre tanto los diplomáticos españoles estaban buscando una dama de la realeza europea para casarle, llegándose a hablar de la escocesa María Estuardo. Pero don Carlos no entendía ni acataba el sentido de un matrimonio de Estado, negándose a una boda con una mujer mayor que él y, además, viuda. Felipe se proponía nombrarle gobernador de Flandes, pero demoraba su decisión, preocupado por las escasas cualidades de su hijo para asumir esa responsabilidad.

Entonces Carlos desarrolló por su padre una antipatía que derivó en odio, pues se quejaba de que ni le otorgaba las mercedes debidas a su condición de heredero ni le amaba. Trabó amistad con el embajador flamenco, el barón de Montigny, que vio en el joven perturbado una posibilidad para hacer daño a Felipe y alentó al príncipe a que se fugase a Flandes y se apoderase de su gobierno por la fuerza. Carlos pidió su complicidad al príncipe de Éboli. Este informó al rey y se frustró el intento. Buscó conspirar contra su padre de todas maneras posibles, algunas descabelladas, como pedir a Juan de Austria que le llevase a Italia, prometiéndole que cuando fuera rey le daría la Corona de Nápoles.

Felipe ya no pudo disimular más la crisis, aunque ese hubiera sido su deseo. Hizo detener al príncipe y le aprisionó en el alcázar de Madrid. Allí murió meses después. No existe la certeza de que Felipe hubiera tenido nada que ver con esta muerte, pero desde el principio este rumor se extendió por todas partes y los promotores de la Leyenda Negra encontraron un nuevo argumento para seguir denigrando al rey de España.

Este triste y trágico episodio tuvo al menos una derivación positiva. Siglos después, en pleno romanticismo, fue el tema de un conocido drama de Schiller, que además fue el origen de *Don Carlo*, la célebre y bella ópera de Giuseppe Verdi.

La conspiración de Antonio Pérez y la princesa

de Éboli

Antonio Pérez fue un personaje verdaderamente singular. Hijo del secretario real Gonzalo Pérez, se crio en las cercanías de Pastrana, señorío del príncipe de Éboli, de quien se hizo amigo. Estudió en Alcalá y en Salamanca, además de otras prestigiosas universidades europeas. El príncipe de Éboli le introdujo en la corte, donde comenzó a demostrar sus dotes de intrigante. Ayudó a su mentor en su enfrentamiento con el duque de Alba y, cuando murió su padre, le sustituyó en la secretaría del reino con el apoyo de Éboli.

En 1578 se produjo el asesinato de Juan Escobedo, secretario de Juan de Austria, que entonces estaba en Flandes. Todo apuntaba a que el promotor del crimen había sido Antonio Pérez, posiblemente para evitar que Escobedo revelase al rey sus amoríos clandestinos con la bella princesa de Éboli. Pero además, por aquel tiempo el rey Felipe ya tenía en la cabeza la idea de liberarse de su secretario. Había descubierto su carácter falaz y que no vacilaba en usar en su propio provecho los secretos de Estado a los que había accedido en razón de su cargo. Se inició un proceso cuya consecuencia fue la prisión de Pérez y el destierro a Pastrana de la princesa.

En 1590, Antonio Pérez logró fugarse de la cárcel de Madrid vestido de mujer. Llegó a Calatayud, donde invocando su condición de aragonés logró pasar a la jurisdicción del Justicia Mayor de Aragón. Felipe II, conforme a las leyes de los reinos de Castilla y Aragón, no podía hacer nada. En los años siguientes Pérez no dejó de intrigar contra Felipe. Promovió varias algaradas de diversa importancia y llegó a organizar una invasión del reino desde el sur de Francia, de la que Felipe II estaba bien informado y pudo desbaratar. Entonces Pérez pasó a Inglaterra, a la corte de Isabel I, donde publicó unas *Relaciones*, un libelo donde se injuriaba la imagen de Felipe II y que contribuyó a acrecentar la Leyenda Negra. En Francia siguió conspirando para alentar a Enrique IV a la invasión de España. Murió en París en 1611 después de una vida que parece verdaderamente una novela de aventuras.

El monasterio de El Escorial

La «prodigiosa fábrica de El Escorial», así fue llamado en alguna ocasión el célebre monasterio de la sierra de Madrid. Fue un empeño personal de Felipe II, que quiso erigir un monumento concebido a la mayor gloria de su dinastía. No era un palacio real, sino una institución de carácter religioso: monasterio, basílica, seminario y mausoleo, en el que el rey disponía de unas estancias personales muy austeras. El Escorial fue erigido para

conmemorar la gran victoria de San Quintín, obtenida justamente el día de San Lorenzo.

El monasterio pretendía ser un reflejo de la grandeza de España bajo la dinastía de los Austria, y por eso debía poseer una monumentalidad que deslumbrara a sus visitantes. Pero, al tiempo, la construcción debía ser un reflejo acorde con el espíritu de sobria austeridad del monarca y su corte, y para ello el estilo «herreriano» era el más adecuado.

El nombre «herreriano» alude a Juan de Herrera, el arquitecto que lo construyó, aunque el inicialmente seleccionado y autor del proyecto fue Juan Bautista de Toledo, formado en Italia y fallecido casi en los inicios de la construcción. Herrera había viajado por diversos países europeos y poseía una sólida formación humanista y matemática que aplicó con eficacia a su trabajo. Respetó en gran medida la planta trazada por Juan de Toledo, pero concibió personalmente la distribución de espacios y volúmenes. Siguiendo los deseos de Felipe II, dotó a El Escorial de sobria majestad: muros desnudos de decoración, factura clásica, armonía geométrica en sus líneas…

El monasterio fue ocupado en los primeros tiempos por la Orden de los jerónimos, muy vinculada a los Austria, puesto que también eran los regentes del monasterio de Yuste, donde acabó sus días el emperador Carlos. A sus funciones de monasterio y basílica se unieron otras importantísimas, no solo la de mausoleo real, sino también centro cultural sustentado en una vasta y rica biblioteca, así como en una rica colección artística.

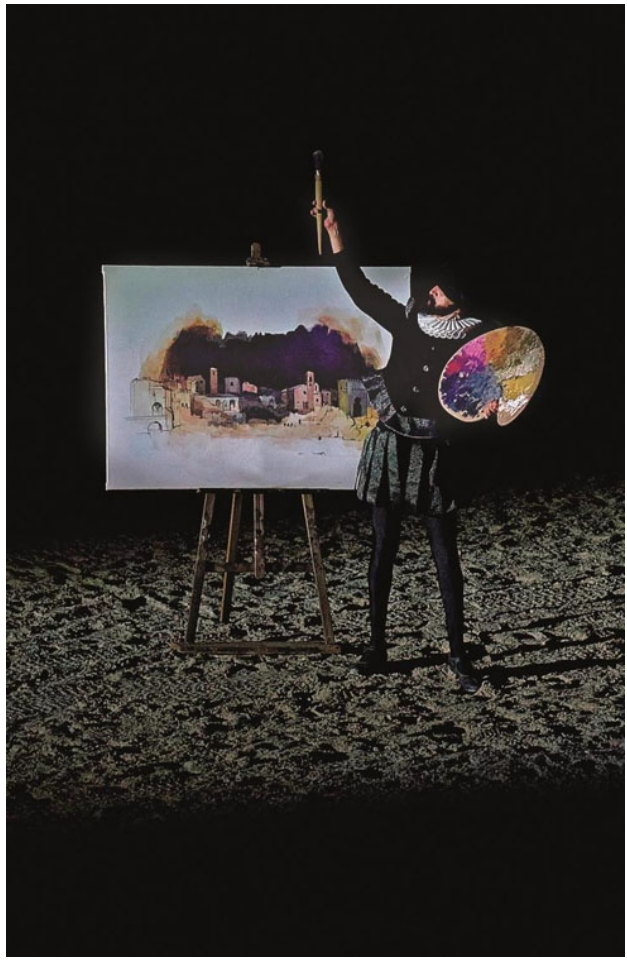
La basílica está precedida por un vasto patio cuadrangular, llamado de los Reyes, por las grandes estatuas de reyes bíblicos de Israel que se emplazan sobre su pórtico. Sobre el mismo se alza un frontón de tímpano clásico. A los lados se alzan dos altas torres campanario, de planta cuadrangular, rematadas con cúpulas y agujas. El interior es de planta de cruz, con altísimas naves sobre gruesos pero esbeltos pilares. Posee una gran cúpula sobre el crucero y un cabecero en el que destaca su gran retablo,

a cuyos lados están emplazadas en sendos nichos los grupos escultóricos familiares de Carlos I a un lado y Felipe II al otro, obra de León y Pompeo Leoni. La biblioteca posee también grandes proporciones y está decorada con pinturas al fresco tanto en sus muros como en la bóveda de cañón. El mausoleo ha acogido ininterrumpidamente los cuerpos de reyes y reinas de España desde su creación hasta nuestros días, empezando por el del propio Felipe II.

La decoración pictórica del monasterio tuvo sus dificultades. El autor favorito del rey, Navarrete el Mudo, había muerto; el Greco fue rechazado por razones que veremos más adelante. En estas circunstancias Felipe II se decidió por encomendar las pinturas del retablo de la basílica, los frescos del coro y de la biblioteca, las salas capitulares y la sacristía, a un grupo de pintores manieristas italianos: Federico Zuccaro, Luca Cambiaso, Rómulo Cincinato, Pellegrino Tibaldi y alguno más. El resultado no está a la altura de la majestuosidad del monasterio y, con la excepción de Tibaldi, seguidor de la tradición de Miguel Ángel, no posee la grandeza que hubiera sido precisa.

A diferencia de la decoración pictórica de sus dependencias, el monasterio posee una espléndida colección de pinturas, entre las que figuran obras de Tiziano (con un magnífico *Martirio de San Lorenzo*), el Greco, el Bosco, Patinir, Van Dyck, y de épocas posteriores, Veronés, Guercino, Ribera, Carreño Miranda, Velázquez, Zurbarán, Alonso Cano, etcétera.

El reino de Felipe II constituye, probablemente, el periodo de mayor poderío e influencia de España en el mundo. Y no solo en Occidente, sino también en América, donde se estaba construyendo un orden nuevo a través de la conquista, la colonización y la evangelización. A su reinado siguió un periodo al que se ha llamado, de forma un tanto injusta, de los Austria «menores». Pero en este periodo de lento declive político se producirá la que es posiblemente la mayor eclosión de talento de las artes españolas: el Siglo de Oro.



11

El Toledo espiritual del Greco

(1541-1614)

¿Por qué el Greco se asentó en Toledo? Quizá porque allí se encontraba Jerónima de las Cuevas, su amante, en cuya mansión viviría momentos de felicidad y a la que pintaría como la dama del Armiño. Quizá porque la relación con Felipe II no fue la esperada, después del primer encargo que tuvo para la basílica de El Escorial. Quizá, más bien, porque encontró en Toledo la ciudad que le correspondía. Le enamoraron sus cielos, su silueta, y más: una idiosincrasia y una espiritualidad muy especiales, que él sublimaría en sus pinturas. La ciudad era para él como él para la ciudad. Así es la historia de un genio griego, pintor de iconos ortodoxos a la par que alumno de Tiziano, que quedaría para siempre asociado a la ciudad imperial bajo el apodo del Greco.

Doménico Theotocopóulos era natural de Creta, isla mediterránea que por aquel entonces era un dominio de la república de Venecia. ¿Cómo llegó a convertirse en el pintor «español» más destacado de la segunda mitad del siglo XVI y en un símbolo de la ciudad de Toledo?

De joven fue un pintor de talento incipiente y por esa razón viajó a la capital veneciana para proseguir su

formación. Allí estudió en el taller de Tiziano, del que asimiló el uso del color. Pasó a Roma, donde continuó gestando su peculiar estilo en el entorno del palacio Farnesio.

Su pintura, tan «especial», no encajaba bien en el ambiente academicista romano, en un periodo en el que la memoria muy reciente de Miguel Ángel y Rafael poseía un gran peso. Al parecer, Doménico emitió alguna opinión atrevida sobre la Capilla Sixtina que le enemistó con sus colegas. En concreto, en el tiempo en que el papa Pío V encargó al pintor Daniele da Volterra que cubriese los desnudos de la célebre capilla con pequeñas vestimentas para evitar una visión que le resultaba escandalosa, dijo públicamente que él podría rehacer partiendo desde cero toda la capilla con tanto talento como había demostrado el difunto maestro. Aquella afirmación fue seguramente una simple jactancia «juvenil» de un pintor deseoso de llamar la atención. Lo malo fue que lo logró, pero de forma negativa. Miguel Ángel era por aquel entonces venerado en Roma…, en realidad lo es todavía en los tiempos presentes. Y con razón. El Greco tan solo consiguió que los ambientes artísticos romanos mostraran su repulsa y le pusieran en entredicho.

En esta situación tan poco favorable, recibió el consejo de Luis Castilla, hermano del deán de Toledo que vivía en Roma, que le recomendó instalarse en la ciudad castellana, una de las mayores de España, y forzado por las circunstancias decidió seguir el consejo.

Un lamentable desencuentro

Instalado ya en Toledo, tuvo la oportunidad de convertirse en el principal decorador pictórico del monasterio de El Escorial. Felipe II buscaba pintores para la decoración de su magno proyecto. Uno de los candidatos de mayor peso fue ese maestro de origen griego, formado en Venecia, que se estaba forjando un gran prestigio en Toledo. Al igual que otros de sus colegas, el Greco recibió un encargo real para

pintar un lienzo de gran formato para la decoración del monasterio, en principio destinado a presidir el altar de una de las capillas laterales de la basílica: *El martirio de San Mauricio*.

El resultado del encargo fue desalentador para ambos, el rey y el pintor. A Felipe II no le acabó de gustar el cuadro, y el artista debió regresar a Toledo habiendo perdido una gran oportunidad, la de convertirse en pintor de corte del reino más poderoso de su tiempo. En los tiempos presentes no resulta extraño hacerse la reflexión de cuánto podría haberse beneficiado el extraordinario monasterio si el responsable de su decoración pictórica hubiera sido el Greco en vez de los que prefirió el rey de España, los muy académicos Pellegrino Tibaldi, Bartolomé Carduccio, etcétera. Pero, ¿por qué no gustó el Greco al rey de España?

El martirio de San Mauricio, el cuadro que ejecutó el maestro cretense para el monasterio y que suscitó el rechazo de Felipe II, tiene una composición poco académica. El cuadro representa un episodio de la historia de la religión en la época de las persecuciones de los primeros cristianos en Roma. Mauricio, centurión de la legión tebana, había hecho profesión pública de su fe cristiana en un tiempo en que esta era objeto de persecución. Junto con sus hombres, fue presionado para abjurar de sus creencias y a hacer sacrificios a los dioses paganos del imperio. Tras consultar a sus capitanes, y de acuerdo con estos, Mauricio decidió reafirmarse en su fe y negarse a las pretensiones de sus superiores, a causa de lo cual fue degollado junto con sus principales soldados.

En el cuadro, en el primer plano a la derecha se observa a Mauricio, que debate con sus capitanes si acatan o no una orden que repugna a su fe pero les permitiría salvarse. En segundo plano, a la izquierda, se representa la escena multitudinaria de los degollamientos. Sobre ellos, un grupo de ángeles y un foco de luz que, partiendo del cielo, ilumina la escena de las ejecuciones. Se ha dicho que este planteamiento de relegar la escena del martirio, que era al

fin y al cabo el tema del cuadro, disponiéndola en segundo plano detrás de la del debate de Mauricio y los capitanes, que aparece en primer término, le pareció a Felipe II poco «ortodoxo».

Pero probablemente la razón del rechazo fuera que al rey la vitalidad compositiva del cuadro, la paleta de colores de gama fría y la habitual leve desproporción anatómica característica del pintor le resultaron inadecuadas para la severidad «académica» que deseaba imprimir a la basílica escurialense. El resultado fue que Felipe II no volvió a encomendar otro encargo al Greco.

El Greco en Toledo

En su primer periodo toledano, entre 1577 y 1579, el Greco pintó ya algunas obras maestras, como el retablo de Santo Domingo el Antiguo, cuyo panel central es una *Asunción de la Virgen*. El cuadro, de armoniosa composición, se organiza en dos escenas separadas, dispuestas en las partes inferior y superior del lienzo. La Virgen, con gesto teatral y brazos abiertos, asciende a los cielos rodeada de ángeles, pisando la media luna característica de su representación. En la parte inferior se observa su sepulcro vacío, rodeado por diversos personajes, probablemente los apóstoles, que parecen debatir ardorosamente sobre lo sucedido. La imagen presenta la habitual gama cromática del pintor, de tonos rojos y azules, como el del manto de la Virgen, que domina la escena. Un factor destacado es que el cuadro está cuajado de personajes, tanto en su espacio superior como el inferior, en una especie de «horror al vacío» característico del estilo decorativo de su tiempo, el manierismo.

El expolio, pintado para la sacristía de la catedral toledana, representa la escena de la Pasión en la que los soldados se reparten las ropas de Cristo, que va a ser conducido a la cruz. La composición gira en torno a la figura del Mesías, que se sitúa en el centro vestido con un manto de color rojo que un judío se apresta a arrebatar. En la parte inferior, en una escena de gran patetismo, la Virgen, María Magdalena y María de Betania, contemplan

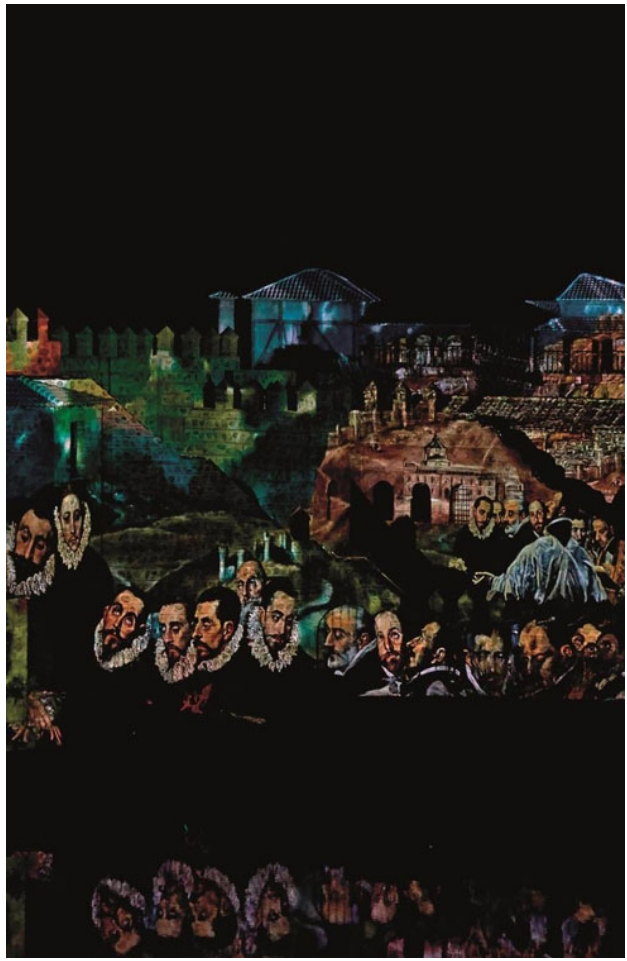
con sereno horror como un personaje se dispone a clavar en la parte más alta de la cruz el letrero INRI (Jesús Nazareno Rey de los Judíos). De nuevo toda la superficie del lienzo está cubierta por numerosos personajes. En el cuadro se pone de manifiesto el anacronismo en los vestuarios habitual del artista, consistente en representar a unos personajes con atavíos propios de la época del tema pictórico, la de la vida de Jesús, junto con otros que visten conforme a los usos de su propio tiempo, el siglo XVI. En concreto, el personaje que aparece a la izquierda de Cristo porta una reluciente coraza militar y gorguera en el cuello.

La obra capital tras su regreso a Toledo es un encargo de la iglesia de Santo Tomé, su parroquia, titulada *El entierro del señor de Orgaz*, una de sus pinturas más célebres. En ella se representa una escena «milagrosa» sucedida en el siglo XIV, en la que el alma del caballero Gonzalo Ruiz de Toledo es conducida directamente al cielo por un ángel en el momento de su entierro. De nuevo estamos ante un cuadro dividido claramente en dos mitades. En la parte inferior se observa un grupo ordenado de asistentes que se alinea tras la escena central, en la que distintos prelados y monjes sostienen el cuerpo exánime del difunto, vestido con una espléndida armadura. En la parte superior se representa una escena complementaria a la que los personajes de la parte inferior parecen ajenos: un ángel alza el cuerpo desnudo del caballero, es decir, su alma, a la presencia de Dios, que está rodeado por la Virgen y los fieles difuntos. Tan solo un clérigo, a la derecha de la escena, alza su vista a las alturas, como si intuyese el hecho sobrenatural. La composición es espléndida y el cuadro consigue crear una atmósfera patética y espiritual de gran intensidad.

Para la capilla de San José pinta tres lienzos: *San José y el Niño, San Martín a caballo* y *La Virgen y Santa Inés*. La imagen de San Martín a caballo, en el momento de partir su capa para entregar la mitad de la misma a un mendigo, es muy característica del pintor. Se impone la gama fría de colores, en este caso el verde de la manta que contrasta con el azul del cielo. La coraza y gorguera del santo son

vestimentas propias del tiempo del Greco, y la figura del mendigo representa claramente la desproporción anatómica habitual del pintor, que le lleva estilizar forzadamente los cuerpos, de cabeza pequeña, gran torso, brazos y piernas largos.

Otro de los cuadros más célebres del pintor es conocido popularmente como *El caballero de la mano en el pecho*. Se desconoce quién es este, pero por su atavío, traje negro y gorguera, la espada y su porte altivo, parece claramente un noble. Del cuadro se ha resaltado la sosegada pose del retratado y su empaque, así como la postura de su mano, que parece en situación de hacer un voto o juramento. Es un cuadro muy apreciado porque la imagen resulta sugerente y evocadora, representativa de la época de los Austria. La composición es singular, puesto que el caballero aparece retratado en un plano que abarca solamente la mitad superior de su cuerpo, cuando lo habitual era la representación de cuerpo entero. El caballero «devuelve la mirada» a los espectadores del cuadro, con gesto elegante de serena majestad.



Su obra cumbre es seguramente la *Inmaculada Concepción*, en la que las formas se distorsionan y se vuelven complejas, creando una atmósfera casi sobrenatural que la dota de máxima tensión. La composición del cuadro presenta una espiral de figuras de ángeles alados que va ascendiendo rodeando a la Virgen hasta que, en la coronación del cuadro, adopta forma circular, rodeando la representación del Espíritu Santo. La consecuencia de esta sofisticada puesta en escena es que el cuadro adquiere un gran dinamismo, que se desarrolla en torno al personaje central de la Virgen que, en contraste, tiene un aspecto

apacible, de éxtasis.

La obra del Greco no tuvo continuidad porque un estilo tan personal y complejo difícilmente podría hallar seguidores, aunque su influencia en la pintura española posterior es innegable. Durante largo tiempo su genio fue postergado, hasta que fue reivindicado por los escritores de la generación del 98, que supieron ver en él una genuina representación del carácter español.

La Toledo renacentista del Greco

La ciudad de Toledo vivió un nuevo momento de esplendor con el emperador Carlos I, que la declaró ciudad imperial y la dotó de un signo de identidad con el emblema del águila bicéfala de los Austria que luce la puerta de Bisagra. Esta fue la ciudad en la que el Greco desarrolló su talento. Carlos I reconstruyó el Alcázar Real, cuyo origen se remonta a época prerromana y que mantuvo su entidad, encaramado a la mayor altura de la ciudad, en época romana, visigoda, musulmana y medieval. El emperador, que se alojó en él durante sus estancias toledanas, encargó que fuera remodelado por los arquitectos Alonso de Covarrubias, Francisco de Villalpando y Juan de Herrera. El resultado fue un edificio sobrio y compacto, con aspecto de fortaleza, cuyo austero exterior contrastaba con su patio rectangular con arcadas en sus dos pisos y una majestuosa escalera.

El hospital de Tavera recibe su nombre del cardenal que ordenó su construcción. La inició Alonso de Covarrubias y la terminó Bartolomé Bustamante. Su exterior, de gran sobriedad, recuerda a los palacios florentinos por sus muros almohadillados, y representa con fidelidad el estilo del Renacimiento más puro. Tiene dos patios, con pórticos de arcadas columnadas que ocupan sus dos pisos de altura. La iglesia es de una sola nave, con una cúpula que se alza sobre un tambor. Bajo la misma está el sepulcro del cardenal Tavera, obra de Alonso Berruguete. El retablo del altar es, precisamente, de un hijo y discípulo del Greco, Jorge Manuel.

El hospital de Santa Cruz, a diferencia del anterior, se ubica en el interior de la ciudad. Fue una fundación del cardenal Mendoza. Su patio interior sigue los mismos principios constructivos que tiene el hospital de Tavera, con arcada porticada en sus dos pisos. Los arcos se distinguen porque no son de medio punto, sino alargados horizontalmente, lo que se llama «arcos carpaneles». Destaca especialmente su portada, debida a Alonso de Covarrubias. En su parte inferior está la gran puerta, enmarcada en un doble arco de medio punto, con decoración escultórica en el tímpano, sobre el mismo hay tras ventanales dispuestos de forma escalonada, también decorados con relieves. En la parte superior, sobre una techumbre, aparece una estructura distinta, con pequeñas torres a los lados que rodean cuatro ventanales enmarcados por columnas corintias, y sobre ellas un tímpano triangular de corte clásico.

El taller del Greco

En los talleres de los pintores intervenían muchos operarios, con distinto grado de formación, en el proceso de pintar un cuadro, desde fijar la pieza de tela, generalmente de lino, al bastidor y aprestarla para recibir la pintura, preparar los pigmentos y diluirlos en linaza, elaborar los pinceles… Todo ello se hacía a mano, como es lógico. Después comenzaba la obra, que el maestro había compuesto con anterioridad en diversos bocetos. Es bien sabido que la pintura del Greco no se basaba en el dibujo, sino que probablemente pintaría directamente después de trazar a grandes rasgos la composición.

En la elaboración de un cuadro no solo intervenía el propio maestro, sino que sus discípulos más diestros se ocuparían de las partes menos destacadas, aunque el remate final corriera a cargo del pintor que firmaba el cuadro. Es bien conocida, por ejemplo, la formación de Leonardo da Vinci en el taller de Andrea Verrocchio, en cuyo cuadro *El bautismo de Cristo*, uno de los ángeles que flanquean la escena por la izquierda, el que está más alejado, la

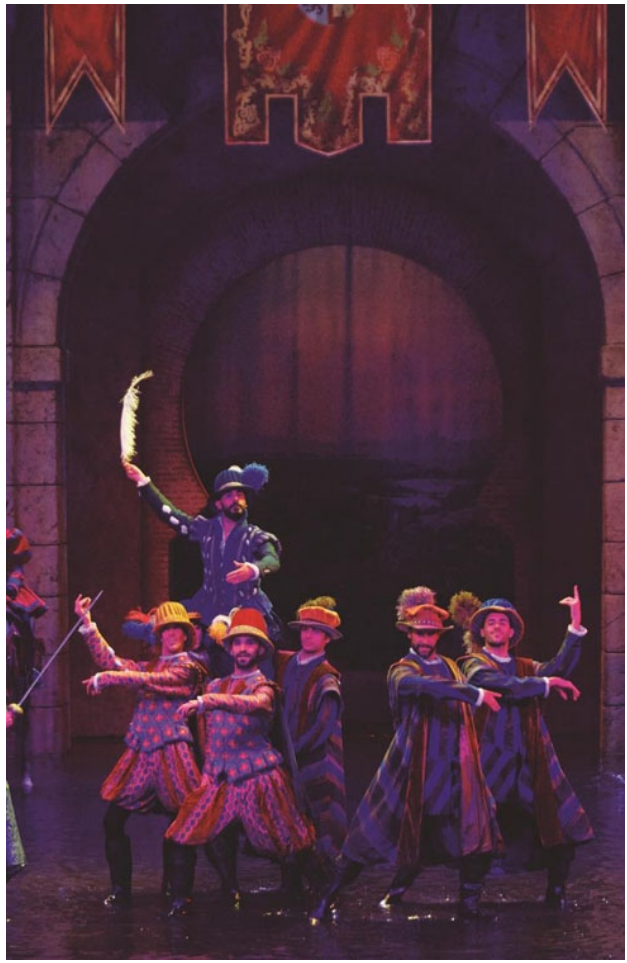
tradición atribuye a la mano de Leonardo, quizá por la dulzura de su rostro, que contrasta con la expresión más torturada del otro ángel y de las figuras de Cristo y San Juan Bautista.

En el caso del Greco, cuando el volumen de trabajo fue tan grande que era imposible que lo atendiera él solo, su taller se fue especializando en la creación de pinturas no atribuibles directamente al maestro. Además, la burguesía también demandaba sus obras, aunque carecía de poder adquisitivo para asumir sus altos precios. Por esa razón el taller del Greco comenzó a elaborar piezas de los discípulos que, al haber sido formados bajo la tutela del maestro, adoptaban su estilo. Un taller no era solamente el lugar físico donde el artista pintaba, sino que se llama así también al grupo de sus discípulos. En este caso, uno de los más destacados fue su hijo Jorge Manuel, a quien ya mencionamos como autor del retablo del hospital de Tavera.

El entorno en el que trabajó y vivió el Greco es el barrio que se extiende desde la iglesia de Santo Tomé hasta el río Tajo, cerca de la sinagoga del Tránsito. En él se encuentra en la actualidad el museo dedicado al pintor y se alza una estatua que conmemora su memoria.

El Greco fue uno de los más grandes pintores renacentistas, y además constituye todo un emblema de la ciudad de Toledo, una de sus principales señas de identidad. Su descomunal talento iba a marcar una de las etapas más brillantes de la pintura española. No se ganó el aprecio real, ni tampoco fue favorecido por el cabildo de la catedral toledana. Pero recibió el aprecio del pueblo devoto desde los primeros tiempos en que ejerció su oficio en Toledo. Su tratamiento de los asuntos religiosos era muy acorde con el espíritu de la contrarreforma y el misticismo activo de los grandes personajes de la época, con Santa Teresa de Ávila a la cabeza. Esto le llevó a ser requerido por monasterios, iglesias, hospitales, etcétera, que con sus incesantes encargos no solo le permitieron alcanzar un modo de vida acomodado, sino que en el curso del tiempo

le han convertido en una figura capital del manierismo pictórico en España.



12
El Siglo de Oro

(Siglos XVI y XVII)

Un marido furioso

Dorotea ama al joven poeta Fernando, que es pobre, y los padres de la moza, que no ven futuro en esa relación, deciden concertar a través de una alcahueta una cita de su hija con el rico indiano, Don Bela. El drama —o más bien tragicomedia— está servido, porque el poder del dinero y del prestigio se acaba imponiendo y la boda del indiano y la bella se consuma. Fernando, despechado y triste, deja Madrid y se instala en Sevilla. Pasan los años, Fernando regresa dispuesto a recuperar a su amada, riñe con Don Bela y le hiere. El viejo amor parece florecer de nuevo, pero, pronto, el mujeriego Fernando se encapricha de otra amante, Marfisa, y abandona a Dorotea. Tras la muerte de Don Bela a manos de unos espadachines, Dorotea, perdido tanto el amor verdadero como el interesado, acabará ingresando en un convento.

Oculto en el anonimato del patio del corral de la Cruz, Lope ha asistido a la representación de su comedia La Dorotea, *prestando tanta atención a lo que sucede en el escenario como a las reacciones que la obra suscita en el público, ya que la comedia, escrita en su madurez, rememora sus «pecados» de juventud. El público, sobre todo el que llena los palcos de los nobles y los destinados a regidores y autoridades, que recuerda*

aquel escándalo ya antiguo, ha disfrutado del espectáculo y no ha tenido empacho de prorrumpir en carcajadas en los pasajes más hilarantes de la comedia. Pero, si el noble retratado en ella como un indiano hubiera asistido a la función, no habría disfrutado de esa representación en la que su alter ego desempeña un papel tan desairado. Sabría perfectamente, como lo saben muchos de los presentes, que él es ese Don Bela ridiculizado en escena, que Fernando es el propio Lope y que Dorotea es la bella Elena Osorio, su esposa, que fue la antigua amante del escritor. Francisco Perrenot Granvela, sobrino del poderoso cardenal Granvela, aunque siempre supo que su matrimonio se debió al «celestineo» de los padres de su esposa, que la separaron del poeta por mera ambición e interés por entroncar con una casa de alcurnia, no podría soportar las burlas de aquel escritorzuelo desvergonzado.

La Edad de Oro de la literatura

Entre los siglos XVI y XVII se produce, sin duda, el periodo más espléndido de la literatura española. Se le conoce como «Siglo de Oro», que comienza en pleno Renacimiento y concluye ya en el Barroco. En él se escribe la obra más influyente y universalmente admirada, *El Quijote* de Cervantes, y se desarrolla un género narrativo específicamente español que también tiene repercusión en toda la literatura posterior: la picaresca. Pero no solo la narrativa alcanza un alto crecimiento, también la poesía y el teatro llegan a gran altura. Los autores generalmente practican las tres especialidades, aunque brillen sobre todo en una de ellas.

El impacto de *El Quijote* fue descomunal, desde que se publicó en 1605 no cesaron de aparecer reimpresiones, se tradujo al inglés apenas siete años después (un plazo verdaderamente asombroso para la época) y desde entonces ha sido vertida a la mayoría de las lenguas de todo el mundo, y se sigue reeditando y leyendo. Los más grandes escritores de todas las lenguas literarias, desde entonces hasta hoy, han mostrado su admiración unánime por la obra que se considera iniciadora de la novela moderna y han reconocido su deuda hacia ella. El teatro no le va a la zaga, y las comedias de Lope de Vega compiten en plano de

igualdad con la dramaturgia inglesa del periodo isabelino, que fue su contemporáneo, en el que brilló el gran Shakespeare. La poesía alcanzó niveles de sofisticación insospechados, con talentos como Quevedo y Góngora. Una época, en suma, cuyos logros a día de hoy parecen imposibles de igualar.

El siglo XVII en las artes está marcado por la contrarreforma religiosa. El mundo cristiano quedó dividido por una brecha irreconciliable, la que separa el ámbito protestante del norte con el católico del sur. España se vio profundamente afectada y eso se contagió a su producción literaria. La melancolía que genera el sentimiento de pérdida se refleja en la literatura, que experimenta una transformación muy significativa: la que confronta la majestuosidad algo grotesca del caballero, don Quijote, cuya cabeza está llena de falsas grandezas, con la tozudez realista del escudero. Lo mismo sucede en el arte, que de la sobriedad renacentista pasa a la sofisticación y el dinamismo de las formas del Barroco. El lenguaje poético, del mismo modo, se vuelve complejo y sofisticado, lleno de figuras retóricas y giros estilísticos que, si bien favorecen la riqueza de su intensidad expresiva, en ocasiones conducen a la artificiosidad.

Comenzaremos nuestro recorrido del Siglo de Oro por el teatro, en el que brillaron especialmente dos autores, Lope de Vega y Pedro Calderón de la Barca.

Lope de Vega (1562-1635)

Lope de Vega y Carpio tuvo una vida intensa y ajetreada, y no solo por su conocida relación tempestuosa con las mujeres. Nació en Madrid en 1562 en una familia humilde de origen cántabro, cosa que no debía gustarle, porque en la madurez se inventó una genealogía inverosímil. Se jactaba —a causa de su segundo apellido— de ser descendiente remoto del personaje del romancero Bernardo del Carpio, noble de leyenda, e incluso llegó a adoptar su ficticio escudo de armas. Su precocidad literaria es proverbial: a los cinco años ya dominaba el latín y el

castellano y componía versos, y a los doce escribió su primera comedia.

Estudió en el colegio jesuita de Madrid llamado de los «teatinos» y después en las universidades de Alcalá y Salamanca, aunque sus costumbres disipadas impidieron que alcanzara títulos académicos. En realidad, esa conducta un tanto frívola fue una constante en toda su vida. Tuvo una efímera experiencia militar, participando como soldado en la conquista de la isla Terceira, en las Azores, y años después se embarcó en la Gran Armada fletada por Felipe II para invadir Inglaterra que fracasó en su empeño.

Si su currículum militar carece de brillo, en lo que respecta a su vida sentimental sucede todo lo contrario. Sus amoríos con la actriz y cantante Elena Osorio, una belleza de la época, le proporcionaron grandes satisfacciones, aunque posteriormente le trajo tantos disgustos como felicidad le había dado. Los padres de la muchacha debieron considerar que ese escritor de comedias de origen humilde pocos lujos podía proporcionar a su hija. En cuanto vieron la oportunidad, buscaron concertar el matrimonio de su hija con el noble Francisco Perrenot Granvela, sobrino del poderoso cardenal Granvela. Cuando fue separado de su amada, Lope, despechado, hizo circular por Madrid unos versos infamantes:

> ***Una dama se vende a quien la quiera.***
>
> ***En almoneda está.***
> ***¿Quieren comprarla?***
> ***Su padre es quien la vende.***

Esto le llevó a un proceso por difamación y una pena de cárcel. Pero el fogoso Lope no se arredraba fácilmente e insistió en hacer circular nuevos versos denigrantes contra su antigua amante y su noble marido. Fue de nuevo condenado y desterrado de Madrid y de Castilla bajo pena

de muerte. Curiosamente, esta pasión amorosa que tantos disgustos le había traído desapareció como por ensalmo en cuanto se encaprichó de otra mujer. Se casó con Isabel de Urbina, con quien vivió en Valencia mientras duró su destierro de Castilla y después en Alba de Tormes, al servicio del duque de Alba. Tras la muerte de Isabel contrajo un nuevo matrimonio con Juana de Guarda, lo que no le impidió mantener relaciones nada ocultas con Micaela Luján, a causa de lo cual fue procesado por amancebamiento.

La muerte de Juana, así como la de su hijo Carlos Félix, le sumió en hondos remordimientos, lo que le condujo a una crisis espiritual que le hizo abrazar el sacerdocio. Fue ordenado, pese a la oposición de buena parte del clero, gracias sobre todo a su prestigio como escritor, lo que no impidió que tanto durante su noviciado como en su ejercicio pastoral mantuviera relaciones amorosas con Marta de Nevares, también actriz y también muy bella, mucho más joven que él.

Lope, como venía sucediendo desde la etapa de la poesía renacentista, siguió la costumbre de nombrar a sus amadas con nombres ficticios y ampulosos en sus versos, sobre todo cuando eran amores platónicos o ilegítimos: Elena Osorio es *Filis*, Isabel de Urbina *Belisa*, Micaela Luján *Camila Lucinda*, Marta de Nevares *Amarilis*…

Sus últimos años fueron amargos, Marta quedó ciega y perdió la razón antes de morir; su hija Antonia Clara se fugó con un galán que la sedujo. Todo ello condujo a que poco después, en 1635, el autor falleciera en Madrid. Toda una vida de desmesura, amores difíciles, escándalos sonados y rotundos éxitos teatrales que le convirtieron en el autor más querido y aclamado, tratado como un héroe popular en Madrid.

Un escritor extraordinario

Lope de Vega fue un autor de talento descomunal y su facilidad para la versificación se hizo proverbial. Su contemporáneo Miguel de Cervantes le llamó «Fénix de los

ingenios» y «Monstruo de la naturaleza», apodos con los que aludía a sus dos principales cualidades, la excelencia de su obra y su facilidad natural, que le permitió producir miles de sonetos, varias novelas y centenares de obras teatrales, comedias, dramas y autos religiosos, algunas de ellas consideradas entre las mejores de la literatura española.

¿Qué tiene el teatro de Lope de Vega que lo hace tan especial? En primer lugar, su capacidad de innovación y la superación de los modelos clásicos y medievales. Después su versatilidad, que le permite adoptar registros muy variados siempre con el mismo acierto. Y por último su «naturalidad», su capacidad para contar historias asequibles al pueblo llano, en un lenguaje claro y diáfano, lejos del tono artificial y alambicado del culteranismo o el conceptismo de la poesía de la época. «El vulgo es necio y, pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto», parece que dijo el propio Lope. ¿Quiere decir esto que se trata de una obra «fácil» o vulgar? Rotundamente no.

Se ha dicho, y con razón, que la obra de Lope está anclada ideológicamente en la tradición medieval y refleja las relaciones sociales propias de esta época, así como una concepción extremadamente religiosa de la existencia, pero lo cierto es que en ella hay muchos factores innovadores. Uno de ellos, y no pequeño, es su tendencia a introducir en las obras elementos populares; el otro es otorgar protagonismo al pueblo llano, al que se representa puro y sencillo, frente a la perversidad y la insidia de los poderosos. Nos estamos refiriendo a sus comedias de historia y tradición española, que son en realidad las más célebres y que mejor han perdurado en el tiempo. Porque Lope escribió en muchos registros, debido a la «versatilidad» a la que antes aludíamos. De asunto sagrado escribió comedias sobre vidas de santos y temas bíblicos, y, sobre todo, autos sacramentales. De materia profana, comedias históricas españolas y extranjeras, comedias costumbristas y pastoriles, y comedias mitológicas. Las más recordadas son las de tradición española, sobre todo

Fuenteovejuna, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, *El mejor alcalde el rey* y *El caballero de Olmedo*, y las de costumbres: *La dama boba*, *El villano en su rincón* o *El perro del hortelano*.

Fuenteovejuna

Nos detendremos solo en la primera citada, quizá la más célebre, *Fuenteovejuna*. El asunto es sencillo, los reyes han nombrado comendador al noble Fernán Gómez, que resulta ser un señor de horca y cuchillo que se cree con derecho a avasallar a todos los habitantes del lugar. Atraído por la belleza de la joven Laurencia no duda en apoderarse de ella y forzar su virtud. Al tiempo, ante la reacción violenta del novio de la muchacha, Frondoso, le condena a la horca. El padre de Laurencia, Esteban, y sus allegados están indignados, pero el temor a la autoridad les impide actuar hasta que la joven, arrebatada, les apostrofa con gran dureza, reprochándoles su cobardía y su sumisión:

> ***…hilanderas, maricones,***
> ***amujerados, cobardes,***
>
> ***y que mañana os adornen***
> ***nuestras tocas y basquiñas,***
> ***solimanes y colores.***

Así logra levantar al pueblo indignado, que libera a Frondoso y da muerte al comendador. Cuando los Reyes Católicos abren una investigación por ese inaceptable levantamiento popular todo el pueblo reacciona solidariamente, y así se produce el célebre diálogo:

> ***¿Quién mató al comendador?***
> ***Fuenteovejuna, señor.***
> ***¿Y quién es Fuenteovejuna?***
> ***¡Todos a una!***

Aquí, no solo se introduce a un protagonista colectivo, el pueblo, sino también el triunfo de la honra y la dignidad, el valor supremo que debe primar sobre los demás.

Todo ello es muy retórico y hoy suena a antiguo, pero en su día pudo ser revolucionario, porque evidentemente la obra se resuelve con el perdón real, un final feliz que sanciona la superioridad de la justicia frente a la jerarquía social.

Lope escribió sus comedias en verso y el número desmesurado de sus obras solo se explica por su facilidad para la versificación, que le permitía escribir sus comedias casi sin correcciones. Tan solo *La Dorotea*, la comedia que abre este capítulo, en la que narra con personajes de nombres fingidos sus amoríos con Elena Osorio y se burla del noble Granvela, y algunas otras pocas, están escritas en prosa, sin que por ello desmerezcan.

Su obra ha resistido el paso del tiempo. No solo proporcionó disfrute a sus contemporáneos, que gozaron intensamente con sus comedias, sino que se sigue representando con éxito en nuestros días.

Los corrales de comedia

La corrala de la Cruz y el corral del Príncipe fueron los teatros más importantes del Madrid de fines del siglo XVI. Las corralas o corrales de comedias surgen en la segunda

mitad del siglo a causa del auge popular que alcanza el teatro en esa época. Anteriormente, desde el fin de la época romana, no existían en España instalaciones específicas destinadas a la representación teatral. Las funciones se realizaban en la plaza pública, en iglesias, en la corte, mansiones nobiliarias, etcétera, donde se acondicionaban espacios para la representación que no eran permanentes.

La creación de los corrales de comedias se debe a la popularidad del teatro, que se convierte en el espectáculo favorito de todas las clases sociales, desde la realeza hasta el pueblo. A este éxito del género no son ajenos, desde luego, los grandes escritores que brillan en el periodo, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Cervantes, el propio Lope y muchos otros.

Los corrales de comedias eran antiguas viviendas de clase popular, adaptadas a su nuevo uso mediante la utilización de su patio central, la llamada corrala, y las galerías que recorren los diversos pisos, acondicionadas para acomodar a los espectadores de mayor alcurnia. El escenario, un entarimado de madera, estaba situado al fondo, en la parte opuesta a la entrada, separado del resto del patio por un murete, y los espectadores se repartían según sus categorías sociales. Ya hemos dicho que en los «palcos», en realidad espacios separados o balcones de las galerías, se acomodaban los nobles y autoridades, e incluso los miembros de la realeza. El espacio común para el «populacho» estaba en el propio patio, frente al escenario, con los espectadores de pie, generalmente agolpados, porque las funciones gozaban de una extraordinaria popularidad, y en él, separada, estaba la «cazuela», reservada para las mujeres.

La pobre iluminación con lámparas de aceite proporcionaba un ambiente bastante mortecino, lo cual era una «bendición» para ocultar lo precario del escenario y del atrezo teatral. En las obras teatrales renacentistas y barrocas no existían casi las «acotaciones» del autor, tan frecuentes después, donde se especifica la disposición del decorado y se señalan hasta los movimientos de los actores.

Los espectáculos solían comenzar entre las tres y cuatro de la tarde, y se prolongaban durante dos horas y media, en las cuales no había intervalos ni descansos. Los intermedios entre actos de las obras se rellenaban con pequeñas representaciones de «entremeses», se interpretaban «jácaras» o se ponían en escena bailes. Las obras duraban en cartel apenas unos días y eso obligaba a una continua reposición, lo que forzaba a los autores a ser prolíficos.

Parece una perogrullada, pero en aquel tiempo, en el que no existía ni el cine, ni la televisión, ni la radio, y mucho menos internet y las redes sociales, el entretenimiento se reducía prácticamente al teatro y las fiestas de «toros y cañas», en las que se lidiaban toros

bravos por nobles e hidalgos a caballo; el toreo a pie, con capa y espada, surgiría siglos después.

Los mejores actores se convertían en personajes muy populares, sobre todo las actrices más bellas. Algunas de ellas acabaron siendo amantes de la realeza, como la célebre actriz y cantante María Calderón, la «Calderona», que fue querida de Felipe IV y madre de Juan José de Austria. Mucho tiempo después, actores como Isidoro Máiquez —del que hoy en día casi nadie guarda memoria— fue incluso retratado por el mismísimo Goya. En nuestro tiempo, en que el teatro es un espectáculo propio de minorías cultas, se hace difícil de comprender, pero en los siglos XVI y XVII era un espectáculo popular que suscitaba auténtico entusiasmo, sobre todo cuando la función puesta en escena era obra de un fenómeno literario como Lope de Vega, Calderón o Tirso.

En la actualidad existen dos corrales de comedias muy bien conservados, el de Alcalá de Henares, y el de Almagro, famoso porque en él se celebra anualmente un festival de teatro del Siglo de Oro con gran éxito.

Calderón de la Barca (1600-1681)

Pedro Calderón de la Barca es, como Lope, madrileño, nacido en el primer año del siglo XVII. Para seguir con las similitudes, estudió en el colegio de los jesuitas y, después, en las universidades de Alcalá y de Salamanca. Fue dramaturgo de la corte, caballero de Santiago, tuvo alguna experiencia militar y tomó hábito religioso ya en su madurez, alcanzando las más altas dignidades en la corte.

La dramaturgia de Calderón se basa en lo conceptual y lo filosófico. Además, dada su condición de autor de la corte, contaba con muchas más posibilidades escenográficas de las que disponían los escritores que debían ser representados en una simple corrala. Eso le permitió introducir mayor complejidad en la puesta en escena.

Para entender la diferencia entre la obra de Calderón y la de Lope de Vega, basta con poner en contraste *El alcalde de Zalamea* con *Fuenteovejuna.* El tema central de ambas es

similar: la honra arrebatada y la reparación debida. El capitán Álvaro de Ataide ha abusado de la virtud de la joven Isabel, hija del alcalde de Zalamea, Pedro Crespo. Crespo exige reparación mediante el matrimonio y el capitán se niega, y entonces, ejerciendo su autoridad como regidor local, manda ajusticiarle. El general Lope de Figueroa sale en defensa de su subordinado, pero al final interviene el rey Felipe II, que da la razón al alcalde. La diferencia reside en que lo que en Lope es pasión justiciera, en Calderón es pura racionalidad.

> ***Al rey hacienda y vida he de entregar,***
> ***pero la honra***
> ***es patrimonio del alma,***
> ***y el alma solo es de Dios.***

Su obra principal, *La vida es sueño*, contiene uno de los monólogos más célebres de la dramaturgia española:

> ***¡Ay, mísero de mí, ay infelice!***
> ***Apurar, cielos, pretendo,***
> ***ya que me tratáis así,***
> ***qué delito cometí***
> ***contra vosotros naciendo…***

Se trata de una comedia de carácter filosófico en la que se reflexiona sobre la libertad y el destino, sobre la fugacidad de la vida y la imprecisa distancia que media entre el sueño y la realidad.

Segismundo, hijo del rey de Polonia, crece prisionero en una lejana torre, porque su padre, que es muy supersticioso, ha sido advertido por un astrólogo de que su hijo será el causante de la humillación del rey y oprimirá a su pueblo. Segismundo crece sin saber quién es ni por qué vive prisionero. Pasan los años hasta que al rey decide someter a una prueba a su hijo, ordena que le droguen y le

trasladen a palacio, donde será tratado conforme a su verdadero rango. Segismundo, tal como estableció su augurio, se comporta de forma tiránica y desconsiderada. El rey le envía de vuelta a la torre, despojado de riquezas y dignidades. El tutor del muchacho le convence de que todo lo que ha vivido en palacio no ha sido sino un sueño. Cuando el rey decide nombrar como su sucesor a un príncipe de Moscú, el pueblo se subleva y libera a Segismundo, que derroca a su padre y ocupa el trono. La intensa experiencia vivida le ha transformado y en el trono se comporta con prudencia, generosidad y justicia. Es el triunfo de la bondad innata de la condición humana sobre el ciego destino, y un canto a la libertad y al libre albedrío. La tragicomedia fue un gran éxito desde el momento de su estreno y encumbró a su autor.

Tirso de Molina (1579-1648)

Tirso de Molina tiene el honor de haber creado al personaje español que mayor relevancia ha tenido en la literatura universal, por encima de figuras tan emblemáticas como el Cid o Don Quijote. Nos referimos al mujeriego Don Juan. Este personaje disoluto, seductor de mujeres a las que después abandona sin pena, posee tal relieve que ha dado lugar a la creación de un arquetipo humano. En español, «donjuán» es una palabra de uso común para nombrar a los seductores. El personaje va mucho más allá de la comedia de Tirso. Además del célebre *Don Juan Tenorio*, de José

Zorrilla, fue utilizado por Molière, Lord Byron, Goldoni, Georges Bernard Shaw. Incluso Mozart fue autor de la célebre ópera *Don Giovanni*.

Curiosamente, el creador de un modelo de seductor disoluto fue un monje mercedario nacido en Soria, llamado en realidad fray Gabriel Téllez, que publicó con seudónimo para no ser castigado por sus superiores. Al final le prohibieron escribir, pero antes le dio tiempo a crear casi cuatrocientas comedias, de las que solo se conservan ochenta, algunas de ellas muy famosas. Su obra posee un gran dinamismo escénico y excelente técnica. Tirso fue un gran creador de caracteres a los que pone en escena con un humor muy peculiar y socarrón, aunque no falto de ingenuidad y de llaneza, y muestra rasgos de ingenio sorprendentes. Su obra teatral comprende creaciones del género bíblico y hagiográfico, históricos y de intriga amorosa, y en ella destacan especialmente *La prudencia en la mujer, El vergonzoso de palacio, El condenado por desconfiado, Don Gil de las calzas verdes*, y su obra maestra, que veremos ahora.

El burlador de Sevilla y Convidado de Piedra, como hemos dicho, inventa el personaje de Don Juan. En ella, a diferencia de la obra de Zorrilla, el disoluto galán se condena, pues una salvación *in extremis* por intercesión de un alma pura sería inimaginable en su tiempo. Don Juan es el paradigma de la persona anhelante de goces sensuales, nunca satisfechos. La obra tiene un tono moral, puesto que en ella queda implícito que la persona dominada por sus pasiones no puede aspirar a la misericordia divina y su condena es inevitable. Es bien conocida la frase que exclama Don Juan cuando se le advierte que está poniendo en peligro su alma:

> ***¿Tan largo me lo fiais?***

Luis de Góngora y Argote (1561-1627)

Góngora fue el mayor representante del estilo culterano,

que produjo una poesía muy compleja, llena de metáforas y otras figuras literarias, con un vocabulario plagado de latinismos y palabras derivadas del griego, y una sintaxis compleja y artificiosa en la que se suelen invertir las partes de la frase, el final al principio y el principio al final. Su lectura no es fácil y eso hizo que fuese tan admirado como incomprendido, y provocó las bromas de su rival, Quevedo. Ambos se cruzaron comentarios irónicos bastante injuriosos pero llenos de ingenio.

Góngora nació en 1561 en Córdoba. Su familia era pudiente y, dejando a un lado una juventud licenciosa de estudiante en Salamanca, en su madurez vivió con mucha mesura. Fue sacerdote, canónigo de la catedral cordobesa y, en 1617, Felipe III le nombró capellán real.

Literariamente, Góngora tuvo dos etapas. La primera, de inspiración popular, consta de letrillas y romances, poesía amorosa y satírica…, escritas en un estilo fresco y ligero que le proporcionaron gran fama, como la célebre *Ande yo caliente y ríase la gente*. Posteriormente comienza su periodo culterano, con obras como *Oda a la toma de Larache*, *Soledades*, *Fábula de Polifemo y Galatea* y el *Panegírico al duque de Lerma*.

Las *Soledades* es su obra más célebre. En ella se expresa una búsqueda intensa de la belleza formal. Estaba concebida en cuatro partes dedicadas a la soledad de los campos, de las riberas, de las selvas y de los yermos, pero solo llegó a terminar la primera, *Soledad de los campos*, y parte de la segunda, *Soledad de las riberas*.

El barroquismo extremado de Góngora fue criticado en su tiempo y alejó al «gran público» de su lectura, pero hoy en día se valora porque supuso una profunda innovación que abría nuevos caminos a la poesía en lengua castellana.

Francisco de Quevedo (1580-1645)

Quevedo fue todo un personaje. Tenía una capacidad innata para meterse en líos y si no tenía enemigos, se los inventaba, porque lo suyo era el conflicto. Esta forma de ser proporciona ciertas satisfacciones a quien la practica, pero

al mismo tiempo puede provocar auténticos desastres. Al parecer fue un buen espadachín, lo que dejó demostrado en diversos lances, pero su arma favorita era la palabra. Tenía una lengua afilada y era un maestro del sarcasmo. Que se lo digan al pobre Góngora, que tuvo que soportar sus chanzas. Pero Quevedo, como todo buen humorista, era en el fondo un moralista.

Contemplaba el mundo y lo que veía no le gustaba. Esa corte de Madrid, ciudad en la que había nacido, en época de Felipe III, con sus nobles rapaces, sus clérigos, sus mendigos y pícaros. Todo ello lo plasmó en su obra, que tiene un tono pesimista y un sentido del humor áspero. Fue un gran misógino, y los donaires que dedica a las mujeres en sus obras festivas no tienen parangón. Pero igualmente aborrecía a escribanos, burócratas y alguaciles, a los tenderos que engañaban con el peso del pan, a la multitud de buscavidas que florecían en esa villa en la que convivían los más encumbrados y los más miserables. Se dolía viendo la decadencia del reino.

Era de familia hidalga y se formó en las universidades de Alcalá y Valladolid, donde alcanzó la excelencia. Estuvo en Italia al servicio del duque de Osuna, participó en intrigas y sufrió prisión en ocasiones, y en medio de todas estas actividades creó una obra literaria extraordinaria y se convirtió en el gran maestro del conceptismo.

Hasta que se le fue la mano. Escribió un poema-epístola infamante contra el poderoso conde-duque de Olivares y se lo hizo llegar de forma anónima:

No he de callar por más que con el dedo
ya tocando la boca o ya la frente
silencio avises o amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

El omnipotente valido de Felipe IV no debía tener un carácter dulce precisamente, y Quevedo dio con sus huesos en la cárcel, de la que ya no salió hasta que Olivares cayó en desgracia y fue destituido. El escritor murió poco después.

Entre sus obras destacan el ensayo *Política de Dios, gobierno de Cristo* o los volúmenes de poesía *El Parnaso español* y *Las tres últimas musas,* que abarcan poemas de tono filosófico y doctrinal, ascético y político, junto a obras ligeras de asunto amoroso o burlesco. Pero vamos a detenernos en la que es considerada obra cumbre del género picaresco: *La vida del Buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*, escrita entre 1603 y 1615.

Cuenta las desventuras de Pablos, un pícaro con ínfulas de caballero, pese a lo plebeyo de su origen. Siendo criado del joven Diego Coronel, ambos entran de pupilos en casa de un maestro hipócrita y falso que les mata de hambre. Pasan después a la universidad de Alcalá, donde también sufre Pablos las burlas y vejaciones de los amigos de don Diego. Hereda a su padre, muerto en la horca, y se traslada a Madrid, donde vive en la penuria en compañía de otros golfos y va a parar a la cárcel. Su única ocasión de prosperar y salir de su calamitoso estado surge con la posibilidad de contraer matrimonio con una dama, que se frustra porque es desenmascarado por don Diego. Ejerce de cómico en Toledo y de fullero en Sevilla, antes de embarcarse definitivamente hacia las Indias, donde no le

fue mejor «*pues nunca mejora quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres*».

El *Buscón* es una obra maestra, posee una comicidad hilarante, es sarcástica hasta el extremo, posee una gran capacidad de penetración psicológica, con la que analiza en profundidad las lacras de su época. Su crítica social es feroz, y por ella desfila una galería de personajes a cual más malvado y despreciable.

Quevedo fue un virtuoso de la lengua, un autor clave para entender el Barroco y también un poeta de notable profundidad. Le debemos las páginas más duras y burlescas de la literatura española, pero también poesías de gran intensidad e interesantísimos tratados morales.

Miguel de Cervantes (1547-1616)

El Quijote constituye la aportación literaria española más importante al legado de la cultura universal. Su autor, Miguel de Cervantes Saavedra, tuvo una vida muy ajetreada desde que nació en Alcalá de Henares en 1547 en una familia humilde. Viajó a Roma como camarero del cardenal Acquaviva en 1569. Al año siguiente se enroló en la armada que, capitaneada por don Juan de Austria, obtuvo la extraordinaria victoria naval de Lepanto frente a los turcos otomanos. Cervantes fue herido y perdió el uso de una mano, pero prosiguió su carrera militar. En 1575 su barco fue apresado por piratas berberiscos y fue encerrado en una prisión de Argel, donde permaneció cinco años hasta ser liberado por frailes trinitarios. Trabajó como recaudador de tributos para la Armada «Invencible», pero fue acusado de malversación y encerrado en prisión. Residió en Valladolid, donde sufrió un proceso por un extraño asesinato y, por último, se instaló en Madrid. La publicación de *El Quijote* le proporcionó una inmensa fama, pero su situación económica nunca llegó a ser boyante.

Cervantes escribió novela, poesía y teatro. En su obra destacan *La Galatea*, una novela pastoril; la poesía de *Viaje al Parnaso*; el soneto *Al túmulo de Felipe II*; obras teatrales

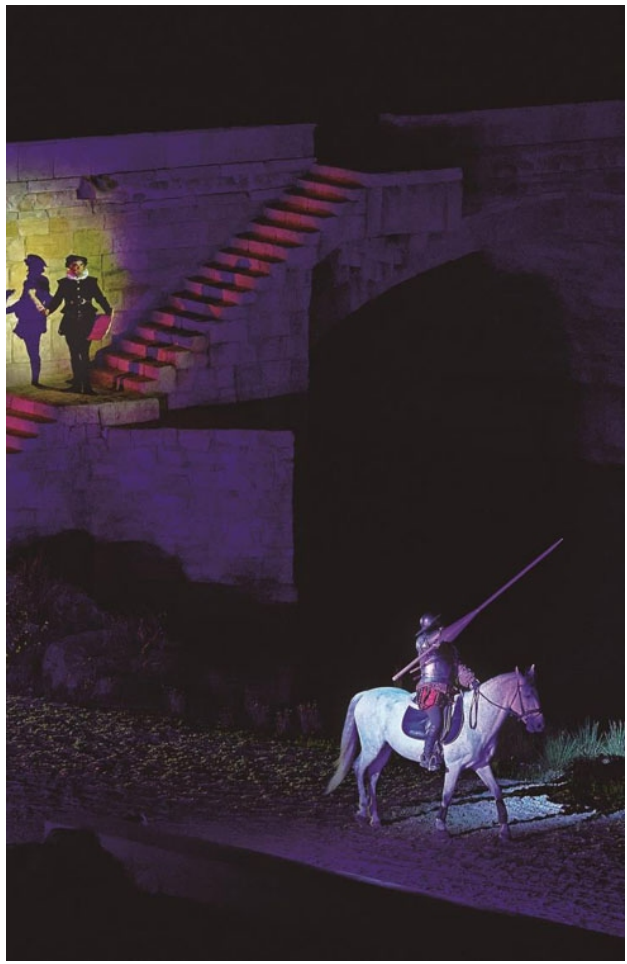
como *Los baños de Argel*, *El cerco de Numancia*, *El rufián dichoso* y *Pedro de Urdemalas*; entremeses como *El retablo de las maravillas*; las *Novelas ejemplares*, doce novelas cortas, alguna de ellas tan célebres como *La Gitanilla, La ilustre fregona, Rinconete y Cortadillo, El coloquio de los perros, El casamiento engañoso* y *El licenciado Vidriera*; y, por último, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha es su obra maestra. Don Alonso Quijano es un hidalgo de aldea cincuentón al que la lectura de libros de caballerías acaba por trastornar el juicio, de manera que un día decide emular a sus héroes de papel, convertirse en caballero andante y lanzarse a los caminos a «desfacer entuertos» y acometer hazañas que le den justa fama. Cambia su nombre por el de Don Quijote de la Mancha, más acorde con su nueva condición, y a lomos de un flaco caballo, Rocinante, inicia una larga serie de aventuras. Otorga su amor platónico a una noble dama, Dulcinea del Toboso, que en realidad es una tosca campesina llamada Aldonza Lorenzo; se hace armar caballero por el señor de un castillo, en realidad el posadero de una fonda de arrieros; toma un escudero, un rústico orondo y socarrón llamado Sancho Panza, y vive mil peripecias maravillosas.

La mente perturbada del caballero transforma la vulgar realidad en todo tipo de hechos fantásticos y maravillosos: gigantes en lugar de molinos, castillos en vez de ventas, cautivos en vez de galeotes, una bacía de barbero en el yelmo de Mambrino… Finalmente, Don Quijote se aísla en Sierra Morena para hacer meditación y encarga a Sancho el envío de una carta a Dulcinea. Gracias a eso su familia descubre su paradero y, con la ayuda del cura y el barbero de su pueblo, consiguen atraparle y llevarle de vuelta su casa.

En la segunda parte las aventuras se suceden, Don Quijote se enfrenta a varios supuestos caballeros andantes, lucha valerosamente contra unos leones, vive una fantástica historia en la cueva de Montesinos, es recibido en el palacio de unos duques, monta al fantástico caballo Clavileño.

Sancho es jocosamente nombrado gobernador de la ínsula Barataria y son asaltados por bandidos. Finalmente, Don Quijote es retado en Barcelona a duelo por el bachiller Sansón Carrasco, que se ha disfrazado de caballero de la Blanca Luna. Derrotado, debe acatar la imposición de su vencedor, regresar a su pueblo y permanecer allí al menos un año. Poco después de regresar, Don Quijote cae enfermo. Antes de morir, recobra el juicio, comprende las locuras que ha hecho y reniega de los libros de caballerías.



El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha es una novela de múltiples facetas. Es una caricatura de la literatura caballeresca, o esa era la intención inicial del autor, pero por el camino la novela adquiere una profundidad insospechada. Contiene un análisis psicológico de dos tipos humanos aparentemente antagónicos, el idealista y el pragmático. El contraste entre el hidalgo soñador, aparentemente loco, y el escudero repleto de sentido común alcanza cotas magistrales a medida que ambos personajes en sus conversaciones van influyéndose mutuamente, evolucionando hacia la postura de su

interlocutor.

La novela posee un notable sentido del humor, pero siempre es respetuosa con la figura del caballero. Se pone de manifiesto que Cervantes admira al personaje por su idealismo, aunque sea perturbado. Se ha dicho que las figuras de Don Quijote y de Sancho representan una síntesis de las dos tendencias psicológicas que configuran la esencia de lo español. Y, sin embargo, el valor de la metáfora que alienta la novela es universal, lo que se demuestra porque es perfectamente inteligible y suscita admiración entre lectores de todas las culturas a lo largo del tiempo.

El Siglo de Oro ha sido considerado, con razón, el periodo más fértil de la literatura y la cultura españolas, pero paradójicamente ha sido señalado también como el del declive del Imperio español, después de haber sido la mayor potencia de Europa durante muchas décadas. Tal decadencia se produce tras las derrotas exteriores de las antaño casi invencibles tropas del imperio, y también por un desplazamiento del núcleo del poder en Europa en favor de Francia, mientras que en España predominan la crisis social y la decadencia económica.

Frente a esa dramática situación surgen dos actitudes diametralmente opuestas, que se pueden personificar en el desolado pesimismo de un Quevedo y en la frívola inconsciencia de los que cierran los ojos ante la realidad y prefieren vivir el día. Francisco de Quevedo lo expresó en un conocido poema:

> ***Miré los muros de la patria mía,***
> ***si un tiempo fuertes, hoy desmoronados…***

13

La Guerra de la Independencia

(1808-1814)

Si existe una escena que simbolice con mayor acierto lo que significó en España el periodo dramático de la Guerra de la Independencia, sería el cuadro de Goya titulado *Los fusilamientos de la montaña de Príncipe Pío,* también conocido como *El 3 de Mayo de 1808*.

El pueblo de Madrid se levantó en armas frente a la invasión francesa el 2 de mayo de ese año. Los reyes, Carlos IV y María Luisa de Parma, así como su primogénito y heredero de la Corona, Fernando, habían sido sacados de Madrid y permanecían en Bayona rehenes de Napoleón. Las tropas de Murat se desenvolvían en la ciudad con la altanería de los que se hallan en un país conquistado. La soldadesca francesa había protagonizado abusos que pusieron a prueba la paciencia de un pueblo orgulloso. Entonces prendió la llama y los ciudadanos de toda clase y condición se alzaron contra los franceses armados con simples navajas, tijeras y herramientas punzantes.

Las instituciones estaban casi ausentes, así como el ejército, con la única excepción de los oficiales y soldados del cuartel de artillería de Monteleón, que convirtieron en un baluarte hasta ser desbaratados por los franceses. Fue un estallido popular, producto de la rabia y la desesperación.

Las tropas de Murat, curtidas en batallas en las que habían alcanzado la gloria, se las vieron y desearon para contener esa marea espontánea, aunque la acabaron aplastando a sangre y fuego.

Al día siguiente, el mariscal estaba decidido a dar un escarmiento ejemplar. La noche del 3 de mayo gran número de prisioneros fueron conducidos a las afueras de la ciudad, a la montaña del Príncipe Pío. Durante largas horas la ciudad, sobrecogida, pudo escuchar las descargas de fusilería de los pelotones de ejecución.

El cuadro es una representación de intenso patetismo, acentuado por el claroscuro de la noche cerrada y la luz de un farol que ilumina descarnadamente la escena. Al fondo se esboza el perfil de los edificios madrileños. Un grupo de ciudadanos aguarda el fuego letal de las armas del pelotón de ejecución, delante se aprecian grandes manchas de sangre que tiñen el suelo y un grupo de cuerpos de ajusticiados que aún no han sido retirados. La luz de un gran farol, situado a los pies del pelotón, incide sobre la figura dramática de un hombre de camisa blanca que alza sus brazos al cielo en espera de la muerte, mientras otros se encogen o tapan el rostro con las manos, entre ellos un clérigo tonsurado en actitud orante. El pelotón de soldados es una masa despersonalizada, como un grupo de autómatas, cuyos fusiles se levantan amenazadores. Detrás de ellos se aprecia otro grupo de reos que esperan su turno y muestran de forma patética el horror ante su inmediato destino con expresiones de pánico.

La pintura posee una fuerza estremecedora y es probablemente la obra de Goya más difundida internacionalmente. Los juegos de luz son determinantes para dotar la composición de tensión dramática pese a lo estático de la escena, detenida en un compás de espera antes de la inminente descarga de los fusiles. Los rostros de los personajes, los rasgos descarnados de los hombres, los gestos de espanto, dotan de una gran carga emocional a la pintura.

Curiosamente, y a pesar de haber pintado obras como

esta o *La carga de los mamelucos*, que representa la lucha heroica de un pueblo precariamente armado frente a la poderosa fuerza francesa, Goya sufrió un proceso como sospechoso de afrancesamiento en mayo de 1814, aunque fue exonerado de los cargos y recuperó su posición como pintor de cámara.

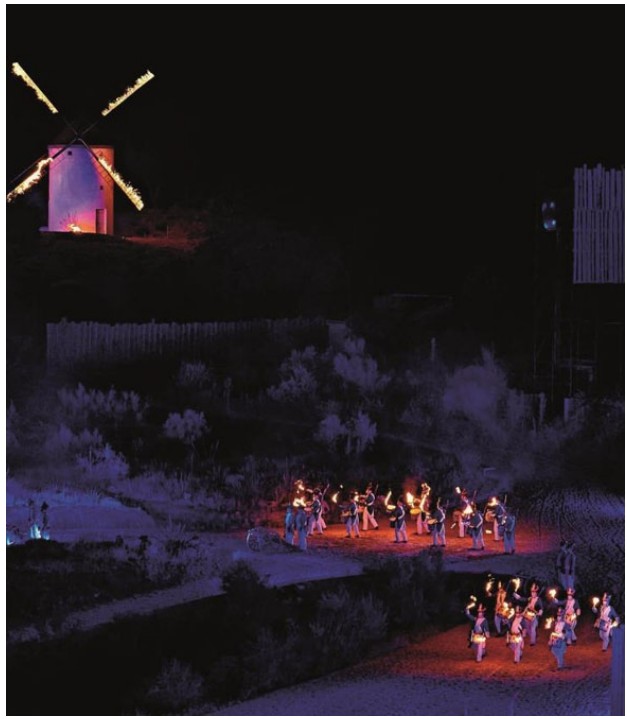
El Siglo de las Luces

La Ilustración, la Enciclopedia, la confianza en el progreso ilimitado de la humanidad mediante el conocimiento… Desde mediados del siglo XVIII se estaba alumbrando un mundo nuevo en el que el Antiguo Régimen no tenía cabida. La monarquía absoluta fue cuestionada. Y los franceses se pusieron manos a la obra asaltando la prisión de la Bastilla para liberar a los presos políticos. La Revolución francesa de 1789 es el gran hito que da paso a la Edad Contemporánea. Los borbones franceses perdieron el trono… y la cabeza. Después llegarían Robespierre y el «terror», y las guillotinas no dieron abasto. Y, por último, Napoleón Bonaparte, el Consulado y el Imperio.

¿Y en España? Desde hacía un siglo, tras la muerte sin descendencia de Carlos II de Austria, reinaban en España los Borbones. Nuestro rey, Carlos IV, que había seguido al principio los consejos de su padre y se había rodeado de ministros ilustrados, se horrorizó por la suerte de su pariente Luis XVI y de la reina María Antonieta y se volcó intentando salvarles la vida. Lo que hacían sus ministros le parecía insuficiente y destituyó a Floridablanca, y después a su sucesor, el conde de Aranda. Por fin encontró un ministro de su gusto, Manuel Godoy, un jovencito pinturero que, ni corto ni perezoso, declaró la guerra a la Francia revolucionaria e invadió el Rosellón. Meses después los franceses habían ocupado Cataluña y las Vascongadas, y amenazaban Castilla y Navarra. Carlos IV reculó, negoció la paz y los franceses salieron de España. A cambio se quedaron con la mitad oriental de la isla de Santo Domingo, en las Antillas: así nació Haití.

La paz fue sellada por el pacto de San Ildefonso, en virtud del cual España se comprometía a colaborar con Napoleón. El mayor activo que podía poner a su disposición era la flota, que aún entonces era muy poderosa. En la batalla naval de San Vicente, en 1797, la armada inglesa infligió una grave derrota a la española, pero lo peor estaba por llegar. Godoy ya no era ministro, pero conservaba íntegra la estima de los reyes. Napoleón proyectó invadir Portugal con ayuda de España. Godoy capitaneó el ejército, con la promesa del emperador de ser nombrado príncipe de los Algarves. La operación fue llamada «guerra de las Naranjas» y Godoy se cubrió de una gloria un tanto ridícula. El pueblo llano lo aborrecía.

Por fin las flotas francesa y española se reunieron en Cádiz, dispuestas a bloquear las costas portuguesas. Contra ellas marchó la armada inglesa, dirigida por el almirante Nelson. En octubre de 1805, en el golfo de Trafalgar, Nelson obtuvo una victoria aplastante. Aquello significó el declive de la antaño poderosa flota española.



El tratado de Fontainebleau (1807)

El ejército de Napoleón penetró en España con el consentimiento de nuestro monarca en virtud de un tratado que encubría las verdaderas intenciones del emperador, que pretendía unificar Europa bajo su dominio. El tratado de Fontainebleau establecía una alianza de ambas naciones y, por eso, cuando Napoleón decidió invadir Portugal para obligarle al bloqueo contra Gran Bretaña, envió a su ejército para cruzar la península en dirección a Lisboa.

Cuando Godoy advirtió que los franceses no marchaban a la costa atlántica, sino que penetraban en Andalucía, se temió lo peor y pidió a los reyes que viajaran a Sevilla para embarcar rumbo a América, pensando que, perdida España, podrían reinar sobre los virreinatos americanos. Era una decisión absurda, puesto que dos años después se iniciaban los movimientos para la emancipación americana, que en apenas una década lograrían la independencia casi íntegra del continente. Pero no hubo caso, porque los monarcas no

pudieron pasar de Aranjuez. El pueblo se sublevó contra Godoy, asaltaron su palacio y solo salvó la vida escondiéndose.

El príncipe Fernando no cesaba de conspirar contra su padre, pensando desbancarle. Organizó la conjura de El Escorial, que fracasó, pero aprovechó el motín de Aranjuez de principios de 1808 para forzar la abdicación de Carlos IV y hacerse proclamar rey. No pudo reinar ni un solo día. Napoleón obligó a padre e hijo a viajar a Bayona, en el sur de Francia, destituyó a ambos y nombró nuevo monarca a su hermano mayor, que reinaría un breve tiempo como José I, llamado popularmente Pepe Botella.

La familia de Carlos IV

Nuevamente hemos de acudir a Francisco de Goya, que fue un auténtico cronista pictórico de su tiempo. *La familia de Carlos IV* es un retrato cortesano de fama universal. El extenso grupo familiar está presidido por el rey Carlos IV, de gesto bonachón y un tanto estólido, y la reina María Luisa de Parma, una mujer poco agraciada pero que muestra desafiante su gesto altivo. En la parte izquierda aparece el príncipe heredero, Fernando, junto a una dama que vuelve el rostro, como ocultándolo, pues se trata de su prometida y todavía no podía plasmarse su faz en un retrato oficial. La luz lateral hace titilar el brillo de las cruces y condecoraciones de los hombres y las joyas de las mujeres. Pese a todo el fasto de la puesta en escena y la soberbia pose de la realeza, es imposible dejar de advertir la mirada irónica del pintor, que sabe convertir un retrato cortesano en una imagen que no oculta los sentimientos negativos que la familia real le suscita.

La guerra

Cuenta la crónica pintoresca que, cuando las noticias del levantamiento del 2 de mayo llegaron hasta Móstoles, que entonces era un pueblo distante algunas leguas de Madrid, sus alcaldes, Andrés Torrejón y Simón Hernández, dictaron un famoso bando en el que decían: «Somos españoles y es

necesario que muramos por el rey y por la patria, armándonos contra unos pérfidos que, so color de amistad y alianza, nos quieren imponer un pesado yugo, después de haberse apoderado de la augusta persona del rey». Lo que simboliza este bando es que los sucesos de Madrid conmovieron a toda la nación, comenzando en ese momento un movimiento de resistencia que ya no cesaría.

Las tropas francesas se movían por España sin apenas oposición, hasta que llegó Bailén. El éxito del general Castaños, vencedor de la batalla librada en julio 1808, tuvo más repercusión ideológica que militar: fue la primera vez

que los poderosos ejércitos napoleónicos eran batidos en una batalla abierta. Esto, junto a la inusitada resistencia que mostraron las ciudades españolas, como Zaragoza o Gerona, que se defendieron tenazmente de los «sitios» o asedios franceses, encolerizó al emperador, que decidió intervenir personalmente en España.

Penetró con un cuerpo de ejército en noviembre, repuso a su hermano José en el trono de Madrid, pues después de Bailén se había retirado hacia el norte, y aplastó temporalmente la resistencia española. En ausencia de los reyes y de un poder central propio, se habían creado las Juntas locales y provinciales, agrupadas en Juntas provinciales que, en septiembre, se reunieron en Aranjuez para constituir una Junta Central Suprema y Gobernativa, que asumió la dirección de la nación que resistía a la ocupación napoleónica. A falta de un ejército regular, surgieron numerosas partidas de guerrilleros que acosaban a las fuerzas francesas con pequeños golpes de mano.

La Junta Central se instaló en Cádiz, ciudad que fue inexpugnable para los franceses, y designó un Consejo de regencia que en 1810 hizo una convocatoria a Cortes generales. Hasta allí fueron llegando los diputados: militares, clérigos, nobles, catedráticos y juristas, que representaban a la «nación en armas» y se apresuraron a proclamar a Fernando VII rey de España y calificar de ilegítima la cesión de la soberanía hecha a Napoleón por Carlos IV.

Las Cortes de Cádiz (1811-1812)

Lo que se proponían las Cortes era redactar una nueva constitución que enterrara el Antiguo Régimen y trasformara España en un Estado moderno.

Las sesiones comenzaron en septiembre de 1811 en la isla de León y se prolongaron hasta el 19 de marzo de 1812, en que se promulgó la constitución. Era el día de San José, y por eso la bautizaron con el nombre socarrón de «la Pepa». La constitución fue una ley fundamental de carácter democrático, que afirmaba la soberanía de la nación y el

derecho de sufragio. Lo que no habían conseguido los comuneros sublevados contra Carlos V siglos atrás, que la nación estuviera por encima del monarca, era el aspecto esencial de lo que promulgaron los constitucionalistas de Cádiz. Lamentablemente, tampoco lo lograrían.

Fue una constitución adelantada a su tiempo y pionera en Europa, que consagraba los principios de la libertad y la igualdad, instauraba la separación de poderes legislativo, ejecutivo y judicial (algo a lo que Montesquieu había aludido tiempo antes), reorganizaba la administración territorial y promulgaba el sufragio universal. Este último punto, desde luego, con muchos matices. Solo podían votar los varones que detentaran un determinado patrimonio, lo que excluía a sirvientes y trabajadores (hasta la Segunda República la mujer no tuvo derecho a voto en España). Establecía unas Cortes con una única cámara, con diputados elegidos por las Juntas provinciales. Se decretó una redistribución de la tierra cultivable y se desmantelaron el régimen señorial y los privilegios de la Iglesia: una constitución inequívocamente progresista, sin igual en cualquier país de la Europa occidental en ese momento. Pero esto duró muy poco.

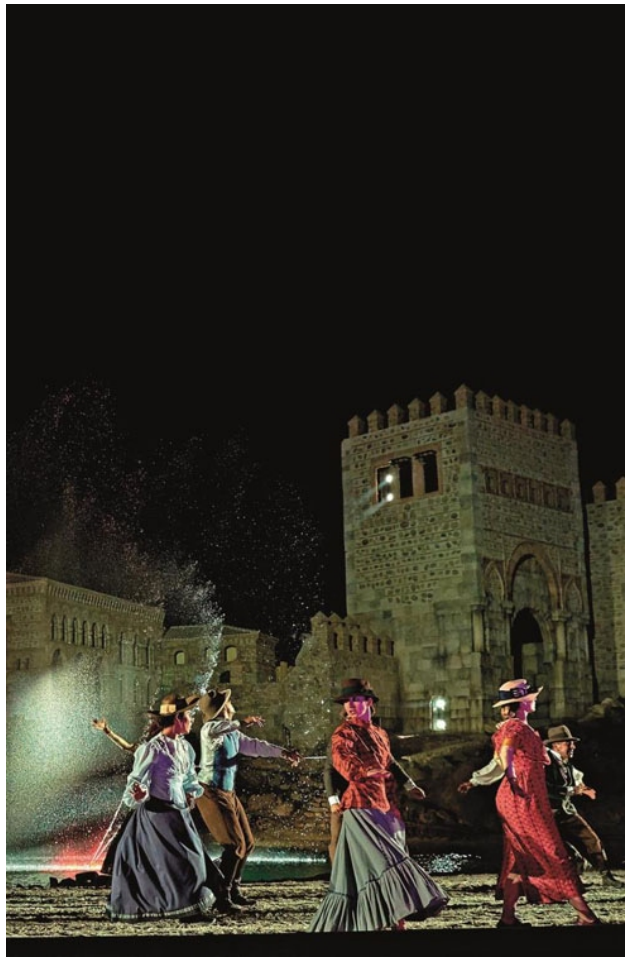
La vuelta del «Deseado»

La independencia española se obtuvo, además de por la heroica resistencia de los guerrilleros y las grandes ciudades, gracias al ejército inglés dirigido por Wellington, en el que figuraban numerosas tropas españolas y portuguesas que en las batallas de Arapiles y de Vitoria consiguieron expulsar a los franceses de España. El resultado inmediato fue la restauración en el trono de Fernando VII, que regresó a España en 1814. El pueblo le recibió con entusiasmo, aunque nada había tenido que ver con la superación de la reciente crisis, le llamaron el «Deseado» y gozó del suficiente poder como para cancelar todas las medidas progresistas que habían sido implantadas, anular la constitución de Cádiz y desatar una persecución que condujo a presidio o al exilio a los más eminentes

liberales y afrancesados.

Fernando VII actuó como si nada hubiera pasado después de su primera y efímera proclamación tras el motín de Aranjuez, restaurando un absolutismo pleno y gobernando con las llamadas «camarillas», grupos de consejeros reales caracterizados generalmente por su talante reaccionario. Se iniciaba así un siglo XIX marcado por la emancipación de América, la zanja abierta entre progresistas y liberales, enfrentados a clérigos y terratenientes; una de las etapas más penosas de la historia de España.

Fernando murió en 1833 dejando abierta una grave crisis sucesoria, en la que su hermano Carlos María Isidro disputó el trono a Isabel II, su hija y heredera, en aquel tiempo bajo la regencia de la reina viuda María Cristina. Esa crisis provocó el estallido de las Guerras Carlistas, el cesarismo de los generales, que iniciaron un largo periodo de pronunciamientos militares, y el empobrecimiento del país.



14

EL NOVENTA Y OCHO

(1898)

El empresario estadounidense William Randolph Hearst fue un poderoso magnate de la prensa, fundador y propietario, entre otros muchos medios de comunicación, del diario *Journal* de Nueva York. Es célebre porque instauró, al mismo tiempo que Joseph Pulitzer, una forma de hacer periodismo que recibe el nombre de «prensa amarilla». Básicamente consiste en practicar sistemáticamente el sensacionalismo, exaltar los instintos más morbosos de los lectores y mostrar muy poco respeto por la verdad. Es un periodismo que no pretende informar a los lectores, sino manipular a la opinión pública a favor de intereses a menudo inconfesables. El objetivo último es conseguir el mayor número de lectores para aumentar los beneficios, pero por ese camino, frecuentemente, la verdad es pisoteada.

Durante meses Hearst se dedicó a publicar noticias encaminadas a provocar la guerra de Estados Unidos contra España para conseguir la «liberación» de Cuba, que junto a Puerto Rico y Filipinas constituían los restos del Imperio coloE nial español. Hearst necesitaba una guerra para alimentar su maquinaria de vender miles y miles de periódicos, y no vaciló a la hora de manipular las noticias sobre la situación cubana, haciendo hincapié en las

supuestas brutalidades e ignominias cometidas por las autoridades españolas.

Cuando se produjo la misteriosa voladura del acorazado estadounidense Maine, anclado en el puerto de La Habana, Hearst vio la oportunidad perfecta para que se declarara la guerra y redobló sus esfuerzos propagandísticos. Existe una anécdota muy reveladora. Hearst había enviado a La Habana a un fotógrafo para ilustrar las páginas de sus periódicos con imágenes de esa futura guerra. Cuando, pasadas las semanas, la situación en Cuba volvió a la normalidad, el reportero gráfico telegrafió a sus jefes explicando que en Cuba no pasaba nada y que regresaba a Nueva York. Hearst respondió inmediatamente: «¡Quédese! Usted encárguese de hacer fotografías, que de la guerra ya me ocupo yo».

Finalmente, con el viento a favor de una opinión pública norteamericana manipulada y exaltada, el conflicto estalló en 1898. En una campaña fulgurante, caracterizada por la profunda desigualdad de las fuerzas enfrentadas, cayeron sucesivamente Filipinas y Cuba, y España perdió sus últimas colonias.

La guerra de Cuba

No hubo un único conflicto armado, sino que fueron tres. El primero de ellos en 1868, el año de la revolución española llamada «la Gloriosa», que llevó a la reina Isabel II al exilio. Estalló con el «grito de Yara» el levantamiento promovido por Céspedes que condujo a una guerra que duró diez años, hasta la paz de Zanjón. De la península llegó el general Valeriano Weyler, que con su política de tierra quemada no hizo sino enconar el conflicto. Los patriotas cubanos más destacados fueron el ideólogo José Martí y el general Maceo.

Después se produjo la «guerra chiquita» (1879-1880), que no llegó a durar ni dos años. La definitiva, en la que Cuba alcanzó la independencia con ayuda de Estados Unidos, se inició en 1895. La proclamó Martí en el oriente de la isla y España envió al general Martínez Campos para

dominarla, pero no llegó a tener éxito por la tenaz resistencia de los patriotas. Las principales causas de la guerra fueron las desigualdades sociales y raciales, la actitud de la burguesía de origen español de las grandes ciudades y, sobre todo, la presión fiscal y los monopolios comerciales que favorecían injustamente a los propietarios absentistas españoles, un grupo poderoso que en las Cortes españolas ahogaban cualquier intento de conciliación que menoscabara sus intereses. La guerra se solventó, como ya dijimos, con la intervención estadounidense.

La guerra de Cuba provocó además un efecto indeseable en España, a causa del reclutamiento forzoso de soldados que eran arrancados de sus casas y conducidos a ultramar en condiciones precarias. Tras la pérdida de Cuba regresó a España una juventud desconcertada que se había visto obligada a librar una guerra que ni entendía ni le concernía, muchos de ellos heridos, mutilados o enfermos de paludismo y disentería.

Los últimos de Filipinas

Filipinas había sido conquistada por Legazpi en 1565, reinando Felipe II. Esta posesión fue la que permitió acuñar aquella frase retórica que decía que en sus dominios «no se ponía el sol». Fue posesión de España hasta el desastre de 1898 y el archipiélago se impregnó de la cultura y la lengua españolas. De su capital partía el célebre galeón de Manila, que enlazaba Filipinas con el oriente de México. Los movimientos independentistas ya habían surgido desde 1820, y alcanzaron su mayor tensión tras el fusilamiento del patriota José Rizal en 1896. Al frente de los filipinos estaba Emilio Aguinaldo que, tras la llegada de una armada estadounidense que destruyó a la española en Cavite, Manila, proclamó la independencia en 1898. Las tropas españolas estacionadas en el archipiélago fueron rindiéndose y acabarían siendo repatriadas.

Hubo una excepción que daría lugar a un episodio épico semejante al protagonizado por el soldado Eloy Gonzalo en la defensa del fuerte de Cascorro en Cuba. Se

trata del episodio de Baler, una población de la isla de Luzón, cuya guarnición española se negó a capitular y se refugió en la iglesia del pueblo al mando del capitán Enrique de las Morenas. Resistieron durante casi un año un fuerte asedio, en el curso del cual fueron diezmados y perdieron a su capitán. Cuando finalmente capitularon, dice la tradición que los filipinos, admirados por su heroísmo, les dejaron partir en libertad, e incluso conservando sus armas. La defensa de Baler fue origen de una célebre película titulada precisamente *Los últimos de Filipinas*.

La crisis de fin de siglo

La derrota militar y la pérdida de las últimas colonias tuvo en España un efecto moral devastador. El periodo de la Restauración y el procedimiento de turnos de partidos, con un sistema electoral viciado por el caciquismo, sumió a la nación en un creciente pesimismo. El desastre del 98 fue tan solo la guinda de una situación que llevaba muchas décadas conduciendo al país a la decadencia.

Entonces crecieron las voces que venían clamando por el «regeneracionismo». Existía la convicción de que el descubrimiento de América y el flujo de riqueza llegado desde el nuevo continente había sido malgastado sin que redundara en beneficio de la nación, que había caído en un conformismo nefasto, renunciando a modernizarse, a crear industria, a mejorar los rendimientos económicos, a estimular la enseñanza y desarrollar las ciencias y la cultura. Un país lastrado por el egoísmo de su aristocracia terrateniente, por el pensamiento reaccionario de la Iglesia, por los mecanismos represores de las libertades públicas, por el perjuicio de sus omnipresentes clases improductivas: las «manos muertas».

El clima moral que siguió al desastre del 98 se sustentaba en el análisis de los «males de la patria». La pérdida de las colonias había abierto los ojos sobre la realidad política, social y económica. El régimen oligárquico y caciquil, una nación sin escuelas, sin flota, sin diplomacia, que ya no contaba para nada en el concierto de

las naciones… Ese clima de perplejidad y desconcierto redundó, paradójicamente, en la pasividad: un país que no tenía remedio. Pero todos clamaban por la «regeneración», liberales y conservadores, pensadores y publicistas, e incluso los militares que, como es obvio, pensaban que el motor del cambio debía estar en manos del ejército.

Muchas miradas se volvieron hacia el exterior: había que mirar a Europa y aprender de los éxitos ajenos, potenciar la instrucción pública, fomentar la industria, ahondar en las libertades, ampliar el sufragio electoral, mejorar la agricultura, emprender obras públicas. Ese era el programa de los pensadores y políticos de corte liberal, pero frente a ellos siempre aparecían los oligarcas, los militares y la Iglesia.

Además, esa crisis moral, potenciada desde tiempo atrás por el auge del romanticismo, había conducido al surgimiento de movimientos nacionalistas en las tierras que poseían su propia tradición histórica. El País Vasco se volcó en la defensa de los antiguos fueros y con Sabino Arana desarrolló un nacionalismo de carácter étnico, mientras que en Cataluña y Galicia surgían movimientos de naturaleza y nombre semejante, la *Renaixença* y el *Rexurdimento*, que buscaban potenciar sus lenguas propias, su literatura, sus leyes y tradiciones.

La generación del 98

Como ya sucedió en el periodo de decadencia de los Austria cuando surgió en España una brillante generación de artistas, el llamado Siglo de Oro, la crisis del 98 también provocó la aparición de un grupo de escritores y pensadores de grandísimo nivel que, basándose en este paralelismo, ha sido llamada la Edad de Plata de la cultura española. A este grupo pertenecen Ramiro de Maeztu, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Azorín, Ramón María de Valle-Inclán, Pío Baroja y Antonio Machado.

Ramiro de Maeztu inició su trayectoria intelectual dentro del regeneracionismo, pero posteriormente su

ideología derivó hacia un tradicionalismo de carácter españolista que fue aumentando con el tiempo. Estuvo en Cuba en la época del desastre del 98 y fue testigo de la derrota, por eso a su regreso a la península se integró en la tendencia regeneracionista, repudiando las glorias de antaño, convencido, como Unamuno, de que Europa era la solución. Fue periodista y residió varios años en Londres como corresponsal. En época de la dictadura de Primo de Rivera fue embajador en Argentina, y a su regreso su ideología se había transformado, en un giro radical que le llevó a defender el apego a las tradiciones, en las que cifraba la grandeza de España. Presidió la revista *Acción Española*, de tendencia monárquica y conservadora. Murió al principio de la Guerra Civil, en octubre de 1936, víctima de una «saca» de los milicianos, fusilado en el cementerio de Aravaca.

Su obra fundamental es *Defensa de la hispanidad* (1934), libro en el que rebate los argumentos de la Leyenda Negra y sostiene que España inició su deriva en el siglo XVIII al aceptar el materialismo enciclopedista y los valores de la Revolución francesa, postulando para España y la América española un retorno a la fe tradicional.

Miguel de Unamuno acuñó la frase «España es el problema y Europa la solución». Pensador y filósofo, fue catedrático de Salamanca y después rector. Durante la dictadura de Primo de Rivera fue desterrado a Fuerteventura. Tras un exilio en París, retomó su puesto de rector de Salamanca, donde murió poco después de comenzada la Guerra Civil. Como poeta gozó de mucho prestigio, sobre todo por su excelente *El Cristo de Velázquez*, de intensa emoción lírica y religiosa. Escribió novelas en las que realidad y ficción se entrecruzan y confunden. Sus novelas son especiales; él mismo las llamó «nivolas» para destacar su singularidad.

En su pensamiento destaca su apasionamiento en el debate de ideas. Pretendía sacudir a los españoles de la

abulia que la decepción histórica del desastre del 98 había generalizado. Su idea filosófica gira en torno a la personalidad humana y el ansia de inmortalidad. Su obra clave es *Del sentimiento trágico de la vida* (1913), donde se expresa el conflicto entre la razón y la fe y se aborda el problema de la inmortalidad del alma.

José Ortega y Gasset se formó en Alemania, fue catedrático de Metafísica en la universidad de Madrid y fundó la prestigiosa *Revista de Occidente*. Su labor no solo es divulgativa, extendiendo en España las principales corrientes del pensamiento europeo, sino que también desarrolló una amplia obra propia muy original. En su *España invertebrada* (1921) rechaza que la decadencia española sea un producto de los siglos recientes, sino que recorre toda la historia de España, ya que la nación constituye un organismo mal vertebrado desde su origen, debido a la carencia de élites «egregias» y al imperio de las masas ignorantes. En *La rebelión de las masas* (1930) hace extensivos esos males endémicos españoles al conjunto de Europa. Al concepto democrático de «igualdad» opone el de «jerarquía»; por ello se ha considerado a Ortega un elitista, por su aprecio casi aristocrático por la minoría selecta y su desprecio por lo vulgar y plebeyo.

Azorín es el seudónimo de José Martínez Ruiz. Se le considera como escritor el más fino estilista de su generación, dotado de un profundo sentimiento lírico. Su obra se desarrolla a través del cultivo del detalle. Escribe

sobre España, poniendo en valor su pasado histórico sin caer en el tradicionalismo. Analiza la esencia española, su alma, y lo hace especialmente a través del paisaje, al que dedica sus mejores obras: *La ruta de don Quijote, Castilla, El paisaje de España visto por los españoles*…

Ramón María del Valle-Inclán fue el creador del «esperpento», que sostiene que «España es la deformación grotesca de la civilización europea» y, por tanto, «el sentido trágico de la vida española solo puede darse como una estética sistemáticamente deformada». Fue un escritor extraordinario que abarcó casi todos los géneros, la prosa, la poesía y el teatro.

Sus libros de poemas *Aromas de leyenda* y *El pasajero* son aún de estilo modernista y su temática se ambienta en tradiciones y leyendas inspiradas en su Galicia natal. *La pipa de kif* es una obra muy personal y vanguardista. En novela escribió, entre otras, las cuatro *Sonatas*, una especie de biografía poética del Marqués de Bradomín, personaje imaginario y en cierta forma su *alter ego*. Un ciclo de tres novelas está dedicado a las guerras carlistas, y la trilogía *El ruedo ibérico* trata de los últimos años del reinado de Isabel II y la revolución de 1868.

Entre sus muchas piezas teatrales sobresale *Luces de bohemia*, considerada su obra maestra. En ella, a través del drama y la muerte de un bohemio, Max Estrella, traza un retrato sórdido de un Madrid envilecido, expresa una crítica feroz de la situación política y social de España, la arbitrariedad, venalidad y brutalidad de políticos y policías. *Luces de bohemia* es una obra «esperpéntica», concebida según la teoría valleinclanesca de que la realidad solo puede percibirse sujeta a deformación sistemática. El propio personaje de Max Estrella, que en ocasiones se nos presenta con una gran estatura trágica, en el curso de la acción va derivando hacia la farsa grotesca. El lenguaje de Valle-Inclán y su prodigioso dominio de los recursos del idioma, común a toda su obra, se ponen de manifiesto en todo su esplendor.

Pío Baroja fue indudablemente el mejor novelista de su generación. Hubo de exiliarse en Francia durante la Guerra Civil, pero puedo regresar a su término pese a la suspicacia que suscitaba en el nacionalcatolicismo su manifiesto ateísmo. Su obra es muy extensa, y está organizada en trilogías y tetralogías. Unas son de tema vasco, otras se centran en el mar, muchas narran aventuras, mientras otras poseen un carácter muy reflexivo, otras relatan el Madrid más sórdido de los bajos fondos o el proceso político de los movimientos revolucionarios. En alguna de ellas prima el tono humorístico. Un lugar aparte lo ocupa un ciclo de veintidós novelas llamado *Memorias de un hombre de acción,* crónica narrativa de la historia de España en la primera mitad del siglo XIX, a través de la figura de su pariente lejano Eugenio de Aviraneta.

A Baroja le caracterizan en cierta forma su misantropía y un pesimismo vital que le hace tomar distancia y asistir a la vida como un espectador desencantado.

Antonio Machado fue un magnífico poeta cuya obra ha fascinado a generación tras generación de lectores, y sigue haciéndolo en nuestros días. Ingresó en la Real Academia Española y frecuentó ambientes cultivados. Había apoyado públicamente a la República y por eso al estallar la guerra hubo de exiliarse en Francia. Llegó a la pequeña población de Collioure, no lejos de la frontera, destrozado física y anímicamente, donde falleció. Su modesta tumba se convirtió en un lugar de peregrinación para republicanos, escritores y pensadores. Sus obras principales son *Soledades* y *Campos de Castilla*, su obra maestra, que aúna reflexiones íntimas y líricas descripciones paisajísticas, pues siempre fue un devoto de las tierras castellanas. Posteriormente la amplió con nuevos poemas de la serie *Proverbios y cantares*. Machado reflexiona sobre el amor, la soledad, la sobriedad del paisaje, el pasado, lo efímero de la vida y la muerte. Sus poemas son intimistas, retratan el paisaje castellano, su vacío y su severidad. Su pensamiento es crítico con la sociedad y el país, sus miserias y su atraso. Machado se

siente comprometido con España y busca despertar conciencias, contribuir a una evolución que desarraigue los viejos corsés ideológicos y religiosos y que abra el camino a una nueva España en libertad.

La España de la primera mitad del siglo XX

Alfonso XIII fue coronado en 1902. A lo largo de su reinado se puso en marcha la regeneración del país. A pesar de partir de un sistema político anquilosado, fue capaz de avanzar y transformarse, superar el tradicional analfabetismo, modernizarse poco a poco, crecer económica, social y demográficamente. Las mujeres llegan a la universidad y se incorporan lentamente al mundo del trabajo. Los obreros se organizan en grandes sindicatos, la industria crece y los empresarios se modernizan, mientras las ciudades no dejan de expandirse.

Los gobiernos mostraron una peligrosa inestabilidad durante el periodo. A las corrientes progresistas se oponían cerrilmente las tendencias reaccionarias heredadas del siglo anterior. España intentó incorporarse tímidamente al proceso colonial africano, estableciendo un protectorado en Marruecos que sería una fuente interminable de quebraderos de cabeza, pero que se convirtió en el feudo de los militares, llamados «africanistas».

España fue neutral en la Primera Guerra Mundial, pero la Revolución rusa de 1917 supuso una conmoción en todo el continente a la que nuestro país no pudo sustraerse. Cuando se produjo el desastre de Annual, en el que las tropas rifeñas de Abd el-Krim infligieron una derrota devastadora a las españolas, Alfonso XIII consintió la instauración de la dictadura de Primo de Rivera, en 1921. Con ese gesto cavó su propia tumba: en las elecciones municipales de 1931, el triunfo de los republicanos y socialistas obligó al rey a exiliarse, y fue proclamada la Segunda República.

La República vivió en medio de la zozobra, pero aun así puso en marcha gran número de medidas de talante progresista que supusieron un avance gigantesco. El

movimiento revolucionario de Asturias en 1934 dejó a la república malherida, y en julio de 1936 gran parte del ejército dio un golpe de Estado, estallando la Guerra Civil.

15

La Edad de Plata

(1923)

Si hubiera que buscar una fecha en la que la ciudad de Toledo ingresó en la «modernidad», esta sería el 12 de junio de 1858, cuando la reina Isabel II inauguró la línea de ferrocarril que la enlazaba con la capital de España, pasando por Aranjuez. Aquella fue una de las primeras líneas ferroviarias de España. Las razones para su construcción, a diferencia de otras líneas de su tiempo, no era económica, puesto que la única gran industria que albergaba la ciudad era la de fabricación de espadas, sables y armas blancas. La tradición «espadera» de Toledo se remonta a época árabe, y desde entonces los «aceros» toledanos gozaron de gran prestigio. En 1761 el rey Carlos III unificó la actividad de todos sus artesanos al crear la Real Fábrica de Armas de Toledo.

Esta actividad industrial no justificaba la gran inversión que suponía la construcción de la vía férrea. Los motivos reales eran culturales, o como se diría hoy en día «turísticos». El peso de Toledo a lo largo del tiempo en la historia de España justificaba el enlace a través del —por aquel entonces modernísimo— medio de transporte con Madrid, pasando antes por la hermosa Aranjuez, residencia real.

En 1921, un joven de rasgos viriles y gesto decidido tomó el tren en Madrid y visitó por primera vez la ciudad de Toledo. Se trataba de un alumno de la célebre y

prestigiosa Residencia de Estudiantes, que se había convertido en un lugar de encuentro por cuyas instalaciones pasaron gran número de jóvenes que desempeñarían después un papel muy destacado en las vanguardias artísticas españolas.

El joven no era otro que Luis Buñuel, un aragonés natural de Calanda que, con el paso del tiempo, se convertiría en uno de los cineastas de mayor proyección de la historia y un maestro del surrealismo. Recorrió incesantemente las calles del centro histórico, perdiéndose en los recovecos de la vieja judería e impregnándose del espíritu y el ambiente que irradiaba la antigua ciudad, desbordante de monumentalidad e historia. Cuando al atardecer tomó el tren de regreso estaba seguro de que regresaría muchas veces a esa ciudad que le había fascinado con su magia.

Poco tiempo después daría un paso más, reuniría a sus más íntimos amigos y compañeros, Federico García Lorca, Salvador Dalí, Pepín Bello, Rafael Alberti y su mujer María Teresa León, así como otros muchos, y fundaría la Orden de Toledo, cuyas actividades se habrían de llevar a cabo en la bella ciudad del Tajo.

No es seguro, pero tampoco improbable, que los miembros de la Orden de Toledo visitaran el Cigarral de Menores de Gregorio Marañón, aquel *locus amoenus* en el que el célebre médico, humanista y ensayista pasó tantas horas escribiendo, gozando de sus momentos de ocio y recibiendo a eminencias como Valle-Inclán, Lorca, Einstein o Fleming.

De esta forma, el cigarral o quinta de recreo de Marañón, uno de los más celebrados residentes temporales de la ciudad, se convirtió en un lugar de encuentro habitual de intelectuales y artistas.

La Orden de Toledo

En 1923, en la Venta del Aire, un mesón popular del extrarradio toledano, Luis Buñuel, junto al citado grupo de compañeros de la Residencia de Estudiantes, fundó la

Orden de Toledo. Era un remedo jocoso de las viejas Órdenes medievales. Su función, en realidad, no era otra que disfrutar de una sana camaradería en una ciudad que les fascinaba a todos y hacer lo propio de la juventud: divertirse y vivir aventuras.

La Orden tenía sus estatutos y sus costumbres. Buñuel era el condestable y Pepín Bello el secretario. Después había dos categorías: los caballeros, aquello capaces de aguantar toda la noche al sereno, bebiendo vino o vagando por las enrevesadas calles, y los escuderos, los que vencidos se retiraban a dormir a una hora razonable. Se hospedaban en la Posada de la Sangre, un más que humilde hostal, de larga tradición literaria, pues no en vano en ella situó Cervantes la acción de su novela ejemplar *La ilustre fregona*. Comían y bebían en la Venta del Aire, su lugar habitual, viandas humildes pero contundentes acordes con sus precarias economías, mojadas con vino blanco de Yepes.

Las actividades de la Orden debieron ser muy gratas, puesto que casi todos sus miembros siguieron visitando Toledo a lo largo de su vida, rememorando aquellas aventuras de su juventud, convenientemente etílicas, bastante disparatadas y siempre divertidas.

En concreto, Luis Buñuel regresaría a Toledo en dos ocasiones que resultaron memorables.

Viridiana

Cuando Luis Buñuel hubo de salir de España con el estallido de la Guerra Civil, se instaló en París en una situación precaria, pero después adquiriría una súbita notoriedad al rodar dos cortometrajes que figuran con letras de oro en la historia del cine, y que constituyen el modelo más acabado e impactante del surrealismo cinematográfico: *El perro andaluz* y *La Edad de Oro*, en cuyos guiones colaboró Salvador Dalí. En ellos, a través de una sucesión de escenas alucinadas, sin un argumento convencional, se hallan presentes gran parte de las obsesiones del cineasta aragonés, la burla de las convenciones sociales, la sexualidad reprimida por el peso de la moral, los clérigos

desairados… Hay en concreto dos escenas impactantes: la navaja barbera que corta limpiamente el ojo de una joven, o el hombre de traje que contempla con estupor su propia mano abierta de cuya palma brota un impetuoso hormiguero.

Después pasaría a México, donde junto a obras muy personales, rodó excelentes películas comerciales que acrecentaron su fama. Cuando regresó a Francia, una de las primeras películas que filmó fue *Viridiana*, que acabaría ganando la Palma de Oro del prestigioso festival de Cannes en 1959. La película fue rodada en Toledo y se basa en una novela de Benito Pérez Galdós, *Halma*. Narra un episodio en la vida de una novicia que, tras recibir en herencia una rica finca en la que reside su primo, abandona el convento y se instala allí. Decide practicar la caridad y acoge en la villa a un nutrido grupo de mendigos, a los que mantiene e intenta acercar a la fe. Los miserables fingen hipócritamente seguir la corriente a la generosa joven, pero en el fondo se ríen de ella. Su primo consiente las extravagancias de la exnovicia con distancia irónica. Una noche que los primos y la ama de llaves se ausentan de la casa, los mendigos saquean la despensa y la bodega, y se dan un banquete. Cuando llegan los amos, algunos de ellos se dispersan, y otros intentan

robar la casa e, incluso, violar a Viridiana.

La película trata en el fondo de la inutilidad de la caridad y del buen ejemplo ante seres profundamente envilecidos. Cuando *Viridiana* fue premiada en Cannes se produjo un episodio jocoso. En aquella época España estaba aislada del mundo de la cultura, y el premio internacional a una película rodada por un español, en España y con actores hispanos, constituía un galardón inesperado. El Ministerio de Cultura envió una delegación a la ciudad francesa. Entonces, el periódico oficial del Vaticano *L'Osservatore Romano* dio la voz de alarma. La película no solo era impía e irreverente, sino que una de sus escenas contenía una terrible blasfemia, cuando en la cena de los mendigos estos adoptan la pose del fresco de Leonardo *La Última Cena*. El escándalo en España fue descomunal y Buñuel sería prohibido y censurado.

Tristana

Poco tiempo después, Buñuel regresó a España a rodar una nueva película basada en otra novela de Galdós: *Tristana*, en la que la bella Catherine Deneuve daba réplica al maduro Fernando Rey. El escenario fue también la ciudad de Toledo, pero en esta ocasión con sus exteriores en plazas y calles del casco urbano.

La película cuenta la historia de una muchacha que queda huérfana y es puesta bajo la custodia de su pariente, un caballero que se reputa de hidalgo y tiene ínfulas de señorío, pero que no vacila a la hora de convertir a su pupila en amante. Cuando Tristana crece, conoce en su paseo diario a un joven pintor que practica su arte al aire libre en Toledo. Ambos se enamoran y se cortejan. Cuando el romance llega a los oídos de don Lope, el tutor irrumpe cuando los jóvenes están juntos y reta a duelo al muchacho abofeteándole con su guante. A cambio recibe un puñetazo que le tumba. Tristana está decidida a escapar de la tutela de don Lope, pero cae gravemente enferma y pierde una pierna que le es amputada. La joven se resigna, acepta contraer matrimonio con su ya anciano tutor y su carácter

cambia, desarrollando una crueldad morbosa y amargando los últimos años de vida de don Lope.

La Residencia de Estudiantes

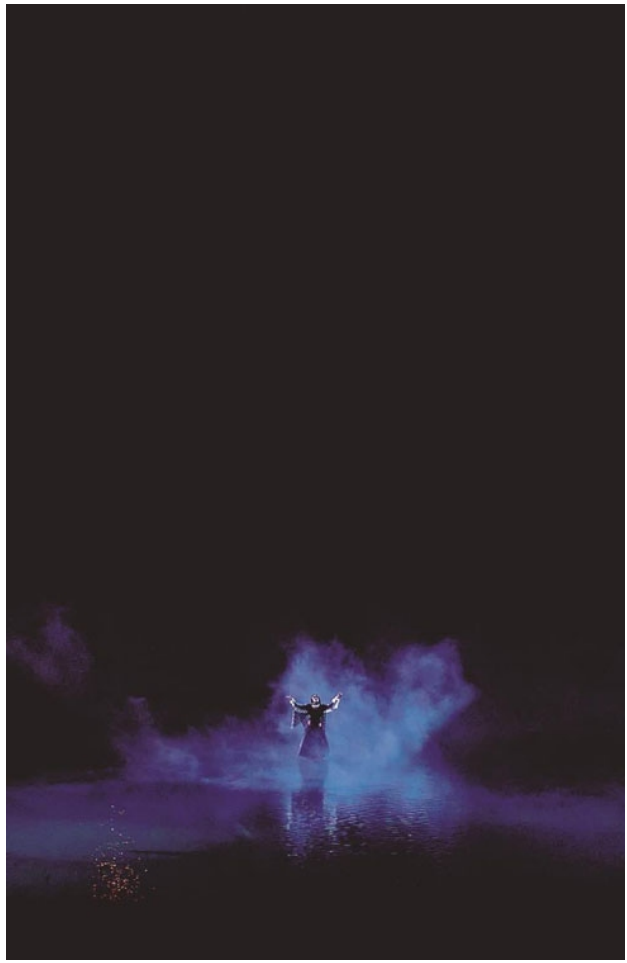
La Residencia de Estudiantes es hija de la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos. Fue creada por la Junta de Ampliación de Estudios en 1910. Desde su fundación hasta el estallido de la Guerra Civil fue un centro donde vivían estudiantes sobresalientes y donde se alojaban periódicamente ilustres visitantes, filósofos, poetas, escritores… Era un lugar de encuentro y un foro de debate donde se reunían intelectuales de todos los campos, desde la música hasta las ciencias. La actividad que desarrolló el centro en esos veinticinco años no tiene parangón ni probablemente lo tenga nunca, porque una reunión de tanto talento y tanto genio es muy difícil que jamás vuelva a producirse. A la Residencia fueron invitadas, pronunciaron conferencias y ejercieron su magisterio las mayores personalidades internacionales del periodo, desde Albert Einstein y Marie Curie, hasta el economista John Maynard Keynes, pasando por Igor Stravinski o Le Corbusier.

Por eso es fácil entender que cuando jóvenes de tremendo potencial se formaban entre sus muros, su talento acabara haciendo eclosión. Ese fue el caso de tres grandes amigos, Buñuel, García Lorca y Dalí. Muchos testigos han señalado que eran inseparables, a pesar de sus caracteres tan dispares y sus especialidades tan diversas. Pero lo que resulta indudable es que son los tres mayores artistas españoles de su generación, cada uno en su campo. Federico García Lorca, con su *Romancero Gitano*, su *Poeta en Nueva York*… Dalí, un pintor de relieve equiparable al de los mismísimos Picasso o Miró. Buñuel, el gran maestro del surrealismo.

Sus destinos se separaron con el estallido de la guerra. Buñuel partió al exilio, Lorca fue fusilado por los nacionales y enterrado en alguna fosa perdida en el paraje de Víznar, en Granada, y Dalí inició una carrera que le proyectó

internacionalmente a la cima del arte pictórico.

Ellos fueron el alma de la Orden de Toledo, la más pura expresión de su fascinación y atracción por la extraordinaria ciudad milenaria del Tajo.



Final

(1936-1939)

MARÍA
Mis hermanos, mis queridos hermanos, están muertos.

AZACÁN
¿Qué pasa, María? ¿Quién los ha matado?

MARÍA
Se han matado el uno al otro… cada uno en un bando… hermano contra hermano.
Mi corazón está desgarrado.

AZACÁN
Oh, María, hija mía, perdona a tus hermanos.
Más tarde, algún día, quizá, se reconciliarán sus hijos.
Y de todas las provincias se elevarán himnos de unidad y renacimiento.
Entonces… entonces podrás volver a sonreír, María.

15 momentos extraordinarios de la historia de España
Puy du Fou España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Puy du Fou España, S. A., 2022
© del texto: Juan Ignacio Alonso Campos, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imágenes de cubierta e interior: © Puy du Fou España
Diseño de interior y maquetación: María Jesús Gutiérrez

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-670-6575-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

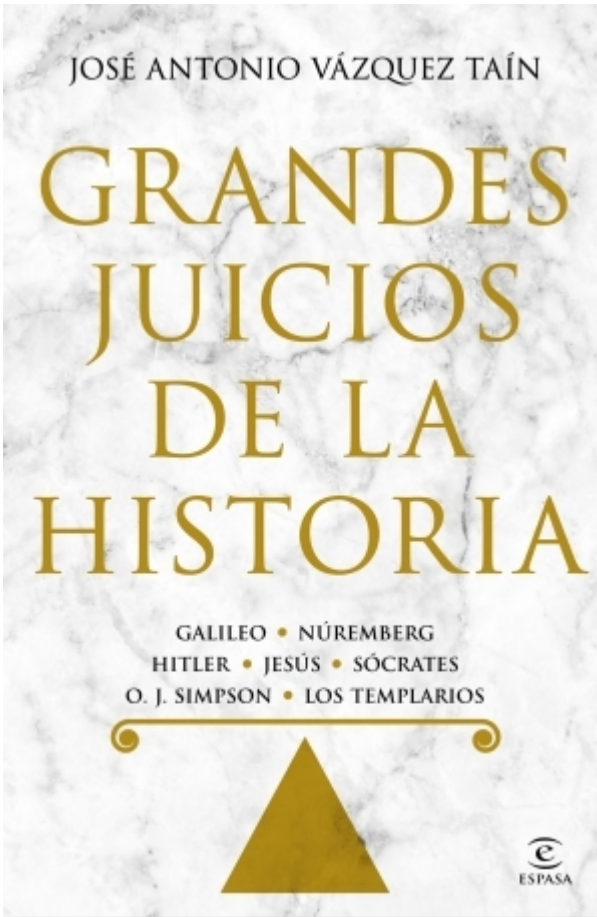
La Primera República Española (1873-1874)

Vilches, Jorge
9788467069365
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La Primera República es uno de los episodios más importantes y desconocidos de la historia española. Jorge Vilches explica con rigor y amenidad la construcción de la utopía federal antes de 1873, el derribo de la monarquía democrática de Amadeo I para llegar a la República, la proclamación del Estado catalán, el golpe de Estado de Pi y Margall, el caos cantonal, la trama del golpe de Pavía que conocía todo el mundo, la falsificación que Salmerón hizo del acta parlamentaria para vengarse de Castelar o la animadversión entre los líderes republicanos. La República de 1874, una etapa obviada por la historiografía, también es explicada con detalle.

Cómpralo y empieza a leer



Grandes juicios de la historia

Vázquez Taín, José Antonio
9788467052251
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Dado que el derecho no es una ciencia exacta, todos los

posicionamientos jurídicos son defendibles. A lo largo de este libro veremos veredictos que nos parecerán totalmente incomprensibles desde nuestras concepciones sociales y otros, totalmente afines a estas. Con ello pretendo hacer comprender que muchos de los principios fundamentales del derecho que creemos eternos e inviolables realmente son fruto de la concepción social y de la doctrina de la época concreta en que se aplican. Y no quiere ello decir que sean más o menos acertados o correctos. Simplemente son el fruto de la sociedad y el derecho de su tiempo. El mejor principio es el que sirve para alcanzar la paz social del momento en el que se aplica. Pero esto solo es una opinión personal».

Cómpralo y empieza a leer

Lo que el Pibe le dijo a Dios

Venegas, Miguel
9788467069310
280 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En Lo que el Pibe le dijo a Dios, Miguel Venegas recoge los mejores

relatos del programa La Cultureta de Onda Cero: ¿qué relación tiene Murakami con el deporte?; ¿qué le mueve realmente a Usain Bolt, el hombre más veloz del planeta?; ¿qué hubiera sido de James Bond si Sean Connery hubiera seguido jugando al fútbol?; ¿cuándo se inventó el deporte paralímpico?; ¿quién fue la primera gimnasta en recibir un 10 en unos Juegos Olímpicos? Decenas de historias deportivas atemporales que forman parte de la cultura popular más allá del show, las cifras o las medallas.

Cómpralo y empieza a leer

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian
9788467053982
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora

nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo…

Cómpralo y empieza a leer

La furia

Sotomayor, María
9788467069327
96 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La furia es la poderosa nueva propuesta de una poeta profunda,

original, que destaca en el ámbito de la poesía actual en castellano. En la misma aborda desde una perspectiva luminosa el sentimiento amoroso: «La furia es un nudo que en agua caliente se deshace. Hay una distancia exacta entre el horizonte y lo vivido: ahí lo escrito. Todo lo que se expande es poema. La furia es quietud y movimiento. El amor se va de quien lo destruye. El amor perdura para aquel que lo nombra y lo sostiene».

Cómpralo y empieza a leer